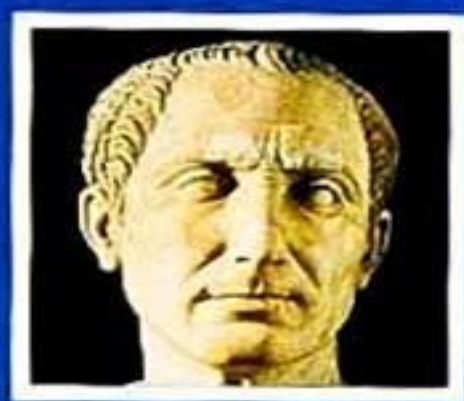


MEMORIA de la HISTORIA

Julio César, el hombre que pudo reinar

Una de las vidas más brillantes de toda la historia universal,
magistralmente contada por un gran escritor.



Juan Eslava Galán



Lectulandia

La vida de Julio César es una de las más brillantes de la historia: fue victorioso general, sagaz político, envidiado amante de Cleopatra, ilustre escritor, inventor de nuestro calendario... Pocos hombre han dejado un recuerdo más profundo en la historia universal. El episodio de su asesinato, genialmente dramatizado en una tragedia de Shakespeare, ha contribuido a hacer de él una figura de excepcional relieve.

Lectulandia

Juan Eslava Galán

**Julio César, el hombre que pudo
reinar**

ePub r1.0

Titivillus 07.02.15

Título original: *Julio César, el hombre que pudo reinar*
Juan Eslava Galán, 1995

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

Una loba en el Capitolio

Vamos a recorrer la vida de Julio César, el victorioso general, el sagaz político, el ilustre escritor, el envidiado amante de Cleopatra, el inventor de nuestro calendario. Si exceptuamos a los grandes líderes religiosos (Jesucristo, Mahoma y Buda), Julio César constituye, probablemente, la figura más relevante de la historia universal. Su nombre designa todavía el mes en que nació: julio. Su famoso apellido es, en varios idiomas, sinónimo de gobernante supremo: el *césar* latino, el *zar* ruso, el *kaiser* alemán, el *qaysar* islámico. La palabra *cesarismo* (inseparable de su oscuro envés, *despotismo*) se ha incorporado al diccionario para designar el gobierno personal y absoluto ejercido por un gran hombre...

Se comprende que el lector esté impaciente por entrar en materia, pero el cabal entendimiento de las páginas que siguen requiere que previamente refresquemos nuestra memoria con algunos datos sobre Roma y los romanos.

Los romanos creían que su ciudad gozaba de la protección de Marte, el dios de la guerra y de la conquista, y de Venus, la diosa de la felicidad, de la fecundidad y de la vida. La historia mítica que aprendían desde niños corroboraba tan ilustre ascendencia. Cualquier escolar romano sabía que cuando los griegos destruyeron la ciudad de Troya, uno de los troyanos fugitivos, el príncipe Eneas, hijo de la diosa Venus, anduvo vagando por el Mediterráneo hasta que decidió establecerse en Italia. Allí se casó con la hija de un reyezuelo local y tuvo un hijo que fundó la ciudad de Alba Longa. Los descendientes de Eneas reinaron pacíficamente sobre Alba Longa hasta que uno de ellos, el bondadoso rey Numitor, fue destronado por su malvado hermano, un tal Amulio. Aquí es donde interviene Marte, el dios de la guerra, que se prenda de la princesa Rea Silvia, hija del destronado, y la deja preñada a la primera. A su debido tiempo Rea Silvia dio a luz dos robustos gemelos, Rómulo y Remo.

Cuando el usurpador supo que su sobrina le había parido dos sobrinitos, temió que algún día le reclamaran el trono, así que secuestró a los recién nacidos y los hizo abandonar en el monte a merced de las fieras. Cayó la noche y el berrido de los niños hambrientos atrajo a una loba a la que unos cazadores habían robado las crías. Movidada por su instinto maternal, la fiera los amamantó en sus hinchidas ubres y luego los llevó a su madriguera, en el monte Capitolio, donde los crio.

Pasaron los años. Rómulo y Remo se hicieron hombres, conocieron su origen y, respondiendo a la llamada de la sangre, mataron al usurpador de Alba Longa y reinstauraron a su anciano abuelo en el trono de la ciudad. Después, en lugar de disfrutar de su condición principesca, prefirieron regresar al montaraz paraje donde la loba los había criado para establecer allí una nueva población.

¿Dónde la fundarían? Rómulo opinaba que el lugar, más apropiado era el propio

monte Palatino, donde estaba la madriguera de la loba que los adoptó, pero Remo prefería el vecino monte Aventino. En la duda era mejor dejar la elección a los dioses. Pasaron un día escrutando el cielo sobre las colinas y contando las águilas que los sobrevolaban. Rómulo vio doce; Remo, solamente seis. Los augurios estaban claros: ganaba Rómulo. Así que armó el arado, unció la yegua y el buey blancos que requería la ceremonia y se puso a trazar el surco de lo que serían las murallas de la ciudad.

Antiguamente la fundación de una ciudad era un acto mágico acompañado de solemnes ritos. En la confluencia astral más adecuada, el fundador trazaba un surco con un arado señalando el contorno de los muros y sus puertas. El espacio acotado de este modo era sagrado, el *pomeranium*, como si fuera una extensión del templo que presidiría la urbe.

Mientras Rómulo araba, Remo, descontento, propinó un puntapié al surco liminar, haciendo burla de su carácter sacrosanto. El severo fundador se lanzó sobre el sacrilego y le hundió el cráneo con una azada. De esta manera dramática la sangre vertida de Remo, sustancia de Marte y de Venus, fue el sacrificio propiciatorio que consagró la ciudad.

Ésta era la leyenda que aceptaban los romanos. La historia, mucho más prosaica, que arqueólogos e historiadores reconstruyen pacientemente nos enseña que hacia el año 750 a. de C. Roma era un villorrio, poco más que una docena de chozas diseminadas por las laderas del monte Palatino. Aquel emplazamiento tenía sus ventajas. Por una parte estaba bien defendido y dominaba el río Tíber y las tierras de cultivo y pastizales que sus aguas bañan; por otra estaba suficientemente alejado del mar para que sus pobladores se sintieran al abrigo de los piratas. Pero también tenía sus inconvenientes porque los pantanos que lo rodeaban estaban infestados de mosquitos. Toda la grandeza de la Roma imperial (y luego de la pontificia que la sucedió) no pudo acabar con el pertinaz mosquito trompetero. Habría que esperar dos mil quinientos años, hasta nuestro siglo, para que la desecación de los pantanos librara a la ciudad de aquel suplicio (un acierto de Mussolini que quizá no compense sus errores de más bulto).

Con el tiempo, las pequeñas comunidades latinas, sabinas y etruscas diseminadas por el Palatino y las seis colinas vecinas constituyeron un embrión de ciudad: la ciudad del río, *rumon*, es decir, Roma.

A primera vista, Roma parecía una más de las muchas ciudades sometidas al poder de los etruscos, pero el recio carácter de sus habitantes la llevó muy pronto a destacar entre las demás. El romano se caracterizaba por su pragmatismo, por sus dotes de organización y por sus virtudes ciudadanas, a saber: la fidelidad a su ciudad o a su clan (*fides*), la devoción (*pietas*), el valor (*virtus*), la independencia (*libertas*) y, sobre todo, por un concepto absolutamente moderno: la subordinación del individuo a la ley (*ex*), fundamento del derecho romano que es todavía su más valiosa aportación a la cultura occidental. A estas virtudes ciudadanas el romano unía estimables virtudes privadas: integridad (*probitas*), juicio ponderado (*consilium*), circunspección

(*diligentia*), autodomínio (*temperantia*), tenacidad (*constantia*) y rigor (*severitas*). A los jóvenes se los educaba en la obediencia (*obsequium*), el respeto (*verecundia*) y la pureza (*pudicitia*).

Cuando sus poderosos vecinos, los etruscos, vinieron a menos, los romanos fueron a más: primero dominaron las ciudades vecinas, después las más lejanas, al cabo de cuatro siglos eran los dueños de la península, y cuando la bota italiana se les quedó pequeña no dudaron en extender su influencia a otras tierras. Sus intereses chocaron inevitablemente con los de Cartago, la otra superpotencia que había crecido de modo similar en la orilla opuesta del Mediterráneo. El acontecimiento decisivo, equiparable a nuestras recientes guerras mundiales, fueron las guerras púnicas (264 y 218 a. de C.), al cabo de las cuales Roma aplastó a los cartagineses, les incendió la ciudad y sembró de sal sus campos: los borró del mapa.

El poder marítimo de los cartagineses, un próspero imperio que se extendía por todo el norte de Africa, de Marruecos a Libia, por el sur de España y por las islas occidentales del Mediterráneo, revertió de pronto en las manos de Roma. De la noche a la mañana nuestros romanos se encontraron ocupando ámbitos en los que antes no habían osado soñar, nuevas tierras e islas, y navegando por un Mediterráneo que les pertenecía. Ellos, que siempre fueron campesinos de tierra adentro, enemigos del mar y reacios a embarcarse.

A partir de aquel momento el ascenso de Roma fue imparable. Durante siglo y medio sus invencibles legiones señorearon Occidente sometiendo extensos territorios. Los legionarios eran ciudadanos romanos que servían en el ejército durante veinte años o más. A estos excelentes soldados profesionales y al desarrollo de tácticas y disciplina muy superiores a las de sus enemigos se debió que la legión romana fuese, durante algunos siglos, una fuerza invencible.

Los Reyes Malvados

En sus comienzos, Roma fue gobernada por reyes que eran aconsejados por un Senado, o asamblea de ancianos, de cien miembros escogidos entre las distintas tribus. Cuando la ciudad creció, los celosos romanos no tuvieron inconveniente en admitir emigrantes de otros lugares, pero se guardaron de concederles derechos ciudadanos y los denominaron plebeyos o gente común, mientras que ellos se consideraban patricios o romanos de toda la vida. Así se explicaba, al menos, el origen histórico de los dos grandes grupos sociales que existían en la ciudad. Pobres y ricos, como en todas partes desde que el mundo es mundo.

Después de dos siglos y medio de monarquía, una revolución destronó al último rey y la ciudad se proclamó en República. El cambio de régimen no abolió las diferencias sociales sino que más bien las acentuó.

En las películas de romanos y en los desfiles procesionales de Semana Santa suelen aparecer unos vistosos estandartes púrpura sobre los que destacan, bordadas

con hilo de oro, las siglas SPQR. También pueden verse en las tapas metálicas de las alcantarillas de Roma. Los romanos actuales, incorregibles bromistas, aseguran, con un guiño pícaro, que las misteriosas siglas significan: «Sono Porchi Questi Romani», pero en realidad quieren decir: *Senatus PopulusQue Romanus*, es decir: Senado y Pueblo Romanos. Esta fórmula era la expresión del poder político en Roma, todo se hacía en nombre del Senado y del Pueblo, representantes de las dos castas en que se dividía la ciudad. La asamblea popular, o comicios, elegía cada año al gobierno y el Senado, o parlamento vitalicio, copado por la aristocracia, ratificaba esta elección. De este modo se suponía que plebe y aristocracia quedaban equilibradas.

Sobre el papel pudiera parecer que la República romana era democrática. Nada más lejos de la verdad. El peculiar sistema electoral romano garantizaba el triunfo de la oligarquía aristocrática en todas las votaciones. Quizá esto repugne al lector, educado en las excelencias de la democracia moderna que hace a los ciudadanos iguales ante la ley y establece que el voto de un analfabeto vale tanto como el de un doctor en ciencias políticas. Esto de un hombre es igual a un voto, lo que Borges censura como abominable abuso de la estadística, constituye una conquista social relativamente moderna. Los romanos no estaban tan evolucionados. Entre ellos, los derechos políticos de un ciudadano estaban en relación directa con su patrimonio y lo que contaba era el voto colectivo, el voto del grupo. Por otra parte no era fácil que de la plebe surgieran campeones capaces de liderarla en sus justas reivindicaciones puesto que sus mejores elementos, en cuanto hallaban ocasión, se pasaban al bando contrario y una vez en él, para perdonarse el origen, se volvían más papistas que el Papa. Porque en Roma, como entre nosotros, el dinero era la llave maestra que abría todas las puertas, el irresistible ariete que horadaba las barreras y prejuicios sociales. Las familias plebeyas enriquecidas permeabilizaban las lindes al emparentar con familias patricias arruinadas.

El dinero era, además, garante de derechos ciudadanos. Atendiendo a criterios estrictamente económicos, los romanos se dividían en cinco clases. Los que nada poseían, la masa obrera, ni siquiera constituían clase, eran *infra classem o proletarii*, curiosa palabra que significa «los que sólo poseen a sus hijos». Éstos ni siquiera votaban, pero tampoco hacían la mili ni cotizaban al fisco (¿de qué iban a cotizar si eran pobres como ratas?).

Las cinco clases se establecían según un baremo que atendía al patrimonio de cada individuo. Cada cierto número de años se reformaba el censo para que los que habían mejorado de posición económica pudieran pasar a la clase superior y los que habían empeorado descendieran a la inferior. La primera clase, la más adinerada, era la de los *equites* o caballeros, así denominados porque sus individuos en edad militar podían costearse un caballo. La posesión de caballo se convirtió, por lo tanto, en signo externo de riqueza. Como hoy.

A efectos electorales, los ciudadanos de Roma se agrupaban en curias, tribus o centurias. Ya hemos dicho que el mecanismo estaba diseñado para potenciar el voto

de la minoría adinerada y conservadora en detrimento del de la masa pobre y consecuentemente liberal. Si la votación era por centurias, los ricos copaban el cincuenta por ciento de las unidades de voto. Si era por tribus, los ricos ganaban igualmente, puesto que controlaban veintisiete tribus rurales mientras que el pueblo sólo abarcaba las cuatro tribus ciudadanas. Además, sólo los ricos podían desplazarse a Roma en tiempo de votaciones (unas veinte veces al año, nada menos). El pequeño agricultor no podía permitirse perder un día de trabajo, o varios, para ejercer su derecho al voto.

Con esta peculiar manera colectiva de valorar los votos, el margen de participación política de la masa obrera era escaso y el gobierno se concentraba indefectiblemente en manos de la aristocracia ciudadana (*nobilitas*), los descendientes del tronco patricio rejuvenecido por vía matrimonial con los frescos injertos de los enriquecidos *equites*. Primero la posibilidad de ingresar en el patriciado por vía matrimonial y luego el acceso a las magistraturas. Fue así como, en el transcurso de los cinco siglos que abarcó la República, los plebeyos fueron conquistando lenta y fatigosamente mejoras sociales y derechos políticos.

El Senado, copado por la aristocracia, estaba al servicio de sus intereses de clase. Es más, se daba por sentado que los retoños de las familias patricias estaban predestinados a hacer carrera política, que ése era su privilegio y su derecho natural, aunque fueran unos zoquetes. Esta carrera política o *cursus honorum* se contemplaba como un ascenso desde puestos de menor importancia, digamos equivalentes a un concejal, delegado ministerial o subsecretario moderno, hasta la presidencia del gobierno o consulado. Esta magistratura era doble y anual y los cónsules salientes no eran reelegibles hasta pasados diez años. Así se evitaba el triste espectáculo de un presidente aferrado a su poltrona. Aparte de que, con este sistema, todos los nobles, a pocas luces que tuvieran, podían aspirar a desempeñar alguna vez la alta magistratura.

El «cursus honorum»

Julio César era un patricio. A lo largo de este libro vamos a contemplar su ascensión por el *cursus honorum*, es decir, su carrera administrativa. No estará de más, por lo tanto, que dediquemos nuestra atención a las distintas magistraturas o cargos políticos comprendidos en aquel escalafón:

Cuestores (o indagadores): eran los funcionarios de Hacienda que velaban por la tesorería y libraban los pagos. Cuando Roma era sólo una modesta alcaldía eran dos, pero en la época de César el Estado había crecido tanto que ya eran cuarenta.

Ediles: eran concejales municipales. Solían ser cuatro.

Pretores: eran altos funcionarios del ministerio de Justicia y del de Interior. Ocupaban el lugar de los cónsules cuando éstos se ausentaban de la ciudad. En la época de César eran ya dieciséis.

Cónsules (palabra que significa asociados): eran, como queda dicho, los presidentes de gobierno con poderes casi absolutos. Presidían el Senado y los comicios y capitaneaban el ejército. Como eran dos y sus decisiones debían ser colegiadas, muy a menudo estaban enfrentados y no llegaban a decisión ninguna. Los romanos no lo lamentaban: de este modo se evitaba que uno de ellos acaparara demasiado poder y cayera en la tentación de proclamarse rey. Es que en Roma el mando único estaba muy desprestigiado porque traía aciagos recuerdos de cuando fue monarquía. La palabra rey era tabú hasta el punto que, cuando se restauró la monarquía hereditaria, los reyes jamás se atrevieron a usar tal título y se contentaron con el de emperador, aunque sus poderes fueran tan absolutos y hereditarios como los de cualquier monarca antiguo.

Así como ahora los ministros suelen obtener a su salida del cargo sinecuras que les permiten enriquecerse en consejos de administración, los cónsules salientes solían obtener proconsulados, es decir, gobiernos en las provincias del Imperio. De este modo, veían prorrogado su *imperium* o poder ejecutivo (lo que los ponía a salvo de los tribunales ordinarios que pudieran juzgarlos por una mala gestión) y, por otra parte, se les daba la posibilidad de acumular grandes riquezas exprimiendo a la provincia administrada.

Otros cónsules salientes eran nombrados censores, un importante cargo quinquenal cuyo cometido consistía en elaborar y mantener al día el censo de los ciudadanos, actualizándolo por clases según la fortuna de cada individuo. También designaban a los nuevos senadores y velaban por la pureza de las costumbres.

Los cargos gubernativos más bajos (cuestores y ediles) tenían solamente *potestas*, es decir, poder administrativo; pero los más altos (pretore, cónsules, procónsules) estaban dotados, además, de *imperium*, poder de vida y muerte, cuyo carácter sagrado confería inviolabilidad.

Cuando ejercían su cargo, los magistrados *cum imperium* iban precedidos y escoltados por un número variable de soldados (*lictore*) que portaban al hombro las *fascas*, o haces de varas de azotar, símbolo del poder coactivo que otorgaba el cargo.

La misma función tienen los decorativos maceros de loba que escoltan a nuestros ayuntamientos «bajo mazas».

Fuera de la ciudad, y por tanto de la jurisdicción del pueblo, los lictore agregaban al haz de varas un hacha de verdugo (*securis*). Los fascas fueron adoptados por Mussolini como símbolo de su partido (por eso denominado *fascista*). Es que don Benito soñaba con emular las glorias de la antigua Roma y no se percataba de que aquellos laureles se habían marchitado irremediablemente y su mundo pertenecía ya, inevitablemente, a los bárbaros.

Ya que estamos aludiendo a un moderno dictador, parece oportuno mencionar a los dictadores de Roma. La República romana preveía que, de tarde en tarde, en momentos de verdadero peligro podía ser necesario acudir a un caudillo de reconocida capacidad que adoptara medidas extraordinarias para salvar a la patria sin

enredarse en legalismos entorpecedores. En tales circunstancias, el Senado designaba a un dictador, cuya palabra era ley, por un periodo de seis meses, con plenos poderes, y las demás magistraturas quedaban en suspenso.

La única excepción, cuando había dictador, eran los tribunos de la plebe. El pueblo llano, ya lo hemos visto, estaba excluido del *cursus honorum*, pero, no obstante, elegía a diez tribunos de la plebe (tribuno: jefe de la tribu). Los tribunos eran una especie de revolución institucionalizada que podía mitigar los abusos de la plutocracia. Teóricamente los tribunos eran muy poderosos puesto que tenían derecho de veto sobre cualquier decisión de los cargos *cum imperium*, pero en la práctica aquel poder estaba bastante mediatizado puesto que el voto de uno solo de ellos podía invalidar el de los otros nueve. (A propósito, la palabra *veto* significa en latín precisamente *prohibo*, que era lo que gritaban los tribunos cuando querían abortar las propuestas de sus adversarios políticos).

Se comprende que los tribunos no gozaran de las simpatías de los poderosos. Por eso, para evitar que vivieran peligrosamente, su cargo también estaba investido de carácter sagrado. El que les ponía una mano encima quedaba automáticamente excomulgado (*sacer*), y no hay que olvidar que la sociedad romana era profundamente religiosa.

Corrupción y soborno

La expansión de Roma y su adquisición de un extenso imperio colonial enriqueció a la aristocracia hasta extremos inimaginables. El soborno y la corrupción estaban a la orden del día. Los gobernadores amasaban grandes fortunas explotando los recursos de los territorios conquistados, a menudo más en provecho propio que en el del procomún, y luego adquirían latifundios en Italia, se construían lujosas fincas de recreo y vivían de las rentas. En Roma imperaba el capitalismo más feroz basado en la explotación de los prisioneros de guerra reducidos a esclavitud. Llegó a haber tantos esclavos que el obrero libre procedente del pueblo llano quedó desempleado. Esta circunstancia quizá hubiera provocado una revolución si la aristocracia no hubiera tenido la precaución de sobornar a los parados con un subsidio de desempleo. El Estado era tan rico que podía permitirse una especie de seguridad social, la *annona*, que repartía trigo, base de la alimentación romana, entre los pobres. A estos zánganos mantenidos a las ubres del Estado les era indiferente que todo el poder político estuviera en manos de los patricios y que las tareas de gobierno y los cargos, debido al peculiar sistema de votos, recayeran necesariamente sobre aristócratas. Ellos, progresivamente envilecidos por la holgazanería, se contentaban con *panem et circenses*, es decir, trigo y espectáculos públicos gratuitos: carreras en el circo, comedias en el teatro y luchas de gladiadores en el anfiteatro. Cabe añadir los vistosos desfiles de los generales victoriosos. Bien mirado, se parecían bastante a nosotros, o nosotros nos parecemos a ellos: las carreras del circo suscitaban los

mismos fervores partidistas que la liga de fútbol; el teatro y las luchas suministraban la misma sustancia que nos da hoy la televisión: violencia y sexo.

Un texto de Séneca, ya de época imperial, cuando la situación había llegado a sus últimos extremos, nos ilustra sobre la jomada diaria de estos ciudadanos que vivían sin dar golpe: «Roma está llena de personas inquietamente ociosas que no tienen mejor cosa que hacer que merodear y matar el tiempo. Todo el día se lo pasan por las casas, por los teatros y por los foros, entrometiéndose en los asuntos de los demás y dando la impresión de que hacen algo. Sólo buscan matar el tiempo; son como esas hormigas que suben en largas hileras hasta la copa de los árboles para luego descender al suelo de vacío. Si los observas detenidamente verás a los que saludan a uno que ni siquiera les devuelve el saludo, se suman al cortejo fúnebre de un desconocido, acuden al juicio de uno que pleitea todos los días, a la boda de una mujer que se casa cada dos por tres (...) Luego regresan a su posada agotados y no saben decir a qué salieron ni dónde han estado, pero al día siguiente vuelven a lo mismo».

Hacia el siglo I antes de Cristo el Senado se había convertido en una institución obsoleta y corrupta incapaz de afrontar las nuevas necesidades que demandaba la administración de los inmensos territorios conquistados. Fue Julio César el que daría definitivamente al traste con la República y prepararía el retomo de Roma a un gobierno monárquico.

CAPÍTULO SEGUNDO

La guerra de Sertorio

Julio César vino al mundo el 12 o el 13 de julio del año 101 a. de C. Otros aseguran que fue en el año 100, quizá porque es un número fácil de recordar, pero si lo aceptáramos, echando cuentas, resultaría que César ocupaba los sucesivos puestos de su *cursus honorum* dos años antes de la edad legal requerida.

El historiador Plinio asegura que la madre de, César, la noble Aurelia, tuvo un parto difícil, con cesárea (lo que explicaría la denominación que desde entonces se dio a tan delicada operación quirúrgica).

Esta leyenda no se sostiene. Cuando César vino al mundo ninguna mujer hubiera sobrevivido a una cesárea. Las cesáreas en mujeres vivas sólo se han practicado con éxito desde hace un siglo. Antes de la aparición de la anestesia, de los antisépticos, de los antibióticos y de las transfusiones de sangre era inevitable que la parturienta sometida a cesárea muriera durante la operación o en el postoperatorio. Sin embargo sabemos que la noble Aurelia vivió muchos años para educar a su hijo y orientarlo con sus prudentes consejos.

La palabra cesárea pudiera proceder del verbo latino cortar, que es *caedere*, pero también pudiera derivarse del título imperial romano que designaba una antigua ley cesárea en virtud de la cual debía extraerse el feto de toda mujer fallecida en avanzado estado de gestación. Esto explica el origen de la palabra cesárea pero seguimos a oscuras sobre el de la palabra *césar*. Lo más probable es que se trate del vocablo fenicio que significa elefante. La familia Julia adoptó este sobrenombre algunas generaciones antes del nacimiento de nuestro personaje para perpetuar el recuerdo de la hazaña de uno de los suyos que, en la segunda guerra púnica, dio muerte a un elefante de guerra cartaginés.

¿Cómo andaba Roma al nacimiento de César? Mal, francamente mal. Las desigualdades sociales existentes entre sus habitantes habían ido creciendo a medida que la ciudad extendía su dominio por el mundo. Los ricos habían adquirido la tierra de los pobres y a éstos no les quedaba más salida que emigrar a la gran ciudad, sin oficio ni beneficio, o alistarse en las legiones trocando azada por espada, sin más horizonte que combatir por todo el Imperio durante veinte o treinta años y retirarse, cosidos de cicatrices, a alguna colonia militar para veteranos donde disfrutar de una fatigosa vejez.

César nació en plena efervescencia revolucionaria con los dos grupos sociales claramente enfrentados: los *optimates*, integrantes de la nobleza que gobernaba la República a través del Sopado, y los *populares*, plebe urbana que recientemente había adquirido conciencia política y aspiraba a mejorar su posición y a despojar a la aristocracia de parte de sus privilegios. Las dos facciones andaban en pie de guerra

desde que, treinta años atrás, los hermanos Gracos, tribunos de la plebe, intentaron una radical reforma agraria que incluía la expropiación de latifundios manifiestamente mejorables para parcelarlos y repartirlos entre la plebe urbana. Los *optimates* continuaban ostentando el poder a través del Senado; sus adversarios intentaban conseguir sus objetivos a través de los comicios populares, pero ya hemos visto que éstos estaban muy mediatizados. Los Gracos quisieron derrocar aquellas añejas instituciones por vía revolucionaria y todo acabó en un baño de sangre.

El mismo año del nacimiento de César otro tribuno de la plebe volvía a plantear el asunto de la reforma agraria y nuevamente era rechazado por los *optimates*. Hubo un conato de motín popular que fue sofocado por la autoridad.

A esos problemas internos se añadían los externos. Problemas en el sur con los nómadas africanos, problemas en el norte con los cimbrios y teutones, inquietud en los diminutos reinos de Asia satélites de Roma. Solamente el oeste, es decir, España, parecía tranquilo.

Así estaban las cosas cuando César, el hijo de Cayo y Aurelia, nació en el seno de una honorable familia patricia de la ciudad, la última representante de la *gens* Julia, cuyos orígenes se remontaban a la diosa Venus (al lector educado en la tradición cristiana no le resultará inadmisibles que en aquel siglo, que es también el de Cristo, los dioses condescendieran a encamarse y mezclarse con los mortales).

Gente bien, los Césares, de una de las más antiguas familias de Roma, pero ya venida a menos.

Después de una infancia que suponemos feliz y libre de cuidados, nuestro joven César encañó en un adolescente espigado y rubiasco, despabilado y simpático, con la cara llena de granos, y una libido quizá algo excesiva. Tenía quince años cuando quedó huérfano de padre. El noble Cayo falleció de repente, fulminado por un infarto cuando estaba atándose un zapato. El muchacho había quedado huérfano en muy mala edad pero la prudente Aurelia, matrona romana de las antiguas, discreta, voluntariosa e inteligente, supo hacer de padre y de madre para dar a su hijos (César tenía una hermana) la esmerada educación que los nobles vástagos requerían. César recibió una sólida formación griega y latina con los mejores profesores y completó sus estudios en el extranjero, en Rodas y Atenas, que eran las ciudades universitarias más prestigiosas de su tiempo. Mientras aprendía argucias retóricas y se ensayaba en el espléndido estilo literario que admiramos en sus obras, se ejercitaba al aire libre y adquiría la forma física que en su madurez le permitiría compartir, sin esfuerzo aparente, las marchas y privaciones de sus soldados.

Los territorios sujetos a Roma eran tantos y sus relaciones internacionales tan complejas que la administración había quedado desbordada por completo. La oligarquía senatorial gobernó acertadamente mientras la demarcación de la ciudad apenas excedía la línea del horizonte. Pero en cinco siglos de continua expansión Roma había crecido prodigiosamente y resultaba anacrónico y contraproducente aquel empeñamiento en gobernar medio mundo con el cuadro dirigente de un

ayuntamiento mal avenida. Los más avisados romanos no dejaban de reconocer que la dinámica de los tiempos demandaba la aparición de un poder personal. Por otra parte, el virtuoso rústico aferrado al recuerdo glorioso de la abolición de la tiranía monárquica parecía una antigualla ridícula. La expansión del Imperio romano había abierto nuevas ventanas a los puros aires del pensamiento y la cultura helenísticos. Lo verdaderamente moderno era la monarquía, al estilo de los griegos: esa autoridad preclara que emana del rey elegido por los dioses. Roma necesitaba una sola cabeza rectora, clara y fría, que rigiera sus destinos. Necesitaba un reformador inteligente y sagaz, un gran hombre capaz de comprender los cambios que la sociedad romana y el Imperio demandaban, un hombre dotado de la voluntad firme necesaria para llevar a cabo tan ambiciosa transformación. El terreno estaba abonado para que surgiera ese reformador.

La Renovación Militar

En el capítulo anterior vimos que, en sus remotos orígenes, Roma estuvo habitada por tres tribus (latinos, etruscos y sabinos). Una tribu constaba de diez curias o barrios, cada uno de los cuales aportaba a la defensa de la ciudad cien soldados de infantería (centuria) y diez de caballería (decuria). El total, treinta centurias y treinta decurias, hacía la legión, es decir, el ejército de Roma. En su origen este ejército romano sólo alistaba a los ciudadanos censados, los romanos de toda la vida, por lo tanto excluía a los *proletarii*, descendientes de los emigrantes que fueron llegando después, que no figuraban en el censo.

En un principio la exclusión parecía natural. Los romanos de pleno derecho, los censados, poseían las propiedades, eran los dueños de la ciudad. Puesto que ellos eran los realmente interesados en la supervivencia de Roma, a ellos competía su defensa. Estos ciudadanos legionarios se costeaban armas y equipo de su propio peculio y sólo eran convocados en caso de peligro. No existía ejército permanente.

Así fue durante varios siglos, pero en tiempos de César, un general, Mario, reformó radicalmente el ejército cuando vio las tremendas dificultades de reclutamiento que hubo de afrontar para alistar los soldados necesarios en la guerra contra Numidia. ¿Por qué seguir desaprovechando la estupenda cantera de reclutas que encerraban las clases populares de Roma? Mario abolió las barreras legales que impedían el acceso a las legiones a todo el que aspirara a la ciudadanía romana. Los pobres hicieron largas colas delante de las oficinas de reclutamiento. Estaban encantados, no sólo porque en la milicia tenían posibilidad de convertirse en ciudadanos romanos, con todos los privilegios que ello entrañaba, sino porque, además, de este modo podían correr mundo y, con un poco de suerte, enriquecerse con el botín de las conquistas. Incluso podían soñar en ascender por méritos de guerra y retirarse ricos y honrados. Y el que no aspirara a tanto, por lo menos se conformaba con ver mundo, comer caliente y recibir regularmente una paga interesante. El

ejército se convirtió en una ocupación productiva para los que no tenían ocupación y, en la medida en que los desheredados iban acogidos a sus filas, los romanos acomodados se convirtieron en objetores y comenzaron a excluirse del servicio militar.

Los soldados proletarios no tenían prisa por licenciarse y firmaban por veinte años. Como eran gente sin recursos, la ciudad los equipaba. Desde entonces el armamento se produjo en serie: cascos montefertinos (parecidos a la gorra hípica, pero con la visera en el cogote), cotas de malla hasta las rodillas, escudos ovales, espadas cortas, jabalinas ligeras, sandalias claveteadas, grebas, picos y palas... El ejército creció, se modernizó, se uniformó, se profesionalizó. Creció el espíritu de cuerpo en la familia militar. Los legionarios se sentían más vinculados al general que los mandaba que a la institución de la que emanaba el poder del general, es decir, del Senado. El camino estaba abierto para que cualquier general ambicioso se hiciera con el poder.

Mientras tanto, la máquina militar romana, bien engrasada y puesta a punto, proseguía la conquista del mundo.

Hacia siglos que Roma había sometido al resto de las ciudades itálicas y las había integrado en su órbita, pero aún no les había otorgado las ventajas de la ciudadanía romana. Los italianos reclamaban, cada vez con más fuerza, la ciudadanía romana. Si compartían con los romanos los inconvenientes, el esfuerzo militar y fiscal, querían también gozar de las ventajas.

Pero en Roma nadie quería perder sus privilegios ni compartirlos con gente de inferior categoría. La aristocracia terrateniente que había adquirido enormes latifundios no quería oír hablar de reparto de tierras; el pueblo llano cuyo único tesoro era la ciudadanía que le daba derecho a la *annona*, aquella pródiga ubre estatal, recelaba que si ampliaban el club para admitir a los itálicos aspirantes, todos tocarían a menos. Tampoco les interesaba.

En el año 91, César todavía era un niño, algunas ciudades itálicas se rebelaron contra el patrón en demanda de mayores derechos. Esta guerra llamada social (de *socii*: aliados) puso a Roma en un aprieto. Las tropas itálicas venían combatiendo junto a las romanas desde tiempo atrás y eran tan efectivas como ellas. Durante las hostilidades Roma tuvo que alistar apresuradamente varios ejércitos: el encargado de reprimir la rebelión fue, paradójicamente, Mario, el reformador mencionado más arriba, a pesar de que políticamente sintonizaba con los Gracos y, por lo tanto, estaba más de acuerdo con los rebeldes que con el Senado romano.

Mario era un reformista popular, analfabeto y quizá no excesivamente inteligente, pero tenaz y valeroso. Gozaba de tanto prestigio en Roma como protector del pueblo y como vencedor de las guerras contra los númidas, los cimbrios y los teutones que consiguió ser elegido cónsul durante cinco años sucesivos (un hecho sin precedentes que vulneraba la legalidad vigente).

A pesar de Mario, Roma no tuvo más remedio que ceder y atender a las razonables demandas de los sublevados. El Senado se sintió decepcionado por la sospechosa blandura con que Mario reprimía a los itálicos rebeldes y lo sustituyó por un antiguo oficial suyo, Comelio Sila, que parecía más adicto a la institución. No los decepcionó. Sila, deseoso de hacer méritos, se empleó a fondo e hizo alarde de mano dura.

Así comenzó la meteórica carrera política de Sila. A poco, ocupó el consulado y asumió la tarea de defender los privilegios de la clase senatorial de las cada vez mayores exigencias de la plebe romana. En este forcejeo se enfrentó repetidas veces con el tribuno de la plebe Sulpicio Rufo, portavoz de los populares.

Mitrídates ataca Roma

Así las cosas, una explosión de violencia conmovió la provincia romana de Asia (Asia Menor, en la península anatólica que hoy es parte de Turquía). Allí coexistían desde antiguo diminutos reinos helenísticos resultantes de la descomposición del imperio de Alejandro Magno: Bitinia, Ponto, Galacia, Capadocia, etc. El más poderoso era Ponto, regido por una dinastía de reyes de origen persa que se llamaban, invariablemente, Mitrídates. Aparte del nombre tenían en común un desmedido deseo de medrar a costa de los vecinos, sin dejarse amedrentar por la atenta y suspicaz mirada de Roma.

El sexto de los Mitrídates, que ascendió al trono a los once años de edad, en 121, aspiraba a ser otro Alejandro. En esto no se mostró nada original: en la antigüedad Alejandro Magno era el paradigma de príncipe, el claro espejo en el que todos los gobernantes se miraban. Mitrídates era culto y desconfiado. Dícese de él que hablaba veintidós lenguas y que estaba inmunizado contra todos los venenos conocidos porque se había habituado a ingerirlos en pequeñas dosis. (Lo de las lenguas es posible, aunque improbable; lo de la inmunidad a los venenos, totalmente imposible). Por cierto, hay una antigua voz castellana, *mithridato*, hoy caída en desuso, que designa a un antídoto universal que los boticarios de antaño preparaban con «varias drogas, como opio, víboras, agárico, etc.».

Como Alejandro, también Mitrídates se hizo llamar el Grande, y así como Alejandro se enfrentó al imperio persa y lo conquistó, Mitrídates aspiraba a conquistar el Imperio romano. O al menos, a expulsar a los romanos de Asia.

En los días que estamos historiando, Mitrídates seguía atentamente los avatares de la política romana. Roma era atacada en África por los numidas; en el norte por los bárbaros, y además se encontraba sumida en las convulsiones de una guerra civil contra sus propios socios italianos. La ocasión parecía propicia para expulsar a los romanos de Asia, así que Mitrídates no se lo pensó dos veces e invadió los territorios romanos y los de sus aliados asiáticos y ejecutó a cuantos romanos e itálicos cayeron en su poder. Luego pasó a Grecia y fue recibido por la población como un libertador

del yugo romano.

En Roma las noticias de Oriente causaron estupor. Después de dos siglos y medio, el fantasma de Aníbal todavía merodeaba por las puertas de la ciudad. ¿Se atrevería Mitrídates a invadir Italia? Y, lo peor de todo: si lo hacía, ¿serían capaces de vencerlo?

¿Quién podía frenar a Mitrídates? Los generales más expertos eran Mario y Sila. Naturalmente el Senado nombró a su favorito Sila.

Pero Mario no podía consentir que aquel advenedizo lo suplantara en la hora de la mayor gloria. Se entrevistó con el tribuno Sulpicio Rufo y le prometió hacerlo partícipe del botín de la guerra si apoyaba su candidatura como jefe del ejército. El tribuno, que estaba ahogado de deudas, vio pintada la ocasión de escapar de sus apuros económicos y desde entonces apoyó la ley que extendía la ciudadanía romana a los socios italianos. Con la ayuda de los flamantes ciudadanos Mario fue designado comandante del ejército contra Mitrídates.

Sila no era hombre que se doblegara fácilmente. La maniobra de Mario lo sorprendió en Campania, cuando apagaba los últimos rescoldos de la guerra social. Formó a sus tropas y les anunció que si Mario se hacía cargo de la campaña de Oriente se quedarían sin botín. Los indignados soldados no tuvieron inconveniente en seguir a su general en una marcha contra Roma, dispuestos a todo. No hubo necesidad de llegar a las manos. Mario, reconociendo que sus tropas eran inferiores, huyó de la ciudad y buscó refugio en una isleta frente a las costas de Cartago. Su socio Sulpicio Rufo fue capturado y ejecutado.

La acción de Sila, dos milenios después repetida por Mussolini, iba a traer cola. Era la primera vez que un general entraba en la urbe al frente de un ejército, una eventualidad cuidadosamente soslayada por la Constitución. El Senado, al consentirlo, pues se trataba de su propio campeón, sentaba un peligroso precedente que más adelante tendría que lamentar.

A todo esto, ¿cómo vivía el joven César los acontecimientos que estremecían su ciudad? Por su nacimiento patricio parecía natural que César se alineara con los *optimates*, pero la tradición familiar lo entroncaba con Mario, que estaba casado con una tía de César. Por otra parte su madre, que lo guió en sus primeros años, simpatizaba con los populares. Roma estaba cambiando, los tiempos nuevos se anunciaban y la sagaz Aurelia había comprendido que su hijo tendría más futuro en el grupo progresista.

Sila, ya indiscutible generalísimo del ejército expedicionario romano, pasó a Grecia, saqueó Atenas, sometió a la provincia rebelde, forzó a Mitrídates a pedir la paz y le impuso elevadas reparaciones: devolver sus conquistas, ceder su escuadra y satisfacer una elevada indemnización. Sila hubiese podido redondear su campaña conquistando el reino de Mitrídates, pero las noticias que le llegaban de Roma eran alarmantes. En su ausencia el partido popular galleaba de nuevo y Mario había regresado en olor de multitudes y se había adueñado de la ciudad con la connivencia

del cónsul Cornelio Cinna. Cuando esto ocurría César contaba apenas dieciséis años. Mario, que en el fondo no las tenía todas consigo, intentó hacerlo ingresar entre los flámines, los sacerdotes del templo de Júpiter, que eran inviolables, un seguro de vida en caso de que diera la vuelta la tortilla y Sila alcanzara el poder nuevamente.

Ingresar en el sacerdocio de Júpiter hubiera supuesto un grave obstáculo en la carrera política del joven César. Su madre, alarmada, se apresuró a deshacer la maniobra buscándole una esposa. El matrimonio era incompatible con tan alto sacerdocio. La elegida fue Cosutia, hija de un plebeyo rico ascendido a caballero. Así fue como nuestro César, todavía imberbe, comenzó a gozar las mieles de la vida matrimonial.

A todo esto, Mario, cada vez más inseguro, impuso en Roma un régimen de terror. Las ejecuciones de senadores y silanos destacados estaban a la orden del día. Así llegaron las elecciones del año 86 y Mario y Cinna se hicieron elegir cónsules, Mario por séptima vez. Pero a los pocos días de tomar posesión del cargo falleció de muerte natural.

Desaparecido Mario, no tenía objeto que el joven César siguiera casado con la anodina Cosutia. Es más, aquella boda desigual se había convertido más bien en una cortapisa para el desarrollo de su carrera política. En Roma el divorcio era un fácil trámite. Casi todos los nobles romanos se casaban y divorciaban varias veces a lo largo de sus vidas. Por lo tanto, Aurelia buscó a su hijo una nueva esposa, otro matrimonio de conveniencia que impulsara su carrera. Ninguna nuera mejor que Cornelia, la hija del cónsul Cinna, el heredero de Mario al frente del partido popular y dueño de Roma.

Los acontecimientos iban a demostrar que fue una elección desafortunada por el lado político. En la primavera del 83 Sila regresó a Italia al frente de su victorioso ejército y se enfrentó a Cinna. Nuevamente se reproducía la guerra social porque Cinna contaba con el apoyo de las ciudades itálicas que habían obtenido la ciudadanía italiana y Sila con el de los *optimates*, los conservadores romanos que se negaban a compartir las ventajas de su ciudadanía. Tras dos años de guerra sangrienta, los romanos derrotaron a los itálicos, Cinna murió, y Sila penetró en Roma por segunda vez al frente de su ejército y se adueñó del gobierno.

La segunda dictadura de Sila fue aún más virulenta que la primera. El autócrata se tituló dictador, desempolvando el título excepcional que el Senado instituyó en los angustiosos días en que Aníbal amenazaba Roma. No deja de ser paradójico que el dictador justificara su asalto al poder como el único medio posible de depurar las instituciones y restaurar la República después de desparasitarla de sus enemigos.

El dictador no perdonó a nadie. Compuso un censo de sus enemigos políticos, las *proscriptiones*, que abarcaba hasta cinco mil ciudadanos romanos de cierto relieve entre senadores y caballeros. Todos ellos estaban condenados a la pena capital: los que pudieron huyeron con lo puesto; otros fueron capturados y ejecutados. Se rumoreaba que muchos censados no habían cometido mayor delito que el de ser ricos,

pues Sila y sus sicarios codiciaban los bienes ajenos. Es que Sila, como todo general romano después de una larga campaña, se veía en la necesidad de cumplir promesas de premiar a los veteranos con lotes de tierras.

Después de acabar con la oposición, Sila se aplicó a robustecer el Senado. Después de las sucesivas sangrías a que lo habían sometido Mario y Sila, el nuevo Senado era una pálida sombra de lo que fue. No quedaban ya senadores de la pasta indomable de los antiguos. Sila aumentó a seiscientos el número de sus miembros y cubrió los numerosos huecos con sus propios partidarios sin fijarse mucho en si pertenecían a la vieja *nobilitas*. La cámara resultante era una dócil asamblea deseosa de complacer al dictador.

No fue esto todo. Además Sila acometió un profundo programa de reformas institucionales encaminadas a robustecer el Senado. Quiso dejarlo todo atado y bien atado para cuando él faltara. Ya que todos los problemas de los *optimates* se derivaban de la creciente influencia del tribunado de la plebe, en adelante los tribunos de la plebe, y por tanto la plebe, quedaban desposeídos de poder legislativo.

César había quedado en situación bastante desairada. El dictador le ordenó que repudiara a su esposa, la hija del odiado Cinna, pero él, haciendo gala de inédita entereza, se negó en redondo. Sus amigos quedaron espantados: ya habían rodado en Roma muchas cabezas por motivos más fútiles y César era sospechoso por sus simpatías con el partido popular y su parentesco con Mario. No obstante, por el momento, salió bien librado gracias a la protección dispensada por el clero, los *Aurelii* y las vestales. Sila gruñó: ¡Vigilad a ese joven: en él hay madera para muchos Marios!

A César no le convenía tentar a la suerte. Sus amigos le aconsejaron un alejamiento temporal de Roma. Era mejor que aguardara lejos el advenimiento de tiempos más propicios. Nuestro hombre, comprendiendo que mientras viviera Sila su vida corría peligro, hizo su equipaje y marchó a la provincia romana de Asia, donde muchos jóvenes romanos velaban sus armas cerca de las peligrosas fronteras de Mitrídates.

Sila disfrutó de su omnímodo poder durante un tiempo. Libre de oposición, ejerció una cómoda dictadura que nos recuerda la del general Narváez, aquel del que se cuenta que en el lecho de muerte, cuando su confesor le recomendaba perdonar a sus enemigos, abrió un ojo para replicar: «Padre, yo no tengo enemigos, los he matado a todos». A Sila tampoco le quedaban enemigos. Ejerció pacíficamente su dictadura por espacio de tres años prefigurando muy a pesar suyo el inminente retorno de Roma a la monarquía. Luego, sintiéndose viejo y cansado, devolvió el poder al Senado y se retiró de la política. Murió al año siguiente. Su memorable funeral incluyó coronas de oro, parihuelas con pebeteros de incienso, procesión por el Foro e incineración en el Campo de Marte. Nunca se habían dispensado tantos honores a un prohombre de la República.

¿Y César, qué noticias llegaban a Roma del joven César? Venía de camino,

bebiendo los vientos. En cuanto supo que Sila había muerto regresó a la urbe llevando en su equipaje los laureles gloriosamente cosechados en Asia. Primero le habían encomendado la delicada misión de recoger en Bitinia la escuadra de guerra que Nicomedes entregaba a Roma en cumplimiento de los pactos. César había culminado esta tarea con tan notable habilidad que sus enemigos romanos, que ya los tenía, y los envidiosos que nunca han de faltar, quisieron empañar tan señalado éxito difundiendo por los mentideros romanos el rumor de que se había convertido en amante de Nicomedes. Lo apodaban «reina de Bitinia», sugiriendo que había sido bardaje, es decir, sodomita pasivo, en el lecho del sensual monarca.

En este punto quizá convenga recordar que, aunque los romanos mantenían una actitud liberal respecto al sexo y toleraban socialmente las relaciones homosexuales con muchachos (una influencia griega del amor socrático o amor dorio), el bardaje (el *fututus in culum*, que dará *fodidencul* era socialmente rechazado).

César fue probablemente bisexual al modo grecorromano y es posible que íntimamente rechazara su vena homosexual. Según el doctor Gustav Bychowski, discípulo de Freud, «el vanidoso deseo de César de aparentar e impresionar al pueblo puede haber sido una compensación de su homosexualidad pasiva y una manifestación de su desmesurado afán exhibicionista». En la misma línea anda el doctor Marañón cuando señala que las conquistas femeninas que colecciona el donjuán no son sino una compulsiva afirmación de virilidad con la que se pretende compensar sus inconfesables tendencias homosexuales.

Lo cierto es que el sambenito de su homosexualidad persiguió a César durante toda su vida dando pie a muchas burlas cariñosas de sus legionarios, que lo adoraban, y de sus adversarios y enemigos, que lo adoraban menos. Curio lo llamó en público «el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos». Otros datos que parecen abonar sus tendencias homosexuales son su gusto por las vestiduras lujosas, por las perlas y por las joyas, y su acicalamiento narcisista. Por ejemplo, en su madurez la República le concedió la corona de laurel y él dio en usarla continuamente para ocultar su calvicie.

Aparte del éxito diplomático en Bitinia, César había demostrado ser un buen soldado distinguiéndose en la campaña contra los piratas que infestaban el mar de los griegos y en el sitio de Mitilene, donde alcanzó la corona cívica, condecoración que se otorgaba a romanos que salvaban a camaradas en combate.

César en Roma

Al regreso de César, el panorama que ofrecía la política romana era bastante confuso. Las reformas de Sila comenzaban a zozobrar. Los nuevos cónsules, Catulo y Emilio Lépido, se detestaban. Catulo pertenecía al grupo *optimates* y tenía fama de íntegro. Por el contrario Lépido, aunque de origen patricio, era un trepador nato, fiel sólo al dinero y habituado a cambiar de chaqueta según soplaran los vientos.

Las diferencias no tardaron en aflorar. En el entierro de Sila surgió la primera chispa. Lo presidieron con la solemnidad y concierto que la ocasión demandaba, pero al despedirse intercambiaron insultos en privado.

Desaparecido el dictador, soplaban vientos del pueblo. Lépido presentó una ley frumentaria que aseguraba un subsidio de un saco de trigo al mes a cada ciudadano que lo solicitase. Con esta demagógica medida pretendía obtener el apoyo de la masa indolente que abarrotaba Roma. Los senadores se llevaron las manos a la cabeza. La ciudad era rica pero no tanto como para mantener indefinidamente el pesado fardo de semejante subsidio. ¿Adónde iremos a parar? No tardaron en añorar los tiempos de Sila. El dictador nunca hubiera cortejado a aquel atajo de vagos. Pero ya había muerto y de nada servía invocarlo.

Nuevamente estaban las espadas en alto. De un lado, Catulo, el campeón del Senado y del partido *optimatus*. Del otro, Lépido, el popular, el que prometía devolver a la plebe las prebendas y libertades arrebatadas por Sila.

Una rebelión de campesinos en Etruria obligó a los cónsules a aplazar sus disputas y reconciliarse momentáneamente. Se pusieron en campaña, cada cual al frente de un ejército, y sofocaron la rebelión, pero Lépido, astutamente, anduvo remoloneando con sus tropas hasta que se agotó el plazo de su magistratura.

Cuando el Senado lo apremió para que regresara a Roma para las elecciones de los nuevos cónsules, se declaró abiertamente en rebelión contra el Senado. Muchos populares corrieron a alistarse bajo sus enseñas como antaño bajo las de Mario. El joven César, no. Aunque lo invitaron a unirse a la rebelión, fue suficientemente listo como para comprender que estaba condenada al fracaso, y se mantuvo al margen.

El Senado declaró a Lépido enemigo público y envió contra él a dos generales, Catulo y Pompeyo. De este último tendremos que hablar mucho a lo largo del libro, pero aplazaremos su presentación hasta el capítulo siguiente. Por ahora diremos tan sólo que Pompeyo no decepcionó al Senado. Avanzó por la vía Emilia ocupando las plazas en poder de los rebeldes y ejecutando a los jefes que hacía prisioneros, entre ellos a Junio Bruto y a un hijo de Lépido. Los aliados de Lépido lo abandonaban, las ciudades le cerraban las puertas. Sus sueños se desvanecieron como el rocío en la solana. Para colmo sus enemigos le enviaron pruebas fehacientes del adulterio de su esposa. Mientras él salvaba a Roma, Apuleya se la estaba pegando con otro. Estaba acabado. A nadie sorprendió que enfermara y muriese. Sus últimos partidarios se dispersaron. Muchos de ellos buscaron refugio en España, donde también serían perseguidos por Metelo y Pompeyo como veremos en el próximo capítulo.

CAPÍTULO TERCERO

La guerra de Sertorio

Quinto Sertorio era un general de Mario que se había refugiado en España huyendo de Sila. Pero antes de relatar su loca guerra contra la República romana será mejor que hablemos de España.

Unos siglos antes de Cristo, la península Ibérica estaba poblada por tribus de los más variados orígenes y niveles culturales. En el folleto turístico de Estrabón leemos que el país produce muchos rebecos y caballos salvajes, que en sus lagunas abundan los cisnes y las avutardas; que en sus ríos hay castores, que la tierra produce olivos, higueras y plantas tintóreas. Diversos historiadores griegos y latinos nos han transmitido curiosas noticias de las tribus feroces y entrañables que la poblaban. El mentado Estrabón atestigua que los lusitanos se alimentaban principalmente de pan de bellota y carne de cabrón (el macho de la cabra, naturalmente), que cocinaban con manteca, que bebían cerveza, que practicaban sacrificios humanos y que cortaban las manos de sus prisioneros. Los hombres y mujeres bastetanos bailaban cogidos de la mano una especie de sardana, y calentaban la sopa introduciendo una piedra candente en el cuenco; entre los cántabros se observaba la curiosa ceremonia de la covada: el presunto padre se metía en el lecho y fingía padecer los dolores de parto mientras que la genuina parturienta seguía cavando el campo, indiferente, o se afanaba en las labores domésticas, y así daba a luz. En la Cerdeña y el Puigcerdá, hogar de los carretanos, se producían excelentes jamones cuya industria «proporciona ingresos no pequeños a sus habitantes». Los astures, por su parte, observaban la costumbre de enjuagarse la boca o lavarse los dientes con orines. Por cierto, este sorprendente uso dentífrico parece perdurar hasta por lo menos el siglo XVI cuando el escritor Eugenio de Salazar observaba que en la aldea asturiana de Tormaleo las mujeres «muelen la sal en el servidor (es decir, el orinal) cuando no hallan limpio el mortero», lo que él, ayuno de veneraciones antropológicas, atribuyó irreflexivamente a la escasa higiene de aquellas gentes.

A ojo de buen cubero puede estimarse que en la península Ibérica existían por lo menos cien comunidades autónomas, aunque unas más desarrolladas que otras. Entre muchas de ellas se establecieron relaciones de parentesco más o menos estrechas por proceder de un tronco común, lo que originaba una impenetrable urdimbre de pactos y clientelas que los modernos historiadores se esfuerzan por desentrañar. En términos generales puede afirmarse que las tribus de la costa mediterránea estaban más adelantadas que las de la meseta central y noroeste debido a la influencia ejercida en ellas por los comerciantes y colonos griegos, fenicios y cartagineses, que desde siglos atrás se habían establecido en estas tierras para explotar sus metales y materias primas.

En el año 218 (entendamos siempre, y a partir de ahora, antes de Cristo) los romanos arrebataron a los cartagineses sus posesiones. Después, durante otros dos siglos, ampliaron sus dominios y fueron conquistando las tierras interiores a celtíberos y lusitanos. En tiempos de César sólo les quedaba por ocupar la franja cantábrica y parte de Galicia.

A efectos administrativos, los romanos habían dividido casi diagonalmente la Península en dos mitades: de Cartagena a los Pirineos era la Citerior (la más cercana); el resto, la Ulterior (la más lejana).

Regresemos ahora al fugitivo Sertorio. Nuestro hombre había sido tribuno en España y en su hoja de servicios figuraba una acertada defensa de la ciudad minera de Cástulo (en Jaén), acosada por los celtíberos, hazaña por la que había sido condecorado con la corona de césped. Luego fue cuestor en la Galia, donde perdió un ojo y ganó cierta fama como general de Cinna durante las guerras sociales. En el año 81 aspiraba a coronar su brillante *cursus honorum* con un consulado, pero su partido, el de los populares, prefirió promocionar a otros candidatos y sólo le confió el gobierno de la Hispania Citerior.

Pero ni siquiera este premio de consolación estaba seguro, porque Sila, en pugna con los populares, consiguió que ese puesto le fuera asignado a un *optimatus*. En aquellos turbios tiempos no quedaba muy claro de qué parte quedaba la máxima autoridad para asignar el cargo, por lo tanto lo más seguro es que fuera del primero en llegar. Sertorio ganó la carrera de velocidad, se presentó antes que su rival y se hizo con el control de las guarniciones. Luego hizo todo lo posible por congraciarse con sus súbditos y reforzar su ejército para resistir al enviado de Sila.

¿Fue Sertorio un traidor a su patria, un separatista que quiso arrebatarse a Roma su fértil provincia occidental, o fue por el contrario un luchador por la libertad contra la dictadura de Sila? La figura es controvertida y seguramente lo seguirá siendo. Como resultó vencido, la historia lo ha juzgado como traidor.

Las guerras de Sertorio duraron diez años, los que van del 82 al 72. Primero, cuando el ejército senatorial enviado contra él desembarcó en Hispania, nuestro hombre se vio obligado a huir a África y a las islas de los Afortunados (Canarias). Luego regresó al frente de tres mil romanos y setecientos moros y, declarándose abiertamente rebelde, organizó la resistencia y obtuvo algunos éxitos contra los ejércitos de Pompeyo y Metelo. Era habilísimo en el arte de ganar las voluntades de los jefes indígenas e inclinarlos a luchar por él, algunas veces aprovechando el carácter supersticioso de aquellos pueblos. Tenía una cierva amaestrada y fingía que la diosa madre se le manifestaba a través de ella para aconsejarlo sobre la dirección de la guerra, así que se pasaba las horas en animado coloquio con la cierva, a la que trataba con la misma familiaridad con que un inglés trata a su perro. Aparte de estas escenificaciones, ponía en práctica medidas más sustanciosas: rebajaba los impuestos de los territorios ocupados, respetaba la idiosincrasia de los pueblos sometidos a su autoridad y procuraba desasnarlos introduciendo en ellos costumbres romanas

compatibles con las autóctonas. En Osea (Huesca) estableció una especie de Roma rebelde a la que los jefecillos indígenas enviaban a sus hijos para recibir educación principesca. Visto desde otro ángulo, puede decirse que así se proveía de excelentes rehenes para asegurarse la fidelidad de sus aliados. Sertorio, actuando como poder independiente contra Roma, llegó a firmar acuerdos con el mayor enemigo de la República, el ya mencionado rey Mitrídates de Ponto, del que recibió cuarenta navios y tres mil talentos.

Finalmente en Roma pusieron precio a su cabeza, se atrajeron con indultos a muchos de los oficiales romanos del rebelde y sobornaron a otros. Lo asesinaron durante una cena o durante una orgía. Lo más probable es que fuera cena seguida de espectáculo folclórico-musical, a las que los romanos eran muy adictos (lo que no descarta la orgía). Corría el año 73.

El desastrado final se veía venir porque la estrella de Sertorio se había oscurecido casi por completo desde que el general Pompeyo puso pie en España.

Y llega el momento de hablar de Pompeyo, que va a ser personaje central en la vida de César. Cneo Pompeyo *el Grande* (106 al 48) constituye, junto a Alejandro Magno y Aníbal, uno de los grandes generales de la antigüedad. Seguramente él se identificaba plenamente con Alejandro y acariciaba la idea de que los dioses le habían otorgado una señal para acentuar tal semejanza, el mechón rebelde sobre la frente, la legendaria *anastolé* de Alejandro Magno, cuyo cognomen también adoptó.

Con la perspectiva de la Historia es evidente que Pompeyo no llega a la altura del griego pero, no obstante, su nombre destacaría más de no oscurecerlo la estrella de César, más brillante que la suya. César era vástago de familia patricia venida a menos, Pompeyo, por el contrario, era de origen plebeyo, aunque su familia había venido a más. Parece, por tanto, natural que anduviese sus primeros pasos en política de la mano de los *optimates*. Apadrinado por ellos, ganó un triunfo a pesar de su extrema juventud, y cobró fama de ser un genio de la guerra.

Ya dejamos dicho que cuando Sila regresó triunfalmente a Italia Pompeyo se le unió con un ejército privado y arrebató Sicilia a los populares. Este fue su primer hecho destacado.

Pompeyo, al conquistar la tierra hispánica a los sertorianos, se mostró tan magnánimo con los jefes indígenas prisioneros que se ganó para siempre el agradecimiento y la fidelidad de aquellas gentes simples y emotivas. Además los favoreció con repartos de tierras y otras ventajas políticas y concedió la ciudadanía romana a los jefes más destacados. Incluso extendió la perdurable huella de Roma fundando algunas ciudades, entre ellas Pompaelo (Pamplona).

Existe una anécdota reveladora de la grandeza de ánimo de este romano: uno de los altos funcionarios sertorianos quiso congraciarse con él entregándole una detallada lista en la que aparecían los nombres de los partidarios y corresponsables que Sertorio había tenido en Roma. Pompeyo la arrojó al fuego sin leerla. No quería saber. Bastante sangre se había vertido ya.

Cuando Pompeyo abandonó la Península para regresar a Roma, el año 71, dejaba tras él una sólida y numerosa clientela dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo. El general debió de sentirse orgulloso de la obra que dejaba en España porque erigió un monumento conmemorativo *in summo Pyrenaeo* en el paso de Le Perthus. No han quedado vestigios de él, pero seguramente tendría forma de torre circular, más ancha que alta, a manera de pedestal, sobre la cual se alzaría un talud tronco-cónico cuya cima quizá estuvo adornada por una estatua de Pompeyo rodeado de trofeos de guerra. Los romanos solían levantar estas torres trofeo de diversa función y significado, unas veces en sus fronteras, otras en lugares geográficamente significativos. En Urculu, no lejos de Roncesvalles, dentro de territorio navarro aunque a pocos metros de la frontera con Francia, quedan vestigios importantes de una de estas construcciones.

La generación de Julio César y Cneo Pompeyo, nacida en Roma en torno al año 100, fue fecunda en hombres de perdurable memoria. El más grande de todos ellos fue sin duda César, al que iremos conociendo en las páginas que siguen.

Cuando alcanzó su madurez, Julio César era alto y apuesto, de cara redonda y ojos negros cuya penetrante mirada denotaba gran energía espiritual y aguda inteligencia. A veces sufría ataques de epilepsia, una enfermedad considerada entonces divina y muy característica de grandes hombres (también Aníbal y Alejandro Magno la habían padecido). Era creencia común que el ataque de epilepsia era provocado por la irrupción de un dios en el cuerpo de la víctima.

La epilepsia no preocupaba tanto a Julio César como la calvicie. Nuestro hombre era calvo como un huevo e intentaba disimularlo como mejor podía, cubriéndose el cráneo con los ralos aladares, usando bisoñé, e incluso, hacia el final de su vida, llevando puesta constantemente la corona de laurel que el Senado le había concedido, como queda dicho páginas atrás. Su coquetería era igualmente manifiesta en lo referente al vestido y al cuidado de su persona. Acudía con frecuencia al peluquero, se depilaba el vello superfluo y vestía elegantemente. Era también singularmente aficionado al lujo, a las joyas y a las obras de arte. No nos resistiremos a copiar unas líneas, quizá algo exageradas, del historiador Suetonio: «Como ya han constatado muchos, César era muy aficionado al lujo y a la elegancia. Mandó construir una hermosa casa de campo en las cercanías del bosque de Diana, y apenas terminada la hizo demoler porque no le gustaba. En sus viajes llevaba consigo pavimentos

de mosaico y fuentes de mármol. Su ida a Britania fue movida, según dicen, por el deseo de encontrar perlas (...) Siempre estaba dispuesto a comprar piedras preciosas, obras de arte de prolijo trabajo, estatuas y cuadros antiguos. Por esclavos de hermoso cuerpo y cultivada inteligencia pagaba precios tan fantásticos que él mismo se avergonzaba y no los asentaba en sus libros».

Cuando estaba en campaña, el dandi romano se transformaba en rudo soldado que

despreciaba las comodidades, comía el mismo rancho de la tropa, arrimaba el hombro cuando era menester dando ejemplo a sus subordinados y sufría las fatigas como el primero. Era, además, generoso con los vencidos. Tan sólo se le conocía una debilidad: era un impenitente mujeriego. Cuando entró triunfalmente en Roma, sus soldados iban cantando: «*Romani, servate uxores: moechum calvum adducimus*» («¡Romanos, esconded a vuestras mujeres que aquí traemos al calvo putañoero!»). En la larga lista de sus conquistas amorosas figuraban las esposas de sus amigos Craso y Gabinio e incluso Mucia, la primera esposa de su colega y adversario Pompeyo.

Después de César mencionaremos a Marco Tulio Cicerón (106-43), el más grande orador de un pueblo de grandes oradores. Cicerón nació en una familia acomodada de los *equites*. Cuando las guerras sociales prefirió considerarse más cerca de los *optimates* que de los populares y apoyó a Sila (por otra parte no apoyarlo resultaba bastante peligroso). Como muchos intelectuales, era en el fondo cobarde y procuraba temprar gaitas y no comprometerse demasiado en la cambiante política romana.

Por las limitaciones que le imponía su mediocre salud y por inclinación de carácter, Cicerón prefirió eludir las armas y concentrar sus esfuerzos en la carrera de las letras, es decir, en la elocuencia y el derecho. En los centros de cultura griega asistió a las lecciones de los más famosos filósofos y oradores de su tiempo y con este sólido bagaje regresó a Roma y se casó juiciosamente con Terencia, una mujer riquísima aunque autoritaria. Ya inserto en lo más respetable de la sociedad romana inició su labor como abogado. A los veintiséis años de edad era ya el más afamado y hábil picapleitos de Roma. Luego emprendió su *cursus honorum* ocupando sucesivamente los cargos de cuestor, edil y pretor, apoyó a Pompeyo en su campaña por el mando del ejército de Oriente y más adelante, siendo cónsul, logró que fracasara el golpe de Estado conocido como conjuración de Catilina, del que nos ocuparemos más adelante. En esta ocasión compuso cuatro piezas maestras de la oratoria universal, las famosas *Catilinarias*, a las que más adelante uniría las *Filípicas* (contra Marco Antonio, a imitación de los discursos de su maestro Demóstenes contra Filipo de Macedonia). Estas le costaron la vida.

El tercer gran hombre de nuestra lista es Lucio Licinio Lúculo (117-58), nombre muy reverenciado por los gastrónomos y mesoneros instruidos. Le debemos la aclimatación en Europa del delicioso cerezo (palabra derivado de Ceraso, la ciudad del Ponto donde se criaban los cerezos más dulces).

Lúculo era vástago de noble familia y como tal hizo el consabido *cursus honorum*: cuestor, con Sila, procuestor, edil, pretor y cónsul. Ocupaba esta alta magistratura cuando Mitrídates de Ponto invadió la provincia romana de Bitinia en Asia Menor y Lúculo, general en jefe de las fuerzas romanas en Asia, derrotó a Mitrídates. Después hizo una brillante campaña por Oriente al frente de cinco legiones al término de la cual se llenó los bolsillos con las multas impuestas a las ciudades rebeldes y dictó sabias disposiciones adicionales que favorecieran a la población evitando que financieros romanos sin escrúpulos exprimieran la economía

de las colonias. Esto le granjeó enemistades entre los poderosos, lo que a la postre daría al traste con su carrera política. Por otra parte el epicúreo Lúculo no ambicionaba más de lo que ya tenía. Prefirió dedicarse a la vida privada, a disfrutar del bien merecido retiro y de los muchos millones de sestercios que había amasado. Su nombre ha quedado asociado al lujo, a la prodigalidad y a la búsqueda desenfrenada del placer. Como tal lo traemos a este censo, porque ejemplifica una clase de romano de su tiempo a la que también perteneció César.

Lúculo repartía sus ocios entre la lectura de los clásicos de su espléndida biblioteca, la composición de una *Historia de la guerra social*, en griego, y la celebración de memorables banquetes para agasajar a sus amigos (y es fácil imaginar que tendría muchos). De sus tiempos militares le había quedado una inclinación a organizar escrupulosamente sus operaciones. En su mansión había una serie de comedores que recibían distintos nombres alusivos a las pinturas que los decoraban. A cada uno de ellos había asignado un menú de diferente categoría. Sólo tenía que indicar: «Hoy cenaremos en la sala de Apolo», para que su mayordomo entendiera que debía preparar un banquete de cincuenta mil dracmas.

Lúculo debió de ser, como tantos grandes gastrónomos, un punto melancólico. En una ocasión el mayordomo le preguntó: «¿Para cuántos invitados es la cena de esta noche?», y él respondió: «Esta noche Lúculo come con Lúculo. Para uno solo». En 1937 Julio Camba recordó al personaje en el título de su precioso ensayo *La casa de Lúculo o el arte del bien comer*.

Nuestro cuarto hombre es Lucio Licinio Craso (115-53), el hombre más rico de Roma, el prototipo de todos los ricos que hacen fortuna rápidamente con lo que en nuestros pecadores días se denomina el pelletazo. La fortuna de Craso procedía de las confiscaciones que Sila practicó en los populares y de otras fuentes no menos turbias. Era el casero de media Roma: cuando se declaraba un incendio en la ciudad (llena de edificios altos, como colmenas, deficientemente contruidos de madera y barro) apostaba en sus proximidades a su retén de bomberos particular y se ponía en contacto con los dueños del inmueble en llamas y los de los paredaños igualmente amenazados, para comprárselos a precio de saldo. Cerrado el trato ordenaba a sus bomberos que sofocaran el fuego y entraba en posesión de magníficas viviendas que los angustiados propietarios se habían visto obligados a vender por una miseria. Políticamente procedía del campo *optimatus*, sus parientes habían perecido durante la represión de Mario, y él había sido lugarteniente de Sila.

En tiempos de César la decencia había desaparecido de Roma. Los ciudadanos vendían sus votos al mejor postor y los políticos aspiraban a llenarse los bolsillos lo más rápidamente posible. Entre todos ellos había un hombre ferozmente honrado que destacaba como mosca en la leche en medio de la podredumbre: Marco Porcio Catón, llamado Catón de Útica, nuestro quinto hombre (95-46). Era biznieto del famoso Catón el Censor y vivió mediatizado por la sombra de este ilustre predecesor que se había hecho famoso por su rígida moralidad y sus ideas ultraconservadoras.

Procurando imitarlo en todo, se propuso ser monolíticamente honrado en una Roma corrupta y abrazó la defensa de los *optimates* y de la independencia senatorial con ardor suicida. Más adelante lo veremos enfrentarse a los poderosos con una energía de la que carecían sus colegas. Como es natural, este hombre chapado a la antigua y honrado hasta la médula hizo un breve *cursus honorum* y nunca pasó de una modesta pretura. Incluso cuando lo enviaron de gobernador a Chipre, para evitar la molestia de soportarlo en Roma, como veremos dentro de unas páginas, en lugar de aprovechar el cargo para enriquecerse, como hubiera hecho cualquiera, ingresó en el tesoro público hasta el último denario recaudado. Su esposa, Marcia, le ponía los cuernos con el joven y atractivo orador Hortensio, un pico de oro que rivalizaba con el propio Cicerón. En cierta ocasión Catón se encaró con él: «¿Deseas a mi mujer? Te la presto». Con ello quería indicar que era imposible y estaba por encima de las pasiones humanas. A la muerte de Hortensio, Catón admitió nuevamente en su casa a la esposa descarriada.

Después de toda una vida dedicada a la defensa del Senado y de la República, una causa totalmente perdida, Catón se suicidó con admirable desdén para evitar el perdón de César. Con él terminaba la República y se cerraba una época irrepetible.

César, rehén de los piratas

Ya va siendo hora de que volvamos a César, al que dejamos en el capítulo anterior regresando a Roma después del exilio silano.

Eran los tiempos de la revancha en que Lépido acaudillaba el renovado partido popular y parecía que se iba a comer el mundo, pero el joven César, con sorprendente madurez, adivinó que aquella aventura acabaría desastrosamente y declinó cuantos ofrecimientos le hicieron para embarcarse en ella. No obstante hizo sus armas en el foro como abogado en el proceso contra Cornelio Dolabela, ex cónsul y conspicuo silano, pero fue vencido por su oponente, Quinto Hortensio, el abogado de moda, y Dolabela salió absuelto. Quizá no estaba el joven César lo suficientemente maduro para debutar en el foro. Por consiguiente, decidido a ampliar estudios con los griegos, se embarcó para la isla de Rodas, donde esperaba seguir los cursos de Apolonio Molon, el famoso orador. En este viaje se produjo el celebrado episodio de su captura por los piratas. Los malhechores lo llevaron a su guarida y exigieron un rescate proporcionado a la calidad del rehén. Un día uno de los bandoleros le preguntó: «¿Qué piensas hacer cuando recobres la libertad?». Y César respondió: «Armaré una flotilla, os perseguiré, os capturaré y os haré ejecutar». El pirata rio la ocurrencia de buena gana y cambió de tema. A poco César pudo reunir el rescate, y en cuanto recobró su libertad cumplió lo prometido: capturó a sus secuestradores y los hizo crucificar. Después, ya metido en la arena militar, se puso al frente de las milicias locales de la provincia asiática, nuevamente invadida por Mitrídates. Corría el año 74 y el joven César tenía veintiséis años.

La guerra contra Ponto

César, después de ejercitar las armas en la campaña contra Mitrídates, decidió regresar a la política romana. Por otra parte tenía que hacerse cargo de sus obligaciones como miembro del colegio de pontífices, una influyente entidad político-religiosa que podía muy bien servir a sus fines.

El lector irá notando que aquellos jóvenes romanos empeñados en ascender por el *cursus honorum* ganaban prestigio en el imperio para capitalizarlo en Roma. Los populares habían quedado alicortados por las leyes de Sila que prohibían el acceso de los tribunos del pueblo al consulado. No obstante, la presión política parecía indicar que este obstáculo estaba a punto de desaparecer. En consecuencia César se hizo elegir como uno de los veinticuatro tribunos militares del año 72 y seguramente participó como tal en la guerra de Espartaco. Pero esta rebelión merece epígrafe aparte.

La guerra de Espartaco

Mientras Pompeyo guerreaba en Hispania contra Sertorio, en Italia habían surgido otros problemas. En la región de la Campania se amotinó un grupo de sesenta gladiadores a los que rápidamente se unieron muchos bandidos y esclavos fugitivos hasta constituir un verdadero ejército. El cabecilla de la rebelión era un tracio llamado Espartaco.

La rebelión de Espartaco logró poner en pie de guerra a unos noventa mil hombres que durante dieciocho meses devastaron regiones enteras, saquearon diversas ciudades, cometieron todo género de tropelías y mantuvieron en jaque a los romanos derrotando a varios ejércitos consulares. Italia, agotada demográficamente por las recientes levadas exigidas por las guerras contra Mitrídates, contra Lépido y contra Sertorio, se las vio y se las deseó para derrotar a aquellos desharrapados.

En el año 72 resultó elegido pretor Marco Licinio Craso (Craso el rico, del que hablábamos anteriormente). El potentado tenía prisa por triunfar en política y, como los gastos no lo arredraban, añadió seis legiones pagadas a su costa a las cuatro de que disponía por razón del cargo. Con esta tropa aplastó a los rebeldes en una serie de encuentros en uno de los cuales pereció el propio Espartaco. Craso regresó triunfalmente a Roma dejando a lo largo del camino seis mil prisioneros crucificados. Sólo escaparon del aniquilamiento algunas bandas de forajidos que se retiraron hacia el norte intentando escapar de Italia. Quiso su mala fortuna que se dieran de bruces con el ejército de Pompeyo que regresaba, triunfador, de España.

Pompeyo aniquiló a los rebeldes y se presentó en Roma exagerando su victoria y ninguneando a su rival Craso.

Era casi inevitable que los cónsules del año 70 fueran Pompeyo y Craso, los dos

romanos más prestigiosos del momento. Su elección se hacía vulnerando las precisas normas dictadas por Sila cuando lo dejó todo atado y bien atado antes de devolver el poder al Senado, pero ¿quién se acordaba ya de la constitución silana?

El Senado, desbordado por los acontecimientos, hizo todo lo posible por mantener el equilibrio entre Pompeyo y Craso, recelando que si alguno de ellos anulaba al otro, fatalmente se proclamaría dictador. Admitió, sin poner muchas pegas, las candidaturas de los dos generales a cónsules para el año 70. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los nuevos cónsules favorecieron los designios del partido popular, liberaron al tribunado de las trabas impuestas por Sila y devolvieron sus prerrogativas a los tribunos de la plebe, especialmente el derecho a vetar las decisiones de los magistrados y a presentar proyectos de ley.

En esta etapa César era todavía una figura secundaria, pero ya se enfrentaba resueltamente a la mayoría senatorial para apoyar a los tribunos de la plebe en su propuesta de amnistía para los seguidores de Lépido y Sertorio (moción que fue rechazada en bloque por el Senado, mayoritariamente integrado por *optimates*).

No obstante el joven César no era considerado peligroso por los *optimates*. En realidad les parecía que el fervor popular de su excéntrico y joven colega respondía más a sus deseos de notoriedad que a una opción política responsable. El joven patricio había cobrado fama de pródigo y mujeriego. Se rumoreaba que sus deudas alcanzaban la fabulosa cifra de ocho millones de denarios. Llevaba un tren de vida muy por encima de sus posibilidades y derrochaba sumas fabulosas en obras de arte y en escogidos esclavos.

César en Hispania

César no era el único romano de noble familia que se arruinaba. De hecho los políticos romanos solían arruinarse para sufragar los cuantiosos gastos que acarreaba la promoción electoral, pero después del consulado se resarcían con creces esquilmando las provincias cuyo gobierno les asignaba el Senado. El joven César obtuvo una cuestura en el año 69 y marchó a España dispuesto a hacer fortuna. Le había sido asignada la propretura de España Ulterior, provincia que abarcaba Andalucía, Extremadura y gran parte de Portugal. El joven funcionario residió primero en Córdoba, en una casa cercana al río en cuyo jardín plantó, de su propia mano, un plátano. Este árbol creció en su ausencia prodigiosamente hasta el punto de merecer un adulator epigrama del poeta Marcial: «Parece que el árbol siente la grandeza de su plantador, tanto crece elevando sus ramas hasta tocar los astros del cielo». El poema acaba: «¡Oh árbol del gran César! ¡Oh amado de los dioses! / No temas el hierro ni el fuego sacrílego: / tus ramas deben esperar honores sempiternos, / pues no te plantaron manos pompeyanas».

No sabemos cómo desarrolló César su magistratura en España. Los cronistas han

preferido transmitirnos anécdotas personales de las que cabe deducir que fue en España donde, de pronto, echó juicio y acarició el proyecto de convertirse en rey de Roma. Un día, al parecer, soñó que se unía incestuosamente a su madre. Hoy la psicología podría seguramente hacer una interpretación edípica de este sueño pero en su tiempo los sacerdotes del templo de Cádiz consultados prefirieron una interpretación política muy a gusto del consultante y de la posteridad: en el sueño la madre representaba a la tierra y César, al tomarla, prefiguraba que un día sería dueño de ella. Es de suponer que fue en aquella visita al templo de Hércules en Cádiz cuando el joven cuestor exclamó ante una estatua de Alejandro Magno: «A mi edad él había conquistado el mundo y yo no he conseguido nada todavía».

Fue el camino de Damasco del joven César. Desde entonces vio claro su futuro y lo ganó una impaciencia que ya lo acompañaría durante el resto de su vida. El galancillo romano, el petimetre, el perseguidor de esposas ajenas, el juerguista, el dandi, había decidido ponerse a trabajar de firme, poner sus cinco sentidos en la construcción de una sólida carrera política, aplicar a conseguir sus metas la indomable energía que antes desperdiciaba en sus mezquinas empresas mundanas. Tenía que recuperar el tiempo perdido.

César regresó a Roma antes de agotar su cuestura en España. Le urgía acelerar su carrera política y estaba dispuesto a aprovechar cualquier ocasión propicia, incluyendo el funeral de su tía, la viuda de Mario, el execrado caudillo de los populares. A César correspondía, como sobrino de la difunta, pronunciar la alabanza de la finada, pero él la convirtió en un discurso de propaganda electoral centrado en su persona y recordó a los presentes que su familia descendía de reyes por parte de madre y de dioses por parte de padre (de Anco Marcio, rey, y de Venus, diosa). Para cualquier observador avisado, las palabras del joven César encerraban el mensaje de su ambición: ser rey de Roma.

No era una propuesta descabellada. Los tiempos republicanos tocaban a su fin. El decadente Senado era incapaz de gobernar el imperio. La República romana se había convertido en un mecanismo obsoleto cuyo único objeto consistía en atomizar el poder entre los miopes caciques de una ciudad provinciana para conseguir que ninguno de ellos destacara sobre los otros. Ahora poseía un imperio que abarcaba los tres continentes y necesitaba una autoridad centralizada y una voluntad firme capaces de concordar y armonizar sus fuerzas y recursos.

Roma necesitaba un gobierno absoluto y firme. Por otra parte, la mentalidad helenística predominante demandaba un representante divino como cabeza de la comunidad. Había que arrojar por la borda los antiguos prejuicios antimonárquicos. Ése era el signo de los tiempos. La monarquía parecía inevitable. Además existía una razón práctica: casi todos los pueblos sometidos estaban habituados a gobiernos monárquicos y, por lo tanto, serían más dóciles si un rey de Roma, cabeza visible de aquella ecúmene, garantizaba la estabilidad del sistema.

Hubo más mensajes políticos en el entierro de la viuda de Mario. César, erigido

en maestro de la ceremonia, se atrevió a desafiar una ley de Sila que prohibía la exhibición en Roma de efigies de su odiado antecesor, Mario. En la procesión figuró, siguiendo la costumbre funeraria romana, la efigie de cera del marido de la difunta. La evocación del rostro de su llorado líder fue recibida por el pueblo con entusiastas aclamaciones.

El Senado no se atrevió a rechistar, ni siquiera cuando César extendió su osadía a reinstaurar la estatua de Mario en la galería del Capitolio, donde figuraban las representaciones de romanos ilustres.

El año anterior César había enviudado de Cornelia, su segunda esposa, que pasó por su vida como una tenue sombra, casi sin dejar rastro. En el 68 nuestro hombre volvió a contraer matrimonio, esta vez con Pompeya, nieta de Sila y lejana pariente del general Pompeyo.

Mientras Roma estaba ocupada en derrotar a los sertorianos de España y a Espartaco, sus intereses en Oriente y el Mediterráneo habían quedado bastante abandonados. En este río revuelto los piratas, un mal endémico del mar latino, se habían reproducido hasta el punto de amenazar los suministros de trigo egipcio de los que dependía la estabilidad social de Roma. No se podía consentir.

El año 67, el tribuno de la plebe Gabinio propuso nombrar un procónsul que exterminara a los piratas. Se le otorgaría mandato para tres años sobre mar y costas y se pondrían a su disposición veinte legiones y quinientas naves. Era un secreto a voces que aquella ley estaba hecha a la medida de Pompeyo. El suspicaz Senado se opuso, como es natural, aunque César, que buscaba ganarse la simpatía del general, se alineó con los que apoyaron la ley. La ley fue aprobada.

Pompeyo puso inmediatamente manos a la obra. Comenzó por lo más fácil, que era barrer a los piratas del Mediterráneo occidental, donde su implantación era más débil, y lo consiguió en poco más de un mes. A continuación se concentró en el Mediterráneo oriental. Allí tenían los piratas su base principal, en Cilicia, en las costas de Asia Menor, pero los piratas no estaban coordinados ni constituían un ejército permanente capaz de presentar un frente común. Se fueron rindiendo sin combatir y sólo en raras ocasiones plantaron cara. El general había terminado con el problema en tres meses.

Pompeyo, una vez más, había obtenido un señalado éxito con poco coste. ¿Devolvería ahora su poder proconsular al Senado? Se alzó la voz de otro tribuno de la plebe, C. Manilio: ya puestos, ¿por qué no encargar al invencible Pompeyo que rematase el molesto asunto de Mitrídates de una vez por todas?

Nuevamente Mitrídates, aquella mosca cojonera tan molesta para Roma. El Senado se opuso, naturalmente, y nuevamente salió derrotado.

Pompeyo hizo algo más que derrotar a Mitrídates. Condujo a su ejército a Oriente y en sólo cuatro años duplicó las tierras sometidas a Roma extendiendo sus dominios desde el Cáucaso hasta el desierto del Sinaí, en la frontera con Egipto. En el verano

del 66 despojó a Mitrídates de su reino; en otoño sometió a Armenia; en el invierno derrotó a los albanos del Cáucaso; al año siguiente venció a los iberos (otra tribu caucásica que no tiene relación directa con los iberos españoles), y nuevamente derrotó a los albanos. En Roma, con el relato de sus hazañas, circularía la especie de que entre los albanos se había visto combatir a las amazonas, las fabulosas mujeres guerreras.

Después de invernar en la Pequeña Armenia, Pompeyo prosiguió sus conquistas por los antiguos dominios de Mitrídates. En Talaura capturó un tesoro compuesto de armaduras de oro adornadas de piedras preciosas; en el Castillo Nuevo se hizo con los archivos de Mitrídates y encontró sus cartas amorosas y los libros en los que el tirano llevaba cuenta cabal de sus variadas actividades e intereses. Se hallaron recetas de venenos en los que el rey había anotado los datos de sus víctimas, algunas de ellas hijos suyos, con expresión del tipo de pócima administrado a cada persona.

Después de estas victorias, Pompeyo se estableció en Amisos para preparar la campaña siguiente: la invasión de Siria. Oriente estaba podrido y Pompeyo, combinando hábilmente la fuerza disuasoria de sus legiones con las negociaciones, consiguió hacerse con Siria prácticamente sin combatir. Siguiendo su marcha hacia la frontera egipcia, penetró en tierras de Israel y ocupó Jerusalén.

En Jerusalén Pompeyo se atrevió a hollar el Templo, un recinto vedado a todo extranjero, aunque se abstuvo de profanar el sanctasanctórum, la habitación oscura y sin ventanas donde moraba el Dios de Israel. Aquel recinto era visitado una vez al año, el Día de la Expiación, por el Sumo Sacerdote para pronunciar, en voz baja, el verdadero nombre de Dios, sólo por él conocido, y renovar así el pacto de Dios con su Creación. Pompeyo anduvo muy considerado al respetar el sanctasanctórum pero, no obstante, cometió sacrilegio al profanar con sus plantas gentiles el sagrado recinto del Templo. Uno está tentado a suponer que ésta fue la causa de sus posteriores desgracias, pues lo cierto es que si hasta entonces la fortuna le había sonreído, a partir de entonces el santo se le puso de espaldas y todo le salió mal.

Pompeyo fue seguramente el hombre que dio más grandeza a Roma. Solamente con las tierras conquistadas durante su campaña de Oriente, que abarcaban toda la fachada mediterránea oriental desde el Ponto Euxino hasta Gaza, elevó de 200 a 340 millones de sestercios el presupuesto del Estado. En esta campaña tuvo, además, la habilidad de dejar en las fronteras interiores de las nuevas provincias un escudo protector de estados pequeños, meros satélites de Roma, interpuestos entre el territorio romano y los bárbaros asiáticos. (Bárbaros en el sentido grecolatino: pueblos extranjeros percibidos como una posible amenaza).

Pompeyo era el romano más prestigioso, concentraba en sus manos un formidable poder militar y se sentía respaldado por una numerosa clientela tanto en Oriente como en España. Era evidente que la **nobilitas** había perdido la partida. Los tiempos de la aristocracia habían pasado. Había llegado el tiempo de los grandes autócratas, de los

reyes.

CAPÍTULO CUARTO

La conjuración de Catilina

Mientras Pompeyo ampliaba los territorios romanos en Asia, Craso aprovechaba su ausencia para aumentar su clientela en Roma y procuraba arrebatárle el liderazgo de los populares. Julio César, medrando a su sombra, procuraba disipar la mala fama cobrada en su extravagante juventud con actos de madurez política. Pisaba firme el joven César, crecían sus seguidores en el pueblo y ello le concitaba el respeto, pero también el recelo, de los **optimates**.

En el verano del 66 se celebraron elecciones para designar los cónsules del año siguiente. Craso untó las manos necesarias y movió influencias hasta conseguir que sus hombres coparan las principales magistraturas: los cónsules serían Cornelio Sila (pariente del dictador) y Autronio Peto. César, su mano derecha, sería edil curul, y el propio Craso, censor.

El edil curul era una especie de concejal encargado de la policía local, de la vigilancia de mercados y sobre todo de la organización de los festejos anuales. Era una ocasión propicia para ganarse el favor del pueblo y César no la desaprovechó. Echó la casa por la ventana y organizó los juegos más espléndidos vistos hasta entonces. Se las ingenió, además, para eclipsar al otro edil, de modo que los laureles y la popularidad fueran sólo para él.

Ya que tenemos a nuestro protagonista embebido en su oficio de concejal de festejos, no estará de más que dediquemos unas líneas a los juegos romanos. Eran especialmente dos: la fiesta de Cibeles, la diosa madre, en abril, que duraba una semana y venía a ser unas fiestas de primavera, y la fiesta de Júpiter Capitolino, el dios máximo, en setiembre, que se prolongaban durante una quincena. A primera vista parecen muchos días de fiesta, pero téngase en cuenta que los romanos no tenían Navidad ni Semana Santa.

Aquel cargo de concejal de festejos suministraba una excelente ocasión de ampliar las fiestas. César organizó también unos juegos funerarios (ancestral costumbre romana) en memoria de su padre. La ocasión estaba un poco cogida por los pelos porque hacía quince años de la muerte del procer y ya nadie se acordaba de él. Era, lógicamente, un mero pretexto para sobornar a la plebe, es decir, a los votantes, con espectáculos gratuitos. César reunió nada menos que trescientas veinte parejas de gladiadores, una cantidad exorbitante y, por cierto, contraria a la ley. El Senado se alarmó cuando conoció la cifra. ¿No será una estratagema? ¿No estaremos todos en peligro? ¿No azuzará contra nosotros a esa gente terrible? «Este César ya no mina a la República —comentó el senador Catulo—: ahora la demuele directamente a golpes de ariete».

De este modo el joven César amplió el espacioso lugar que tiempo atrás había

ganado en el corazón de muchos romanos cuando, desafiando las prohibiciones silanas, repuso en el Capitolio la estatua de su tío Mario.

El partido de los **optimates** temía que sus adversarios políticos se perpetuaran en el poder si se hacían con las riendas del Estado. Para evitarlo recurrieron a una cirugía radical y sin embargo legal: echando mano de todos los recursos que la ley ponía a su alcance, declararon que las elecciones habían estado amañadas y las impugnaron. Además, consiguieron que los cónsules electos fueran sustituidos por otros de su propio partido: Manlio Torcuato y Aurelio Cotta.

Los populares bramaron de ira ante semejante atropello. Si el Senado se empeñaba en anularlos ellos recurrirían al expediente supremo, al de las armas.

El 5 de diciembre del 66 los principales líderes populares, reunidos secretamente en la mansión de Craso, acordaron asesinar a los cónsules usurpadores en el mismo acto de la toma de posesión de sus magistraturas, que sería el día primero de enero del año 65, ante el Senado. ¿Y si los senadores intentan defenderlos?, inquirió alguien. Los mataremos también, le contestaron. Sería un golpe de Estado en toda regla. Los senadores populares defenestrados con argucias legales tomarían el mando y en virtud del poder conferido por su magistratura nombrarían dictador a Craso.

Hay que suponer que César, aunque asistió a la reunión, adoptó un papel pasivo y procuró no comprometerse. César era más inteligente que Craso, pero hasta que llegaran mejores tiempos no tenía más remedio que secundar sus torpes iniciativas. Por otra parte, uno de los cónsules condenados, Aurelio Cotta, era tío suyo.

Regresemos ahora a la conspiración de Craso. Sólo faltaba un mes para que sus hombres perpetraran el magnicidio, pero en este período de tiempo alguien se fue de la lengua y el asunto llegó a conocimiento del Senado, que inmediatamente reforzó la escolta de los cónsules electos. El efecto sorpresa se había malogrado. Los conspiradores decidieron aplazar el golpe hasta que se presentara otra ocasión propicia.

Pero el Senado no estaba dispuesto a soportar el acoso de sus enemigos con los brazos cruzados. Decidió alejar de Roma a algunos de los principales conspiradores. A Cneo Pisón lo enviaron a España Citerior. Craso aprovechó esta circunstancia para encomendarle que sublevara contra Roma a las tribus indígenas al tiempo que César hacía lo propio en la Galia Cisalpina. Fue un alivio para César que el asesinato de Pisón en Hispania determinara un nuevo aplazamiento del golpe de Estado y lo excusara de cumplir su parte del plan.

Ya hemos visto que la conjura fue ideada por Craso. Pero como algunos historiadores se empeñan en llamarla primera conjuración de Catilina, quizá sea el momento de presentar este nuevo personaje.

El partido de los populares contaba entre sus simpatizantes con un tal Lucio Sergio Catilina (108-62). Este sujeto había comenzado su mediocre carrera política como fanático seguidor de Sila, pero a la desaparición del dictador estaba tan desprestigiado entre sus propios correligionarios que cambió de bando y se inclinó

hacia los populares, con la esperanza de medrar entre ellos. Quería conseguir el consulado a toda costa.

En el año 73 estuvo implicado en un proceso por fornicación con virgen vestal del que salió absuelto con argucias legales. En el 68 fue elegido pretor y en el 67 gobernador de la provincia de África. No pudo presentarse a las elecciones consulares del 65 y 64 porque estaba acusado de extorsión (cargo del que resultó también absuelto).

En las elecciones para el 64 los **optimates** tenían el voto dividido entre cuatro candidatos. Los populares, más concordados, sólo proponían dos: Catilina y Antonio. No obstante resultó vencedor Cicerón, aunque no era apoyado por ninguno de los dos bandos. Cicerón sólo contaba en principio con el apoyo de los **equites** de su clase y de algunos populares, pero era uno de esos políticos duchos en el difícil arte de nadar entre dos aguas. También era el mejor orador de Roma, un político moderno en el más amplio sentido de la palabra, es decir, capaz de persuadir al votante de izquierdas de que va a defender sus intereses y, en el mismo mitin, convencer al votante de derechas exactamente de lo contrario. Craso y César no se dejaron engañar y continuaron apoyando a Catilina y Antonio.

Las elecciones romanas se caracterizaban por la virulencia y la ausencia de cortesía parlamentaria. En su discurso electoral, u **oratio in toga candida** (los candidatos vestían toga blanca, cándida, de donde procede la palabra), Cicerón puso a sus adversarios como chupa de dómine, llamando a Antonio bandido y cochero y a Catilina adúltero, prevaricador y sacrilego. Realizado el escrutinio, Cicerón resultó elegido por gran mayoría, y en segundo lugar, a considerable distancia de él, Antonio. El rencoroso Catilina quedaba en la cuneta una vez más.

Si no hubiese tenido un carácter tan soberbio y rencoroso, Catilina se habría consolado pensando que, de todos modos, un consulado compartido con Cicerón no prometía ser plato de gusto para nadie. Cicerón le hacía sombra a cualquiera.

Esto también lo sabía Antonio, por eso procuró contar con el apoyo de los tribunos de la plebe para impulsar su primer proyecto, una ley agraria que garantizara el reparto de lotes de tierra primero a los aliados italianos y después a otros súbditos del imperio. Era un torpedo en la línea de flotación de la oligarquía senatorial. Cicerón se opuso al proyecto, con lo que se acercó a los **optimates** y se alejó de los populares.

Por aquel tiempo falleció el gran pontífice, y César, que pertenecía al colegio sacerdotal desde hacía diez años, aprovechó la ocasión para presentar su candidatura al cargo después de maniobrar hábilmente para que de nuevo la elección recayera en el pueblo. Fue una gran osadía por parte de César pues solamente era edil y el cargo solía recaer en personas que habían culminado el **cursus honorum**. No obstante se arriesgó a poner toda la carne en el asador, soborno de los votantes incluido. El sumo pontificado, que confería inviolabilidad y autoridad perpetua, podría ser una baza decisiva en sus ambiciones futuras. El día de la elección, al salir de casa, César confió

a su madre: «Esta tarde sabrás si soy gran pontífice o fugitivo».

Como decían los romanos, la fortuna favorece a los audaces. El triunfo de César fue arrollador: él solo consiguió más votos que el resto de los candidatos.

En nuevo pontífice tuvo que abandonar la casa familiar, en el Esquilmo, y se instaló con sus penates en la **domus** pública, el santuario llamado Regia, antigua residencia de Numa.

El siguiente movimiento de César, en su afán de labrarse una clientela popular, fue atacar al Senado desempolvando el tema de las ejecuciones sumarísimas en que muchos de sus miembros se vieron implicados durante la dictadura de Sila. Para ello sugirió al tribuno Labieno, su incondicional aliado, que incoara un proceso por homicidio contra el anciano senador Rabirio, acusándolo de un asesinato perpetrado 37 años atrás. Rabirio, ya octogenario y con un pie en el otro mundo, era en realidad un pretexto. La estocada estaba dirigida contra el corazón **optimatus** del Senado. Ni Cicerón, que en su papel de protector de aquella corporación puso toda su elocuencia al servicio de la causa, pudo evitar que Rabirio fuera condenado. Entonces los implicados recurrieron a una argucia de la peor especie. Cuando las centurias reunidas en el Campo de Marte se disponían a votar, una bandera roja se alzó sobre el Janículo. Según una ley consuetudinaria aquella bandera era señal de peligro y a su vista la asamblea debía disolverse inmediatamente. El anciano Rabirio se salvó por la campana, pero no fue absuelto.

Nuevamente Catilina era candidato para el consulado del año siguiente y César y Craso fingían apoyarlo para justificarse ante los populares, pero no movían un dedo por asegurar su elección. Catilina hizo una campaña virulenta y demagógica, clamando contra los **optimates**, contra los ricos, contra los prestamistas y contra los comerciantes, y haciendo a la plebe promesas imposibles de cumplir. A pesar de ello resultó nuevamente derrotado. Los electos fueron Silano y Murena, apoyados secretamente por Craso y César. Por su parte César consiguió ser elegido pretor para el año 62, justo con la edad mínima requerida por la ley.

Catilina había fracasado por cuarta vez consecutiva en su intento de alcanzar el consulado. Era más de lo que estaba dispuesto a soportar. Ya que no alcanzaba el poder por las buenas, decidió alcanzarlo por las malas, e inmediatamente se puso a preparar el golpe de Estado que propiamente debe llamarse conjuración de Catilina.

El eterno candidato frustrado tenía muchos conocidos de su calaña que podían fácilmente convertirse en sus cómplices porque en Roma abundaban los aristócratas venidos a menos, los descontentos, los arrumados y, en suma, mucha gente que no tenía nada que perder pero mucho que ganar en el río revuelto de una guerra civil. Además contaba con que la baja plebe lo apoyaría con entusiasmo si sabía atraérsela con promesas revolucionarias. El señuelo de repartir entre los desheredados las propiedades confiscadas a los ricos siempre había funcionado.

Es curioso pensar que en circunstancias normales este Catilina hubiese pasado por la historia absolutamente desapercibido sin merecer más allá de una nota a pie de

página. Sin embargo su nombre figura entre la docena que evocamos al pensar en Roma. Gracias a él, o muy a su pesar, tenemos la **Crónica** de Salustio y las **Catilinarias** de Cicerón, dos obras maestras de la literatura latina.

Catilina urdió su plan y asignó a cada uno de sus secuaces una misión que cumplir. C. Manlio y C. Flamínio amotinarían a los irredentos de Etruria, otros lo harían en Piceno, en Apulia e incluso en las escuelas de gladiadores.

Parecía que la cosa podía funcionar, pero a finales de setiembre uno de los conjurados, Q. Curio, reveló a su amante la existencia del complot. Muy a menudo la historia ha cambiado su curso por indiscreciones de alcoba, verás, nena, lo importante que soy, a la querida de turno. Quizá para compensar una mediocre actuación sexual. El caso es que la tal Fulvia andaba quejosa con el tal Curio porque los amantes de sus amigas se mostraban mucho más generosos con sus parejas. Curio, haciéndose el misterioso, comenzó por prometerle que en breve tiempo la colmaría de regalos. Le picó a ella la curiosidad y no cejó en su empeño ni consintió en separar las rodillas, es un suponer, hasta que el torpe conspirador la puso al tanto de la conjura en sus mínimos detalles. A la moza le faltó tiempo para presentarse ante el cónsul y delatar a su amigo. Cicerón, después de hacer las averiguaciones pertinentes y comprobar la veracidad del caso, denunció el complot ante el Senado.

Los **padres** de la patria escucharon las revelaciones del cónsul con semblante grave y expresión preocupada pero sin las muestras de estupor que parecían adecuadas al caso. Cicerón, un poco contrariado, cargó la suerte exponiendo los alcances del caso: en el plazo de un mes se producirían motines en toda Italia y el cónsul que informaba sería asesinado.

Seguramente Cicerón esperaba que el mundo se conmoviese hasta los cimientos al conocer sus descubrimientos. Nada de eso. Durante la larga sesión que siguió sólo hubo palabreo y actitudes evasivas cuando no claramente exculporias. ¿Le faltaba valor al Senado para enfrentarse con el matón o es que muchos senadores estaban del lado de Catilina? No pasó nada. La denuncia sólo sirvió para poner en guardia a los conjurados.

Como dato anecdótico cabe consignar que en medio de aquella memorable sesión entró resoplando el senador C. Octavio, que nunca llegaba tarde. Su esposa acababa de dar a luz un niño que, andando el tiempo, sería Augusto, primer emperador y sucesor de César.

La revelación de la conjura dejó en situación comprometida a Craso y a César. Catilina pertenecía al bando de los populares. Seguramente temieron que aquella acémila desbocada los comprometiera con su torpeza y en los días siguientes procuraron desligarse de toda sospecha de estar implicados en la conspiración. Es más, Craso visitó a Cicerón en su domicilio para entregarle un paquete de cartas que habían llegado a poder del portero de su mansión. Estaban dirigidas a distintos prohombres romanos, entre ellos el propio Craso, y contenían la advertencia de que el estallido de una rebelión era inminente y convenía que estuvieran lejos de Roma si

querían salvar el pellejo.

La inquieta ciudad se llenó de rumores. Cicerón convocó al Senado a la mañana siguiente y distribuyó las cartas dirigidas a distintos senadores como si fuera el cartero del regimiento. Los interesados leyeron sus misivas a la concurrencia. Esta vez muchos se preocuparon por el sesgo que tomaban los acontecimientos y consintieron en declarar a la ciudad en estado de sedición.

Sólo eso. No se atrevieron a ir más lejos condenando a Catilina. ¿Y si finalmente triunfa el golpe de Estado? ¿No tomará represalias contra los que lo condenaron? Prefirieron cobardemente conceder plenos poderes a los cónsules. Era pasarles la patata caliente para que fueran ellos los que tomaran las medidas oportunas. Un cónsul con plenos poderes quedaba por encima de la ley mientras durara el estado de excepción expresado en su nombramiento. Lo malo es, que Cicerón, como cónsul, no era más audaz que sus compañeros de cámara. En lugar de cortar por lo sano y arrestar a los conspiradores, se contentó con enviar tropas a las regiones que estaban a punto de rebelarse.

A todo esto Catilina seguía en Roma y actuaba como si todo el asunto del complot fuese una burda mentira, un montaje destinado a desprestigiarlo. Incluso se ofreció hipócritamente a ser prisionero del Senado hasta que se aclararan las cosas, pero el Senado, cobardemente, rehusó hacerse cargo de él. Entonces, haciendo gala de increíble cinismo, Catilina anunció que se consideraba arrestado en su domicilio y se recluyó en su casa durante una semana.

El día fijado para asesinar al cónsul, el caballero y el senador designados para eliminarlo fueron a visitarlo a altas horas de la noche con el pretexto de comunicarle un asunto de vital importancia, pero encontraron la casa bien guardada por criados armados y no fueron recibidos. Tampoco fueron detenidos. Ninguna ley prohibía que dos ciudadanos honrados portaran armas bajo sus togas. La intención no es delito. Pero Cicerón, que tenía muy desarrollado el instinto de conservación, dio un puñetazo en la mesa y decidió que aquello había llegado ya demasiado lejos. Cuando amaneció, pronunció ante el Senado su primera **Catilinaria**, la **orationem succulentam et utilem**, el discurso espléndido, la de aquellas famosas palabras que resuenan en los oídos de tantos escolares: «**Quo usque abutere Catilina patientia nostra...?**». «¿Hasta cuando vas a abusar, Catilina, dé nuestra paciencia...?».

Es también la del famoso óleo historicista de Maccari, en el que vemos en primer término un Catilina cabizbajo y siniestro que parece avergonzado entre asientos vacíos que sus colegas senatoriales han ido dejando para agruparse al fondo del hemiciclo senatorial en torno al tonante Cicerón, que sigue desgranando las retóricas preguntas de su discurso: «¿Cuánto tiempo tendremos que sufrir todavía tus torcidas intrigas? ¿Cuál es el límite de tu osadía? ¿No has advertido el refuerzo de las rondas, la intranquilidad del pueblo, la determinación de los ciudadanos honrados? ¿Las medidas de seguridad de este lugar para la sesión del Senado no te causan impresión alguna? ¿Y la mirada y el grave semblante de los hombres aquí congregados? ¿No

adviertes que tus planes han dejado de ser secretos? ¿No ves que tu conspiración, al conocerse, ha sido abortada? ¿Crees que ninguno de nosotros sabía lo que maquinabas anoche y antes de anoche, dónde te reunías con tus compinches y qué planes habías concebido? **O tempora o mores!**... ¡Qué tiempos, qué costumbres!».

Cicerón propuso que Catilina fuera expulsado de Roma, pero aquella pandilla de cobardes bajó la cabeza y no dijo ni pío. Tenían miedo.

Aquí es donde Cicerón se revela como el magnífico abogado que era: había previsto la pacata reacción de sus colegas (que probablemente hubiera sido la suya propia de no ser él cónsul), así que sorteó el escollo preguntando: «¿Creéis que Catulo debe ser expulsado de Roma?». Oír el nombre del senador Catulo, unánimemente apreciado, unido a una propuesta de destierro provocó un murmullo de sorpresa seguido de general desaprobación. Cicerón, el viejo zorro, se limitó a sonreír: si a esta propuesta protestan y a la de expulsar a Catilina callaron es porque estaban de acuerdo con aquella expulsión. El que calla otorga. Catilina también lo comprendió así. Hizo su equipaje y abandonó Roma aquel mismo día, 8 de noviembre del 63.

Catilina había huido. ¿Lo perseguirían hasta acabar con él y con los rebeldes y conjurados? Nada de eso. El cónsul y el Senado se enzarzaron en larguísimas deliberaciones y no hicieron nada. Sólo cuando tuvieron noticias de que Catilina y sus secuaces había sublevado la región de Etruria y concentraban tropas para marchar sobre Roma, el Senado se atrevió a declararlos enemigos públicos (**hostes publici**) y a enviar contra ellos un ejército mandado por el cónsul C. Antonio.

A todo esto, una embajada de los alóbrogos llegó a Roma para negociar con el Senado y un avisado agente de Catilina logró convencerlos para que sublevaran sus tribus y las pusieran de parte de su patrocinado. El texto del acuerdo, debidamente firmado por las partes, cayó en manos de Cicerón. Era la prueba que necesitaba para desenmascarar a los cómplices de Catilina en Roma. Fueron detenidos y puestos a disposición judicial. ¿Qué castigo merecían? En Roma, desde tiempo inmemorial, a los traidores al Estado se los condenaba a muerte. Sin embargo Julio César abogó por ellos. Al fin y al cabo eran ciudadanos romanos y no se podían eliminar así como así. Cicerón tampoco quería comprometerse directamente. Prefería que el Senado dijera la última palabra para que la sentencia fuera asumida colectivamente. Lo de siempre: todos temían que algún día diera la vuelta la tortilla y pudieran verse acusados de asesinato. El caso del senador Rubirio, condenado por muertes acaecidas treinta años antes, planeaba en la mente de todos. Solamente Catón, el insobornable moralista, el hombre que no se casaba con nadie, alzó su voz para denunciar la tibieza y la cobardía de sus colegas y para solicitar la pena de muerte para los reos de traición. Los senadores no tuvieron más remedio que bajar la cabeza y asentir.

César había intercedido por los detenidos. Catón zahirió a César por la sospechosa suavidad con que trataba a los culpables y la multitud lo insultó en el foro. ¿Acaso estaba implicado en la conjuración?

Por lo demás la justicia siguió su curso. Cicerón dio las órdenes oportunas y los cinco detenidos fueron estrangulados en el Tullianum. Ésta era la cárcel de alta seguridad de Roma, apenas un par de espaciosos calabozos superpuestos habilitados en una antigua cisterna etrusca excavada en la roca. No deja de ser aleccionador que cuando todos los mármoles y las glorias edilicias de la Roma imperial han desaparecido totalmente o han dejado sólo escasos vestigios, esta lóbrega cárcel se conserve en aceptable estado. Hoy es conocida con su denominación medieval de prisión Mamertina, y sobre ella se yergue la iglesia San Pietro in Cárcere en testimonio de una piadosa tradición cristiana según la cual san Pedro y san Pablo sufrieron prisión allí.

La construcción tiene dos niveles. En el inferior hay un manantial y un rehundimiento circular, quizá un **tholos**, tan antiguo como la ciudad. En esta cárcel se custodiaban los prisioneros importantes, reyes y caudillos extranjeros cuya ejecución formaba parte de los actos conmemorativos del triunfo del general que los derrotó. Yugurta y Vercingetórix padecieron prisión y fueron ejecutados en este lugar.

Regresemos ahora junto a Cicerón que, consciente de estar viviendo el acontecimiento más trascendente de su carrera, se dirige al foro para hacer público el cumplimiento de la sentencia, y lo hace del modo más efectista. Para que sus conciudadanos y la posteridad lo admiremos por siempre como sublime ejemplo de severidad y gravedad romana, se limita a pronunciar una sola y terrible palabra: **Vixerunt** (vivieron).

Después Cicerón se retiró a su morada. Muchos romanos que se habían creído al borde de una nueva guerra civil respiraron tranquilos y aquella noche tomaron a alumbrar las puertas de sus casas como hacían en tiempo de paz y regocijos. En algunas ventanas y azoteas incluso aparecieron festivas tocas y guirnaldas.

En Roma las aguas parecían haber vuelto a su cauce, pero en Italia soplaban vientos de guerra. Los secuaces de Catilina extendían la rebelión por todas partes. Preocupantes comunicados se iban amontonando cada día sobre la mesa del Senado. ¿Qué hacer? Algunos pensaron en Pompeyo, el invencible general que había liquidado a los piratas y pacificado el Oriente, pero a otros la mera mención de su nombre les producía pavor. Si Pompeyo regresaba a Italia con su ejército era seguro que marcharía sobre Roma y se adueñaría de la República. Otra vez el espectro de la dictadura silana.

El Senado estaba atrapado entre la espada y la pared: por una parte los rebeldes de Catilina, cada vez más fuertes; por la otra el ejército de Pompeyo. Si lo llamaban en auxilio de Roma, lo más seguro era que se hiciera con el control del Estado.

En estas vacilaciones llegó enero del 62, que trajo aparejado el cambio de las magistraturas anuales. Salía Cicerón de su agitado consulado y César estrenaba pretura con un discurso en el foro en el que zahería a Catulo por no haber acabado todavía las proyectadas obras del Capitolio y solicitaba que el nombre del moroso edificador fuese sustituido por el de Pompeyo en la lápida conmemorativa. Catulo

intentó replicar, pero César le negó acceso a la tribuna.

¿Qué había ocurrido? César, de pronto, se había vuelto ferviente partidario de Pompeyo y apoyaba a Nepote, tribuno de la plebe empeñado en llamar al general para que sofocase la rebelión catilinaria. El Senado se negó en redondo pero, al propio tiempo, para congraciarse con el pueblo, extendió la seguridad social de treinta mil beneficiarios a varios cientos de miles. Una actitud suicida porque ello elevaba el presupuesto del Estado a límites casi intolerables. Cualquier cosa con tal de conjurar el fantasma de la monarquía que Pompeyo parecía encarnar.

Pero los disturbios no cesaban. El Senado destituyó al tribuno Nepote y al pretor César y otorgó poderes absolutos a los nuevos cónsules. Nepote abandonó Roma enfurecido para ir en busca de su amigo Pompeyo. César se limitó a recluirse dignamente en su casa. Pocos días después su pretura le fue restituida y nuestro hombre reanudó su asistencia a las sesiones del Senado, ya definitivamente limpio de sospechas de haber participado en la conjuración de Catilina. Tenía muchísimo trabajo por delante porque a poco tuvo que ocupar la jefatura del grupo de los populares por deserción de Craso que, ante las perspectiva del regreso de Pompeyo, al que odiaba a muerte, se creyó en peligro y escapó a Macedonia.

En los días que siguieron, nuevos acontecimientos modificaron el panorama político romano. Las tan temidas tropas de Catilina resultaron ser de ínfima calidad, compuestas por desharrapados y esclavos fugitivos, mal armadas e indisciplinadas, y fueron derrotadas por las fuerzas senatoriales. Catilina sucumbió luchando valerosamente.

El Senado respiró tranquilo: Pompeyo no tenía pretexto alguno para intervenir en Italia.

Pompeyo no pareció afectado por la noticia ni demostró tener prisa alguna por regresar a Roma. En cómodas etapas continuó su viaje, dejándose agasajar en todas las ciudades griegas por las que pasaba. Era vanidoso y le encantaban las aclamaciones, los arcos triunfales/las fiestas y banquetes en su honor. Además se esforzaba por alardear de cultura, no fueran aquellos griegos a pensar que era un generalote sin educación. En Atenas hizo un generoso donativo para la restauración de los monumentos. En Rodas departió con los sofistas, y tuvo el simpático rasgo de visitar en su domicilio al filósofo Posidonio, que estaba impedido. Lo hizo con llaneza encomiable, sin lictores ni insignias: «Los haces del imperio se inclinaron en los umbrales de la sabiduría», comentó, adulator, Plinio el Viejo.

CAPÍTULO QUINTO

Pompeyo regresa de Oriente

Después de sus resonantes éxitos en Oriente, donde había ensanchado considerablemente el Imperio romano, Pompeyo se creía otro Alejandro. Cuando desembarcó en Brindisi al frente de sus tropas, toda Italia contuvo el aliento. ¿Qué pasará ahora? ¿Dará un golpe de Estado como hizo Sila? Pero los temores resultaron infundados. Pompeyo estaba hecho de diferente madera. No es que no aspirara al poder, por supuesto: es que quería ejercerlo con el beneplácito de sus conciudadanos. Quería que se lo ofrecieran, no tomarlo por la fuerza. Tan seguro estaba de que la República caería rendida a sus pies que licenció a sus tropas, sorprendiendo a propios y extraños. Sus amigos encomiaron su respeto a las leyes y sus enemigos lo tildaron de torpe o de cobarde. Además, para que ninguna sombra menoscabara su grandeza, Pompeyo había repudiado a su indigna esposa, la inconstante Mucia, que le había sido repetidamente infiel en su ausencia. Por cierto, uno de los que habían mantenido una relación con la señora había sido, según se rumoreaba, el propio Julio César, el seductor.

La noticia corrió como la pólvora por todo el imperio: ¡Pompeyo regresaba a Roma como cualquier hijo de vecino, por solitarios caminos embarrados, tan sólo acompañado por algunos criados y amigos! Los que habían huido de la ciudad temiendo otra dictadura silana se tranquilizaron y regresaron a sus casas, entre ellos Craso, que nuevamente tomó las riendas del partido de los populares.

Pompeyo tardó en llegar a Roma pues allá por donde pasaba era recibido en olor de multitudes y agasajado como un príncipe. Ya se sabe cómo son los ayuntamientos cuando tienen pretexto para organizar comilonas y festejos.

Uno se alegra por Pompeyo porque sus únicos días felices iban a ser los del incómodo viaje. En Roma fue la gran decepción. Los romanos no se echaron a la calle para recibirlo, ni hubo guirnaldas, luminarias, aclamaciones ni cánticos. Quizá es que llegó en mal momento porque la ciudad se hallaba conmocionada por un reciente suceso y no se hablaba de otra cosa en los mentideros y termas. Como el escándalo implicaba directamente a Julio César, será mejor que nos detengamos en sus pormenores.

Existía en Roma una curiosa fiesta, llamada las Damia, de remotos orígenes, probable pervivencia de cultos matriarcales paleolíticos a la Bonna Dea, que reunía durante toda una noche a muchas matronas en la casa de un magistrado **cum imperio**. Aquel año le había tocado a Julio César y por lo tanto su esposa Pompeya oficiaba como anfitriona. El culto era eminentemente femenino y requería que todos los moradores masculinos abandonaran la casa.

El escándalo estalló cuando las celebrantes descubrieron que se había colado un

hombre disfrazado de tañedora de arpa. Al principio se pensó que se trataba tan sólo de un curioso que pretendía asistir a sus ritos, pero después de las primeras averiguaciones resultó que lo que el sacrilego pretendía era encontrarse a solas con una dama de la que estaba encaprichado. Una vez dentro de la mansión no daba con la mujer que buscaba y tuvo que preguntar por ella a una criada. Lo hizo atiplando la voz, pero a pesar de ello su interlocutora sospechó que se trataba de un hombre y lo delató.

Cuando se extendió la noticia, las mujeres elevaron tal clamor que se conmocionó todo el barrio. La madre de César, la prudente Aurelia, tomó las disposiciones oportunas, como persona de más autoridad: suspendió la fiesta y despidió a las celebrantes.

A la mañana siguiente, en Roma no se hablaba de otra cosa. El intruso era un tal P. Clodio. Se rumoreaba que la dama que iba buscando era Pompeya, la esposa de Julio César. Es posible que César hubiese querido echar tierra al asunto y olvidarlo, pero sus enemigos en el Senado se encargaron de airearlo cuanto les fue posible. Después de discutirlo en solemne sesión, decidieron que se había producido un sacrilegio y ordenaron una encuesta oficial. César, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos, repudió a su esposa.

P. Clodio fue procesado dos meses después. Presentó testigos dispuestos a jurar que cuando ocurrieron los hechos se hallaba con ellos, lejos de la fiesta. Por otra parte las mujeres no estaban seguras de que el hombre descubierto en la fiesta fuera Clodio. Titubeaba el jurado cuando Cicerón desarmó la defensa del acusado revelando que el día de autos el presunto culpable se había entrevistado con él en Roma y por lo tanto mentía cuando aseguraba que se hallaba lejos de la ciudad.

Nuevas deliberaciones del jurado y finalmente compareció Julio César, al que preguntaron: «¿Por qué has repudiado a tu mujer?».

Fue en esta ocasión cuando pronunció aquellas palabras tan repetidas por los políticos de nuestro tiempo: «La esposa de César no sólo debe ser honesta, sino que debe parecerlo».

Deliberó el jurado y emitió su voto. Veinticinco condenatorios; treinta y uno absolutorios. «Éstos son los que se han dejado sobornar por el acusado», observó Cicerón, al que no se le escapaba un detalle en cuestiones legales. Pero con soborno o sin él, Clodio resultó absuelto.

A César le pareció un buen momento para ausentarse de Roma y ocupar aquel cargo de propretor en España Ulterior recientemente alcanzado. Tenía sus motivos para darse prisa. Estaba comido de deudas y sabía que sus acreedores caerían sobre él como buitres en cuanto dejara de ser pretor. Tiempo antes había recurrido a su correligionario Craso, que le prestó cinco millones de denarios para pagar las deudas más urgentes. Luego se alejó de Roma.

¿Y Pompeyo? Pompeyo estaba apurando el cáliz de la amargura. Este hombre decepcionado no entendía que Roma pagara su tremenda generosidad al licenciar al

ejército con aquella fría indiferencia, con aquella hostilidad incluso. Porque el Senado, aquella manada de hienas que un mes antes temblaba ante la posibilidad de que el general avanzara sobre Roma al frente de su ejército, ahora se mofaba de él viéndolo indefenso y examinaba con lupa, para desautorizarlos, los tratados que había suscrito con los reyezuelos de Oriente. Además, le negaba la tierra que pedía para sus veteranos. Cicerón puso la guinda declarándolo **hominem dis ac nobilitati perinvisum**, es decir, «hombre aborrecido por el cielo y por la nobleza».

Evidentemente se había precipitado al licenciar a sus tropas. Ahora sólo le quedaba tener paciencia y ganarse amigos entre los **optimates**. Nada mejor que emparentar con uno de los más prestigiosos. Pompeyo pensó en casarse con una hija, una hermana o una sobrina de Catón. Sería una boda doble: él y su hijo mayor con las dos mujeres de la familia de Catón que el adusto senador eligiera.

Catón, la viva conciencia de la ley, el insobornable, no sólo rechazó el proyecto sino que montó en cólera: adivinaba que el pretendiente quería comprarlo para tenerlo de su lado.

Para colmo, Pompeyo ni siquiera podía sacar partido de su popularidad entre la gente común. Antes de un año no se podía presentar a las elecciones, pues aún no se cumplían los diez de su consulado. Se resignó, por lo tanto, a promocionar a uno de sus más fieles seguidores, L. Afranio, y le consiguió el consulado, pero el otro consulado fue para su enemigo Metelo Celer, así que su influencia quedaba equilibrada. No obstante le hicieron una procesión triunfal en la que pudo lucir una fastuosa clámide encontrada entre los tesoros de Mitrídates. Se decía que había sido tejida para Alejandro Magno, pero lo más probable es que sólo fuera una leyenda. Eran ya los tiempos en que comenzaban a circular por el mundo famosas piezas atribuidas a héroes y dioses y los coleccionistas pagaban auténticas fortunas por ellas.

Pompeyo celebró, por lo tanto, su triunfo, sacrificó a Júpiter capitolino, repartió dinero entre el pueblo, sufragó la construcción de templos, teatros y obras de interés general y entregó al tesoro cincuenta millones de denarios.

Por cierto, entre las obras públicas que costeó el general figuraba el llamado pórtico de Pompeyo, un edificio columnado en el que, a partir de entonces, se reuniría el Senado.

César en España

Así que César regresaba a España, esta vez cómo propretor. En aquel extremo de Occidente encontró ancho campo para adquirir su dimensión histórica, pues no sólo demostró sus magníficas dotes de administrador sino también su genio militar. Llegaba el joven funcionario dispuesto a labrarse una sólida fortuna y una firme reputación que a su regreso a Roma lo catapultaran al consulado.

El procedimiento más directo para ganar popularidad era hacerse acreedor de un triunfo y regresar como general victorioso. Incluso algunos historiadores sospechan

que la expansión del imperio por toda la faz de la tierra fue consecuencia de la avidez de los vanidosos romanos por esas procesiones triunfales.

El triunfo se ganaba solamente en la guerra. ¿Dónde encontraría César su guerra? No tuvo que devanarse los sesos: en las tierras lusitanas, nominalmente adscritas a su jurisdicción, existían algunas tribus rebeldes que lejos de acatar la autoridad de Roma, se atrevían incluso a enviar expediciones de saqueo contra las regiones del sur, más pacíficas, prósperas y romanizadas. César no perdió un minuto. Con su habitual celeridad reforzó su ejército reclutando y entrenando a numerosos indígenas (como había hecho, siglos atrás, Aníbal), y con esta renovada tropa organizó una campaña en toda regla, no una simple expedición punitiva.

Los romanos eran muy escrupulosos con las cuestiones de procedimiento. La guerra tenía que ser justa (**bellum iustum**). Por lo tanto César conminó a los habitantes de Mons Herminius (sierra de la Estrella, al sur del Duero) a abandonar las montañas y asentarse pacíficamente en la llanura. Como es natural no le hicieron el menor caso y prefirieron ir a la guerra. César derrotó en Mons Herminius a la mayoría, pero otros habían evacuado sus mujeres y niños a Galicia y se habían replegado a tierras oceánicas. A éstos los acorraló y rindió en una isla próxima a la costa con ayuda de una flotilla traída ex profeso desde Cádiz. Luego embarcó a sus tropas y las llevó a Brigantium (Betanzos, La Coruña), cuyos habitantes se rindieron también. De este modo quedaron incorporadas al Imperio romano las tierras entre el Duero y el Miño. César obtuvo la gloria que buscaba, fue aclamado **imperator** por sus tropas y el Senado no tuvo más remedio que votarle un triunfo. Además se aseguró una considerable fortuna personal porque el botín había sido espléndido.

Luego llegó el invierno, con sus lluvias y sus fríos y sus caminos embarrados. César no se durmió en los laureles, antes bien siguió trabajando intensamente en los aspectos administrativos de su magistratura y dio pruebas de talante humano y progresista al solicitar del Senado la condonación de las reparaciones de guerra que todavía tenían que satisfacer algunas tribus hispanas como castigo por haber apoyado al rebelde Sertorio. César era codicioso e interesado, como los romanos de su clase, pero se apiadaba de los menesterosos y aspiraba a convertir en ciudadanos romanos de pleno derecho a los pueblos del imperio. Era un romanizador en el más noble sentido de la palabra.

Después de unos meses de intensa labor en España, nuestro hombre no esperó a que su sucesor lo relevara del cargo, sino que regresó a Roma, en junio del 60, dispuesto a capitalizar el prestigio ganado para apoyar su campaña hacia el consulado. Quizá debiéramos hablar de precampaña, porque la campaña quedaba aún lejos.

César regresó a Roma, pero no entró en Roma. Según una antigua ley, el magistrado **cum imperium** que atravesaba el límite de la ciudad, el llamado **pomerium**, perdía automáticamente su derecho al **imperium**. Por lo tanto, César se instaló fuera de la urbe, en la Villa Pública. El dilema que se le presentaba no era

baladí porque, por otra parte, todo aspirante al consulado tenía que presentar su candidatura personalmente en Roma.

¿Qué hacer? Si entraba en la ciudad perdía el **imperium** y se quedaba sin procesión triunfal y si permanecía fuera no podía presentar la candidatura. César solicitó del Senado que se hiciera una excepción. Los padres de la patria comenzaron a discutir el asunto y entre ellos había muchos que simpatizaban con César, pero Catón, el severo y legalista campeón de los **optimates**, tomó la palabra y estuvo hablando hasta que anocheció. Era una táctica obstruccionista que los parlamentarios usaban a veces para bloquear una discusión, porque al caer la noche la asamblea se disolvía sin haber votado y el asunto discutido quedaba aplazado para otra sesión. César no tuvo más remedio que cruzar el **pomerium** renunciando a su procesión triunfal. Ya tendría tiempo de ganar nuevos triunfos más adelante.

El primer triunvirato

La candidatura de César fue debidamente admitida con todas las reservas de los **optimates**. En España, César había demostrado ser un magnífico general y un inteligente administrador. En Roma, ahora, reveló sus excepcionales cualidades como estadista.

César lo tenía todo muy meditado. En sus días de forzada estancia en la Villa Pública había mantenido conversaciones con Craso y Pompeyo y se había esforzado en amistarlos, aunque sólo fuera temporalmente, para formar un frente común contra el Senado. A falta de términos más positivos sobre los que establecer la colaboración de aquellos dos enconados enemigos, logró por lo menos un compromiso de no emprender ninguna acción que desaprobara el otro.

Fue solamente un acuerdo privado entre tres ambiciosos, pero los historiadores han dado en denominarlo, indebidamente, primer triunvirato; los historiadores romanos, con más claro juicio, lo denominaron **conspiratio continua** (Tito Livio) y **potentiae societates** (Veleyo). En aquella sociedad, Craso aportaba su dinero y sus influencias sobre el partido de los populares; Pompeyo, su prestigio; César, su habilidad política y su capacidad de actuar como agente cohesionante, y a la vez aislante, entre los dos colosos. ¿Y qué esperaban obtener? Pompeyo, ratificación de sus tratados en Oriente y reparto de tierras entre sus veteranos; Craso, ventajas fiscales para sus inversiones en Asia; César, solamente (y nada menos) escalar una cota más en su decidido camino hacia la monarquía. El, aunque se esforzara en disimularlo, aspiraba a todo, aspiraba a Roma misma.

Los **optimates** hicieron lo imposible por cerrar el camino a César. Muñidores de una y otra parte se disputaron los votos a golpe de denario. Pero César, sólidamente respaldado por la simpatía de la plebe y por el dinero de Craso, alcanzó su consulado del año 59.

A primera vista parecía que aquella magistratura no iba a ser un camino de rosas

porque el otro cónsul era Bibulo, yerno de Catón y enemigo natural del triunvirato. Quizá por ello las primeras actuaciones del joven César en el cargo se encaminaron a aplacar suspicacias en el alborotado Senado. Poniendo los intereses del Estado por encima de sus rencillas personales, hizo un hermoso discurso en el que se comprometió a colaborar sinceramente con su compañero de consulado. No fueron sólo palabras porque después dio señales de gran respeto y deferencia hacia su compañero y rival. Era costumbre que los cónsules se alternaran en el gobierno por meses, comenzando por el más votado. Cuando llegó febrero le tocaba el turno a Bibulo. César hizo que sus lictores caminaran detrás de él y no delante, costumbre caída en desuso. Era una manera de demostrar que respetaba a su colega y que se desvivía por restaurar los usos antiguos.

No fue sólo eso. En el resto de sus intervenciones parlamentarias César dio una imagen inédita de sí mismo que tranquilizó al Senado. Los que lo tenían conceptuado como un libertino de avanzadas ideas descubrieron de pronto al prudente y mesurado estadista respetuoso con las leyes y que prometía luz y taquígrafos. El flamante cónsul dispuso que se diera publicidad a las actas del Senado, en una especie de gaceta oficial, como si con ello quisiera demostrar la transparencia de su gestión. Era en realidad un regalo envenenado que hacía a la cámara, porque la medida implicaba que los actos y discusiones de sus adversarios naturales, los senadores, serían expuestos a la luz pública y serían conocidos por la plebe, en la que César, como popular, tenía su clientela política y su fuerza.

Después de estas maniobras meramente diversivas, el cónsul cogió el toro por los cuernos proponiendo dos importantes leyes sociales. Comenzó por la más suave, una **Lex Iulia** que señalaba el tope de diez mil sestercios a las donaciones a funcionarios de la administración imperial. Era una estocada directamente dirigida contra los bolsillos de muchos **optimates** que financiaban sus campañas electorales con lo que esquilaban a las provincias.

La segunda y más controvertida **Lex Iulia** fue la agraria. El Estado adquiriría tierras a los latifundistas para parcelarlas y repartirlas entre soldados licenciados y desempleados de la urbe. La ley favorecía claramente a Pompeyo, empeñado en recompensar a sus veteranos con las tierras que les prometió. Además aliviaría la presión social ejercida por una legión de indigentes que pululaban por las calles de Roma, parásitos que vivían, sin dar golpe, de los subsidios del Estado y de las propinas de los poderosos. Por lo demás era una ley social y benéfica en la línea defendida por los populares desde los tiempos de los Gracos. Para evitar suspicacias, César proponía que los lotes fueran adjudicados por una comisión mixta de expertos provenientes de todos los sectores políticos de Roma.

La ley era un torpedo dirigido contra la línea de flotación de la nave de los **optimates** y del partido senatorial, cuya fuerza estribaba precisamente en la posesión de enormes latifundios. Disimulando intenciones, los defensores de la controvertida ley excluían expresamente de su ámbito de aplicación la fértil Campania, región

donde radicaban los mayores latifundios del Senado, pero había que ser muy lerdo para no percatarse de que tarde o temprano se abolirían las excepciones y toda la tierra sería parcelable.

El Senado en bloque se opuso a la ley. Recurrió, una vez más, a la vieja técnica obstruccionista consistente en alargar la discusión hasta la puesta de sol y dejar el asunto sin votar. César reaccionó esta vez temperamentalmente. Haciendo uso de sus poderes legales, hizo prender a los senadores obstruccionistas. Después, pensándose mejor, los puso en libertad. Acababa de ocurrírsele un procedimiento legal para sacar adelante su ley: en vista de la renuencia de los **paires**, sometería el asunto al escrutinio de la asamblea popular.

En la asamblea Craso y Pompeyo lo apoyaron, pero Bibulo defendió la opinión contraria en beneficio de los intereses de sus amigos senadores, aunque sin poder razonar coherentemente los motivos de su negativa dado que, en realidad, se trataba de mantener los privilegios de la oligarquía. César, astutamente, lo puso entre la espada y la pared. Volviéndose a la asamblea hizo ver que él había hecho cuanto le era posible y que ahora el éxito de la ley dependía de que Bibulo la apoyara. El aludido estaba tan irritado por la encerrona de que era objeto que recordó a la caldeada asamblea su derecho consular a veto: «Esa ley —amenazó— se aprobará solamente si Bibulo lo consiente, así que está claro que no la tendréis este año aunque todos estéis de acuerdo».

La asamblea se disolvió con los ánimos bastante soliviantados. En los días siguientes Pompeyo convocó en Roma a sus veteranos. Bibulo, haciendo uso de sus prerrogativas consulares, declaró festivos los próximos días hábiles para votar, pero César no le hizo el menor caso y prosiguió con los preparativos para las votaciones.

Los **optimates** recurrieron a todo tipo de maniobras entorpecedoras. Incluso intentaron aplazar **sine die** los comicios por la **obnuntiatio** u observación de presagios funestos en el cielo, pero César no les prestó la menor atención. Tampoco dieron resultado los intentos de proclamar el estado de excepción (**senatusconsultus ultimum**).

Ya sólo le quedaba a Bibulo el supremo argumento, usar el veto contra su colega. Con esta idea intentó reventar un mitin que daba César desde la escalinata del templo de Cástor, pero la plebe congregada para escuchar a su favorito se rebeló y comenzó a lanzar al intruso pelladas de barro tomadas del arroyo que recorría el centro de la calle. Los lictores de la escolta no pudieron hacer nada para protegerlo de las iras del populacho: la multitud les arrebató las **fascas** y usó sus varas para apalea a los barandas que rodeaban al odiado cónsul. Después del incidente votó el pueblo y la ley propuesta fue aprobada.

Bibulo esperaba que el Senado reaccionara contundentemente declarando el estado de guerra y concediéndole poderes especiales, pero nadie movió un dedo por él. Despechado y humillado, se encerró en su casa y rehusó aparecer en público hasta el término de su magistratura.

A los **optimates** sólo les quedaba el recurso del pataleo. Además, una cláusula añadida a la ley a última hora obligaba a los senadores a acatarla. Si no quieres caldo, taza y media. Hasta Catón, el indomeñable, tuvo que pasar por aquellas horcas caudinas presionado por las súplicas de sus amigos y las lágrimas y lamentos de las mujeres de su casa que temían su linchamiento.

Ya que no podían parar los pies a César, los **optimates** hicieron lo posible por difamarlo. Nuevamente circularon por Roma chismes sobre su homosexualidad: lo apodaban «la taquera de Nicomedes» y «el colador bitiniano» (por su supuesto **affaire** de juventud con el rey de Bitinia). Cierta bufón andaba por los teatros montando mimos en los que César era la reina y Pompeyo el rey. Un panfleto se mofaba del triunvirato al que llamaba **Trica ranus** (la grulla de tres cabezas). A Pompeyo, por su parte, lo apodaban **Alabarques** y **Sampsigeram**, ridiculizando sus hazañas en Oriente.

Sus enemigos podían difamarlo, pero mientras tanto César tenía el camino libre. Durante el resto del año no hubo más cónsul que él. Los **optimates** del Senado, en vista de que el homo no estaba para bollos, depusieron toda actitud obstruccionista.

La ley agraria era el compromiso de César con Pompeyo, pero de camino le había servido para ganarse al pueblo. La siguiente ley que hizo aprobar reducía los impuestos de los **equites** en cumplimiento de su compromiso con Craso. También le sirvió para ganarse la eterna gratitud de la influyente clase intermedia romana, los comerciantes y ricos que nadaban entre dos aguas, entre la plebe de la que procedían y el patriciado en el que aspiraban a ingresar.

En cuatro meses de magistratura, César había robustecido considerablemente su poder personal a costa de debilitar el poder colectivo del Senado.

En primavera apuntaló aún más su posición con una doble boda: él se casaba con la hija de Calpurnio Pisón, y su única hija, Julia, se casaba con Pompeyo. La chica tenía veintitrés años y el general cuarenta y seis. Fue, sin embargo, un matrimonio feliz.

En verano se celebraban las elecciones para designar los cónsules del año siguiente. Antes César recalificó como provincias consulares las llamadas Bosques y Caminos, al sur de Italia, venciendo la encendida oposición del Senado. Así se aseguró de que las magistraturas del año siguiente quedarían en manos de los suyos: para el consulado, el pompeyano Gabinio y su suegro Pisón; entre los tribunos, su fiel P. Clodio.

César se había convertido en el amo de Roma, pero diciembre estaba a la vuelta de la esquina y en cuanto expirara su magistratura, y por ende su inviolabilidad jurídica, los enfurecidos **optimates** caerían sobre él como lobos. Le urgía proveerse de otro mando **cum imperium** para resguardarse de los posibles peligros. Lo mejor era un nombramiento proconsular. Hizo que uno de sus hombres, el tribuno de la plebe Vatinio, lo propusiera ante la asamblea popular para un proconsulado de cinco años que tendría por objeto la pacificación de la Galia Cisalpina y la Iliria, con

mando sobre tres legiones. Pompeyo, por su parte, consiguió que el Senado le concediese, además, jurisdicción sobre la Galia Narbonense y una cuarta legión.

CAPÍTULO SEXTO

La guerra de las Galias

Las Galias eran un extenso país que comprendía los actuales territorios de Francia, Países Bajos, Suiza y norte de Italia. Estaba poblado por una infinidad de tribus célticas que siempre andaban de gresca por un quítame allá esas pajas. Los romanos distinguían entre un sur más civilizado, la Galia togada (**Galia togata**), y un vasto norte incivilizado, la Galia greñuda (**Galia comata**).

En la Galia, Roma poseía dos provincias, la Cisalpina y la Transalpina. La primera ocupaba el abanico en que remata la bota italiana por el norte (los Alpes, los Apeninos y el mar Adriático). La Transalpina, al otro lado de las montañas nevadas, era la última y peligrosa frontera, la linde de los belicosos bárbaros, un terreno abonado para ganar **dignitas** y riqueza con nuevas conquistas. Aquellas provincias eran un vivero de excelentes soldados.

César aspiraba ya a la realeza, pero sabía que los romanos sólo admitirían un rey cuya **dignitas** fuese netamente superior a la de sus posibles rivales. En este sentido Pompeyo había puesto el listón muy alto. A César le iba a resultar muy difícil no ya superar sus conquistas sino tan siquiera igualarlas. Por otra parte, Pompeyo había conquistado una buena porción del antiguo imperio de Alejandro, helenizado, rico y culto. César tuvo que conformarse con tierras bárbaras pobladas por belicosos celtas, pero quizá íntimamente compensó la deficiencia soñando con que su ejército fuese un elemento civilizador que llevase el fermento de la cultura a los pueblos sometidos.

Contemplado desde cierta perspectiva histórica, este logro de César adquiere especial importancia. Su conquista acarreó la incorporación de Francia y el corazón de Europa a la cultura grecorromana, así como la definitiva fijación del centro de gravedad del Imperio romano en Europa, lo que obraría perdurables efectos en la historia universal. La benéfica y secular influencia de una Francia civilizada y romanizada sobre sus semibárbaros vecinos anglosajones y germanos constituye el aglutinante decisivo de lo que llamamos cultura occidental.

Durante su larga estancia en las Galias, César, tan buen propagandista como general, se cuidó de mantener la devoción de sus clientes romanos. Regularmente les enviaba **efemerides**, escuetos partes de guerra en los que, bajo la apariencia de la más estricta imparcialidad, procuraba resaltar sus éxitos y disimular sus fracasos.

Cuando César ocupó su proconsulado, la Provenza era provincia romana (de ahí le viene el nombre). Era una tierra de gran valor estratégico pues comunicaba Italia con España. No obstante, en su discurrir entre los Alpes y el Ródano, la frontera presentaba peligrosos portillos naturales que parecían diseñados para facilitar la invasión de aquel territorio por las tribus centroeuropeas. Roma tenía buenas razones para preocuparse. Al otro lado de los Alpes, en Francia, Alemania y Suiza, se

extendía un conglomerado de tribus germanas y galas potencialmente peligrosas. Una de ellas, los eimbrios, había amenazado a Roma sólo medio siglo antes.

Entre los años 58 y 50 César corrigió aquella inestable frontera y la extendió hasta el río Rin, sometiendo para ello a una serie de tribus bárbaras cuyo poder militar era superior al suyo. La victoria de César no se explica sólo por la calidad de sus soldados. Sobre todo estribó en su genio como estratega y táctico y en la inteligencia con que condujo las negociaciones con los jefes de las otras tribus.

Cuando César se hizo cargo de su proconsulado, aquel volcán dormido de las Galias daba inequívocas señales de estar despertando: los suevos germánicos habían cruzado el Rin y los galos helvecios, ante el peligro de quedar aislados del resto de las Galias, se veían obligados a abandonar sus tierras, cerca de Ginebra, para trasladarse a otras más seguras al oeste. Por ello solicitaron permiso de César para atravesar pacíficamente la provincia romana que éste gobernaba.

César comprendió que aquel trasiego de pueblos acarrearía problemas a largo plazo. Si los helvecios abandonaban sus tierras, el vacío resultante sería ocupado por los suevos, y a la vuelta de unos años la provincia romana quedaría en contacto con estos belicosos e indeseables vecinos. A Roma le convenía proteger sus fronteras con vecinos débiles y pacíficos que sirvieran de aislante frente a las posibles agresiones de los pueblos guerreros del exterior. Por lo tanto César negó el permiso que los helvecios solicitaban y puso a sus hombres a construir una barrera de veintiocho kilómetros que taponara y defendiera el camino natural entre el lago de Ginebra y las montañas del Jura. No hay que imaginarse una especie de muralla china en versión romana. En realidad se componía simplemente de un foso y el terraplén resultante de la excavación, y coronado con una empalizada. Los romanos, siempre grandes constructores, acudieron a veces a estas barreras artificiales para contener a vecinos peligrosos. La más importante que levantaron en Europa, la muralla de Adriano, casi atravesaba la Gran Bretaña por su parte más estrecha. La experiencia enseña que a la postre este tipo de fortificaciones no suelen dar resultado. El más reciente ejemplo es el de la línea Maginot.

Al contrario que el alto mando francés de 1939, César nunca confió en su línea Maginot. Mientras procuraba prolongar las conversaciones con los helvecios para ganar tiempo, reclutaba aceleradamente hombres hasta formar cinco legiones. Sabía que iba a necesitar algo más que una muralla de tierra para contener a los bárbaros.

Cuando los helvecios comprendieron que César no pensaba dejarlos pasar, suspendieron las conversaciones y se pusieron en marcha. Eran quizá trescientos mil entre hombres, mujeres y niños, un pueblo en marcha. Evitando el camino de Ginebra, donde las líneas romanas les cerraban el paso, tomaron una vía alternativa a través de las montañas del Jura que iba a desembocar en el valle del Saona.

César siguió a los helvecios y les aplastó la retaguardia en el momento en que no podía ser auxiliada por el cuerpo principal, que acababa de cruzar un río. Luego siguió a los fugitivos durante dos semanas y los atacó en cuanto se presentó una

ocasión propicia. La batalla fue muy reñida, duró toda la noche, pero a la postre César se impuso. En vista de que pintaban bastos, los galos de la región, que hasta entonces habían aprovisionado de buena gana a sus primos, comenzaron a darles excusas en lugar de grano. Los helvecios, agotados los suministros, se rindieron y César los obligó a regresar a las tierras que habían abandonado. Las pérdidas humanas fueron tan crecidas que el pueblo helvecio desapareció prácticamente de la faz de la tierra.

La legión romana

Acabamos de asistir al primer episodio de la guerra de las Galias. Quizá sea éste el momento de explicar el secreto de las sorprendentes victorias romanas en su conquista del mundo, luchando muy a menudo contra fuerzas superiores en número y no inferiores en valor y acometividad. El predominio romano, mantenido durante siglos, se debió principalmente a su superior táctica y entrenamiento, a su disciplina y al inteligente diseño de sus armas. También se debió al dominio de un concepto logístico sorprendentemente moderno: la movilidad, la capacidad de trasladar tropas de un teatro de operaciones a otro en un tiempo sorprendentemente breve, aprovechando la tupida red de calzadas que intercomunicaban el imperio (todos los caminos iban a Roma) y la capacidad de las propias legiones de desplazarse rápidamente cuando la situación lo exigía, transportando la impedimenta esencial a lomos de los propios legionarios (que por eso fueron también conocidos con el cariñoso apelativo cuartelero de «muías de Mario»).

El recluta romano pasaba muchas horas lanzando venablos y entrenando con espadas de palo y pesados escudos de mimbre. «Sus entrenamientos eran batallas sin sangre y sus batallas eran entrenamientos sangrientos», escribe Flavio Josefo, que vivió mucho tiempo en los campamentos.

El cine ha divulgado la imagen de un legionario romano uniformado con lorica segmentada y reluciente casco rematado en penacho parecido a un cepillo. Sin embargo, en tiempos de César los legionarios presentaban un aspecto distinto. Todavía vestían cota de malla sobre camisa de cuero que llegaba hasta las rodillas (las corazas musculadas estaban restringidas a los oficiales superiores) y se protegían la cabeza con los ya mencionados cascos montefortinos, semiesféricos, similares a las gorras hípicas, con una viserilla cubrenuca, dos anchas carrilleras abisagradas y un perno o anilla en la parte superior. Algunos se adornaban con penacho de crines. Los escudos eran de madera, rectangulares, con refuerzos metálicos en los bordes y una placa metálica circular, llamada ombligo (**umbo**), en el centro.

En los tiempos de César la legión era un cuerpo compacto de soldados profesionales auxiliados por tropas indígenas. En el ejército de César que hizo la guerra de las Galias había auxiliares baleares y números africanos. Los números eran excelentes jinetes; los baleares, desde siglos atrás, habían cobrado fama como

honderos. Estos auxiliares gozaban de una cierta autonomía y utilizaban sus armas nacionales. Los legionarios romanos propiamente dichos estaban dotados de un armamento bastante uniforme: espada corta, llamada hispánica, y dos **pila**, uno pesado y otro ligero.

Los **pila** (singular **pilum**) eran cortas jabalinas provistas de un hierro largo y fino de hasta setenta centímetros de longitud diseñado para herir al adversario a través de su escudo. El legionario arrojaba sus **pila** cuando estaba a pocos metros del enemigo e inmediatamente desenvainaba el **gladium**, la espada corta de punta y doble filo, y atacaba en formación cerrada, buscando el combate cuerpo a cuerpo. El **gladium**, tajo y estocada, era un arma ideal para desenvolverse en poco espacio.

El **pilum** era un arma de inteligente diseño, posiblemente derivada de la falática de los antiguos hispanos (ésta es la tesis de Schulten). Estaba ideado de manera que quedara inservible después del impacto, para que el enemigo no pudiera devolverlo. Para ello Mario había sustituido uno de los dos remaches que unían el hierro al asta por una clavija de madera que se astillaba al caer. César lo resolvió de otro modo: destemplando parcialmente el hierro detrás de la punta para que se doblara por este punto al chocar contra el suelo. Además de herir al adversario, la aguzada varilla del **pilum** le inutilizaba el escudo porque quedaba colgando de él y constituía un lastre que entorpecía sus movimientos. En las guerras contra los galos a menudo se daba el caso de que un solo **pilum** cosía dos escudos contiguos, desarmando de golpe a dos hombres y dejándolos indefensos a merced del legionario. Como el romano se lanzaba al cuerpo a cuerpo cuando los **pila** que acababa de arrojar estaban todavía en el aire, el adversario no tenía materialmente tiempo de arrancarlos de sus escudos. La única solución era desembarazarse del escudo que se había convertido en un estorbo más que una ayuda, pero entonces tenía que enfrentarse al legionario sin protección alguna.

Otra gran virtud militar romana era su magistral uso de las técnicas de fortificación y asedio. Los romanos solían tomarse las cosas con calma cuando sitiaban una población murada y se preparaban a la **oppugnatio longinqua** o asedio largo, alternativa de la **oppugnatio repentina** o asalto por sorpresa, que no siempre era factible. Antes de comenzar los combates montaban varios campamentos que dominaran los accesos naturales del poblado sitiado y luego lo rodeaban con una barrera continua consistente en un foso con cuya tierra excavada se construía un terraplén coronado por una empalizada. Completado este dogal impenetrable, la ciudad sitiada sucumbía sin remedio. Era sólo cuestión de tiempo. No obstante, si tenían prisa por tomarla, construían una rampa que los condujera cómodamente hasta la altura de las murallas. En sus asedios, los romanos daban muestras de paciencia infinita. En una ocasión un jefe sitiado intentó desmoralizar al general romano haciéndole saber que su ciudad disponía de víveres para diez años. «Entonces tardaremos once en conquistarla», respondió tranquilamente el romano.

Contra los germanos

Regresemos ahora junto a César. El asunto de los helvecios parecía solucionado, pero el problema principal, César lo sabía, era otro: mientras los galos seguían enzarzados en sus endémicas disputas tribales, los germanos del otro lado del Rin aprovechaban la coyuntura para invadir sus territorios.

Los germanos constituían un enemigo más formidable que los galos. Aquellos guerreros altos, rubios, fuertes, orgullosos y fieros padecían una genética avidez por las tierras de sus vecinos. No hacía falta ser profeta para adivinar que, si se acercaban a las fronteras romanas, acarrearían grandes problemas. Lo mejor era intervenir en las Galias antes de que los germanos las conquistaran y se hicieran más fuertes de lo que eran.

Cuando César se hizo cargo de su proconsulado, la invasión germana de las Galias acababa de comenzar: los suevos germanos de Ariovisto estaban cruzando el Rin.

César, erigido en protector de los amenazados galos, envió a Ariovisto una embajada portadora de espléndidos presentes y a poco se reunió a parlamentar con él. ¿Quién le daba al romano vela en aquel entierro? Nadie, evidentemente, pero los angustiados galos del Rin no vieron daño alguno en que el representante de la superpotencia romana intercediera por ellos. No advirtieron que, de este modo, le estaban suministrando un pretexto para inmiscuirse en sus asuntos. Estaban aceptando tácitamente el protectorado romano.

César y Ariovisto celebraron su entrevista en la llanura de Alsacia. Llevaban un buen espacio de tiempo conversando cuando algunos suevos de la escolta del bárbaro, cansados de tanta palabrería y quizá movidos de esa bravuconería suficiente que caracterizaba a los antiguos germanos (y que, según Robert Graves, sigue caracterizando a los modernos), comenzaron a arrojar piedrecitas a la escolta de César. César, ofendido por tamaña descortesía, interrumpió las negociaciones y regresó junto a sus tropas. Conociendo al romano, se hace difícil creer que obrara movido por la ira. Seguramente su inteligencia militar le había suministrado los datos necesarios para saber que tenía ganada la partida. El caso es que César y Ariovisto llegaron prontamente a las manos. Las operaciones militares sólo duraron unos días. César aplastó literalmente al ejército suevo: le infligió más de cincuenta mil bajas. Ariovisto tornó al otro lado del Rin, rabo entre piernas, y nunca más volvió a cruzarlo.

Después de derrotar a los suevos, César se tomó un respiro, dejó a sus tropas invernando al oeste de las montañas del Jura, en tierras de los secuanos (y a expensas de éstos), y regresó a la Galia romana para dedicarse a actividades administrativas. Los secuanos estaban tan agradecidos que al principio no advirtieron que César les había quitado el yugo de Ariovisto para ponerles el de Roma. Porque los legionarios estaban allí para quedarse.

El creciente malestar de los secuanos tardaría algún tiempo en perturbar el sueño de César. Lo que distraía sus vigiliias eran otros informes más preocupantes: los galos belgas, unas tribus mestizas resultantes de la mezcla de galos y germanos, estaban preparándose para la guerra.

César no perdió tiempo: reclutó y entrenó dos nuevas legiones en la Galia Cisalpina y, cuando llegó el verano del 57, condujo a sus tropas al norte y se enfrentó con la confederación de los galos belgas junto al río Aisne. El romano, obligado a vérselas con un ejército numéricamente superior al suyo, se fortificó de modo que un meandro del río le sirviera de foso natural y levantó trincheras y empalizadas en la parte despejada. Considerando que era bastante probable que aquél fuera el campo de batalla, protegió sus flancos con nuevas zanjas y fortines desde los que las balistas lanzadoras de dardos y las hondas pedreras podrían batir al atacante. Esa era la artillería de la época.

Los belgas intentaron evitar esta ratonera y concibieron la idea de enviar un potente destacamento al otro lado del río con la misión de cortar las líneas de suministros de los romanos. César, atento a los movimientos, los atacó en el crítico momento en que cruzaban los vados con el agua al cuello, infligiéndoles muchas bajas y desbaratando la operación. A este revés se unió que el trigo comenzaba a escasear en la desorganizada horda bárbara. Donde no hay harina todo es mohína: aquellos rubios y mostachudos mocetones se desmoralizaron. Sus jefes celebraron consejo y acordaron que, en vista de las inesperadas dificultades que tenían que arrostrar, era mejor suspender la operación y que cada cual regresara a su lugar de origen. Para que no pareciera que retornaban con las manos vacías, suscribieron el solemne compromiso de los mosqueteros: todos acudirían, como un solo hombre, en auxilio de cualquiera de ellos que fuese atacado por los romanos. Luego hicieron el petate y se dispersaron, cada cual por su camino, sin planear una retirada escalonada ni nada parecido. Juntos eran más de cuarenta mil y constituían una fuerza temible, muy superior numéricamente a la de César, pero por separado no eran nadie.

César, sin perder un segundo, levantó el campamento y llevó a sus tropas en pos de uno de los grupos belgas. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, cayó sobre él y lo derrotó; después siguió las huellas de un segundo grupo y lo derrotó igualmente; luego las de un tercero... Los restantes caudillos se apresuraron a hacer las paces con el romano.

Todos menos el principal, el de los belgas nerviones, que se creían suficientemente fuertes como para derrotar por sí solos al romano. Los nerviones pecaban quizá de exceso de confianza, pero no eran lerdos. Enviaron exploradores que observaran a los romanos y tomaran nota de su orden de marcha. Los romanos tenían la sana costumbre de construir un campamento completo cada vez que acampaban, foso, empalizada y letrinas incluidos, y lo hacían cada atardecer, aunque supieran que iban a abandonarlo en cuanto amaneciera. El campamento se convertía en tierra romana, en el hogar seguro protegido por sus dioses tutelares. De este modo

pasaban la noche sin temor, perfectamente defendidos, aunque estuvieran en tierra enemiga.

Los nerviones concibieron la idea de sorprender a los romanos al término de una jornada de marcha, cuando estuvieran acampando. El plan constaba de dos fases. En la primera, un nutrido grupo de nerviones caía por sorpresa sobre el campamento y se retiraba rápidamente perseguido por la caballería romana. La infantería que labraba las zanjas quedaba temporalmente sin protección. Entonces se ponía en marcha la segunda fase del plan: el grueso del ejército nervión, que hasta entonces había permanecido oculto en las inmediaciones, caía sobre el campamento y aniquilaba a los romanos.

La primera parte salió a pedir de boca. Un tropel de nerviones cruzó el río Sabis y arremetió contra los forrajeros y cavadores. La sorpresa fue completa porque los soldados se habían desprendido de sus cascos y escudos y no tenían las armas a mano. Solamente su disciplina y entrenamiento salvó la situación. En lugar de dejarse ganar por el pánico, los legionarios aguantaron la primera embestida y, mientras unos intentaban contener a los atacantes con los escasos medios que tenían a mano, los otros acudían a los equipajes e iban formando las líneas a medida que se armaban. El propio César tomó el escudo de un soldado cualquiera y acudió al punto de mayor peligro seguido de sus hombres. De este modo los romanos sostuvieron la lucha, aun a costa de muchas bajas, dando tiempo a que las legiones que marchaban en retaguardia se incorporaran a la batalla, ya en perfecta formación de combate. La balanza, tan indecisa al principio, no tardó en inclinarse del lado romano. La matanza de nerviones fue tal que la tribu más poderosa de los galos belgas quedó completamente destruida aquel día.

Desaparecidos los nerviones, no había fuerza que se opusiera a César. El romano conquistó la Galia belga y se enfrentó a los aduaticos, una tribu germana aliada de los nerviones, y los derrotó. Al día siguiente, los que se habían rendido cambiaron de parecer y atacaron a los romanos que los rodeaban. César castigó esta deslealtad aniquilando a cuatro mil guerreros y vendiendo como esclavos al resto de la tribu, unas cincuenta mil personas.

En la primavera del 56 César, Pompeyo y Craso se reunieron en Lucca para hacer balance de su alianza y programar los siguientes movimientos del triunvirato. Pompeyo y Craso se presentarían al consulado para el año siguiente y moverían influencias para que el proconsulado de César en las Galias fuese prorrogado por otros cinco años. Además legalizarían las cuatro legiones suplementarias que César había alistado en sus provincias. Al término de su consulado, Pompeyo se reservaba el proconsulado de Hispania y Craso el de Siria. De este modo el triunvirato controlaría el imperio. Craso escogió Siria porque soñaba con obtener victorias militares parangonables a las de sus socios. Había puesto su mirada sobre el imperio de los partos, una vieja asignatura pendiente de los romanos.

Las cosas salieron a pedir de boca. Al año siguiente Craso marchó a su

proconsulado de Siria y Pompeyo asumió el de España, aunque se limitó a ejercerlo a distancia, por medio de legados, y evitó apartarse de Roma, donde estaban sus intereses.

Años atrás, al principio del triunvirato, César había actuado como elemento de cohesión entre Pompeyo y Craso. Con los años la figura de César había crecido hasta hacer sombra a Pompeyo. La posible lucha por el poder se planteaba ahora entre los dos generales y Craso quedaba relegado al papel de agente moderador. Sin él probablemente sería inevitable una colisión entre los encontrados intereses de los dos colosos. Ambos aspiraban al poder absoluto.

La campaña véneta

En el verano del 56 los ejércitos de César, reforzados por la ayuda material de sus cada vez más numerosos aliados indígenas, se multiplicaron por la vasta extensión de las Galias sometiendo muchas tribus hostiles cuyos nombres resuenan extrañamente salvajes: eburones, sexovis, únelos, vocates, tarusates...

César había mostrado a los galos quién era el nuevo amo de aquellos territorios. Las embajadas de las tribus indígenas se sucedían frente a su tienda. Todos rivalizaban por servirlo, le enviaban presentes y le entregaban rehenes.

No todos eran sinceros, claro. Algunos sólo intentaban ganar tiempo para preparar la guerra. Al año siguiente, un grupo de vénéto, una tribu asentada al sur de la Bretaña francesa y aliada a otras tribus vecinas, se atrevieron a secuestrar a un grupo de romanos que recorrían la región para proveer la intendencia de su ejército. Los vénéto anunciaron que sólo liberarían a sus prisioneros a cambio de los rehenes vénéto que César retenía.

La campaña contra los vénéto no iba a ser nada fácil. Aquellos galos constituían un pueblo marítimo cuyos castillos estaban situados en promontorios de la costa sólo accesibles con la marea baja. Atacarlos por mar resultaba bastante complicado, dada la naturaleza rocosa de aquellas costas, llenas de traicioneros escollos, y por tierra sólo se podía llegar a ellos cuando bajaba la marea.

César se armó de paciencia y puso sitio al primer promontorio. Los romanos estaban acostumbrados a poner la naturaleza de su parte aunque para ello tuvieran que realizar faraónicas obras de ingeniería. Contaban con buenos ingenieros y no se arredraban ante ninguna dificultad. Recordemos la impresionante rampa que construyeron en Masada, Israel, para llevar sus torres de asedio a lo alto de una montaña, el nido de águilas donde se habían fortificado los últimos resistentes judíos.

En Bretaña, César comenzó a rellenar el istmo para que ni siquiera la marea alta lo cubriera. Una obra de ingeniería parecida a la que emprendió Alejandro Magno para conquistar la isla donde se asentaba Tiro. Pero, para su sorpresa, cuando ya parecía que estaban a punto de tomar la plaza enemiga, llegó una escuadra de socorro que evacuó por mar a los sitiados trasladándolos a otro promontorio fortificado.

César reconsideró su estrategia. No podía jugar al ratón y al gato con los vénetos indefinidamente porque aquella jugada podían repetirla una y otra vez en cada uno de los promontorios fortificados. Si quería derrotarlos necesitaba barcos. Era necesario destruirles la escuadra.

Materia prima no faltaba en aquel país cubierto de espesos bosques. César improvisó astilleros en el Loira y construyó su escuadra. Al propio tiempo alistó los pilotos, marineros y remeros necesarios. Cuando todo estuvo listo los navios salieron al mar y se enfrentaron a la escuadra véneta con resultados desalentadores. Los romanos, acostumbrados a las ligeras naves mediterráneas, se toparon con unas naves atlánticas, mucho más sólidas, con macizas planchas de roble unidas por gruesos clavos de hierro, velamen de cuero resistente a los peores vientos y fondos planos para evitar los traidores escollos. Los espolones de los navios romanos rebotaban contra aquellas fortalezas flotantes. Además eran de alto bordo y las pasarelas de abordaje romanas no las alcanzaban.

Los romanos conquistaron el mundo porque eran tesoneros e ingeniosos, prácticos y disciplinados. No había problema que no supieran resolver, a menudo de la manera más simple. Rápidamente dieron con la táctica que les permitiría vencer a los navios vénetos: se proveyeron de largas pértigas rematadas por guadañas y cortaron el cordaje de los navios enemigos, provocando la caída de las velas. Con los adversarios inmovilizados les fue fácil ir rodeando cada nave y asaltándola por sus dos costados, una tras otra. También ayudó lo suyo que una oportunísima calma chicha impidiese la huida de los navios.

El vencedor de la escuadra véneta fue un joven oficial llamado Décimo Bruto. César lo apreciaba mucho, quizá porque sospechaba que podía ser hijo suyo, pues era amante de su madre, una casada infiel, en la época en que ella quedó embarazada. En su debido momento veremos a César sorprenderse dolorosamente al descubrir al joven Bruto entre sus asesinos. Pero esto es adelantar acontecimientos. Regresemos a la campaña contra los vénetos.

Perdida su flota, los vénetos se rindieron. César no tuvo piedad de ellos. Los romanos eran muy puntillosos en cuestiones legales y no solían perdonar a los pueblos que traicionaban tratados de paz, así que ejecutaron a los jefes de las tribus y vendieron como esclavos al resto. Las ganancias fueron fabulosas, claro, y la fortuna personal de César aumentó tan considerablemente que aquel mismo año estuvo en condiciones de adquirir, por sesenta millones de sestercios, ciertos terrenos en la propia Roma (donde más adelante levantaría el foro que llevó su nombre).

Puente sobre aguas turbulentas

El año 55 nuevas tribus germanas, presionadas por los suevos, cruzaron el Rin. Al principio César negoció con ellos. Luego, comprendiendo que el enfrentamiento era inevitable, les tomó la delantera y, cayendo sobre ellos por sorpresa, los aniquiló.

Catón denunció la felonía con que César había derrotado a los germanos y propuso que fuera entregado a sus víctimas para lavar el honor de la República. Esta propuesta no tuvo éxito alguno. Corrían ya los tiempos en que el honor de la República importaba un bledo incluso a los republicanos.

Después de derrotar a los invasores germanos, César tendió un puente sobre el Rin y pasó su ejército al otro lado. Debió de ser una espléndida obra de ingeniería: una espaciosa plataforma de tablones sostenida sobre pilares de madera en un río que tenía casi quinientos metros de anchura. Y ello en sólo diez días. Una proeza técnica que impresionaría vivamente a los germanos y ejercería sobre ellos un saludable efecto disuasorio al mostrarles la inmensa superioridad de aquellos hombrecillos morenos que llegaban del sur. Por lo demás fue solamente una expedición de reconocimiento más encaminada a ganar prestigio que a otra cosa. A los ocho días, César regresó al otro lado del Rin y destruyó el puente detrás de él.

Otra gran proeza de ingeniería que César ideó por aquel tiempo, aunque no la llegó a realizar (la cumpliría su sobrino y sucesor Augusto), fue la de abrir una calzada que acortara el camino entre la Galia Cisalpina y el corazón de las Galias, atravesando los Alpes por el Gran San Bernardo, quinientos metros por encima del nivel de las nieves perpetuas. Estrabón menciona este paso alpino como «una escarpada vereda que no permite el paso de carruajes». Estas grandes obras de ingeniería eran realizadas por las «muías de Mario», los sufridos legionarios que lo mismo servían para un roto que para un descosido y sucesivamente combatían, hacían de portadores, de cavadores, de albañiles, de leñadores y de mozos de cuerda. No hay que imaginárselos encantados de los trabajos que les mandaba el general. Muy humanamente, incluso se alegraban cuando los técnicos incurrían en algún fallo. Por ejemplo, el que cierto soldado relata en una carta. Se trataba de construir un túnel que atravesara una montaña. Los técnicos tomaron medidas y se pusieron a excavar por los dos lados para encontrarse en el punto central. Después de muchos días de intenso trabajo el anónimo autor de la carta escribe: «Medí la longitud de los dos tramos del túnel y resultó que, sumándolos, eran superiores a la anchura total de la montaña».

Aquel mismo verano César tuvo aún tiempo y ánimo para embarcarse en su controvertida expedición de reconocimiento a Gran Bretaña. Entonces las islas británicas estaban habitadas por tribus célticas. César cruzó el canal de la Mancha con dos legiones embarcadas en ochenta navios de transporte. No le resultó fácil desembarcar, pues primero tuvieron que buscar un lugar propicio entre los blancos acantilados de la costa inglesa. Para colmo, en cuanto pusieron pie en la playa fueron atacados por vociferantes indígenas armados con grandes escudos de madera, desnudos de cintura para arriba, las cabezas desprovistas de casco y el cabello untado de barro y peinado en forma de cresta de púas, lo que les daría un curioso aspecto parecido al de nuestros **punkies**. Algunos llevaban el cuerpo cubierto de tatuajes (por lo que ciertas tribus fueron denominadas **pictos**, los pintados). Su caballería consistía

en diminutos carros de guerra tirados por parejas de ponis. La dotación del carro era de dos hombres, uno conducía y otro combatía, generalmente a pie, mientras el conductor aguardaba sin alejarse mucho, presto a recogerlo y ponerlo a salvo o transportarlo a otro lugar de la batalla. Cuando el guerrero mataba a un enemigo le cortaba la cabeza y la colgaba de la trasera del carro como trofeo de guerra. Hay que suponer que existiría cierta rivalidad entre ellos por regresar a la tribu con la mayor cantidad posible de trofeos. Como los pilotos o los tanquistas de los ejércitos modernos. El juego de la guerra cambia poco, sólo evolucionan las armas.

César y sus hombres quedaron muy sorprendidos de ver aquellos extraños guerreros que parecían surgidos del pasado, porque los latinos nunca habían visto actuar un carro de guerra. Del uso militar de estos artefactos no quedaba más memoria que la transmitida por los venerables poemas homéricos sobre la guerra de Troya. El carro de guerra había decaído dos siglos atrás en el ámbito mediterráneo, en cuanto los ejércitos dispusieron de caballos suficientemente poderosos como para aguantar un jinete. Los carros célticos, sorprendentemente maniobrables y sólidos, eran capaces de girar en muy poco espacio y de subir y bajar pronunciadas pendientes saltando entre las piedras. Cuando atacaban en masa, como un destacamento de caballería, el ruido combinado de sus llantas infundía pavor en el enemigo. La plataforma del carro era muy baja, por lo tanto los aurigas no vacilaban en hacer equilibrios sobre el eje delantero para lanzar sus jabalinas desde mayor altura, aunque el carro fuera lanzado a toda velocidad.

Fue una suerte que los isleños se limitaran a hostigar a los invasores sin atreverse a más. Quizá se sintieron amedrentados por la majestuosa visión de las galeras romanas aproximándose a remo, que les parecerían monstruos marinos dotados de muchas patas.

Los romanos rechazaron a los atacantes y desembarcaron, pero la expedición fracasó por falta de caballos. Los vientos adversos habían obligado a regresar a sus puertos a los veleros de transporte que llevaban la caballería.

No fueron los únicos quebraderos de cabeza que acarrió a César su aventura británica. Sus hombres, todavía ignorantes de las mañas del océano, habían dejado las galeras varadas en la playa como hacían en los mares tranquilos e interiores de Italia. Por la noche, la marea entrante las inundó y las olas rompientes les ocasionaron diversos destrozos. De pronto se veían aislados en tierra hostil, con la mar por medio y sin posibilidad de regresar. Por si fuera poco, los indígenas, envalentonados, tomaban a atacar.

¿Qué hacer? César evaluó los daños. Doce galeras estaban tan dañadas que era mejor no pensar en repararlas. Las hizo desguazar para que los carpinteros repararan las restantes con sus restos. Luego jugó la baza del prestigio romano y, ocultando su debilidad, logró llegar a un acuerdo con las tribus bretonas de la región y les arrancó la promesa de enviarle rehenes (aunque sólo algunas de ellas cumplirían). Hecho esto, consideró que el honor quedaba a salvo y se hizo de nuevo a la mar para cruzar

el canal antes de que el mal tiempo dificultara la travesía.

César regresó a Inglaterra al año siguiente, esta vez con cinco legiones y dos mil caballos. Con esta fuerza remontó las tierras del Támesis y derrotó al rey Cassivellauno. Quizá hubiera proseguido la conquista de la isla de no haberse producido una serie de levantamientos en las Galias que aconsejaron su regreso. Nuevamente las tribus belgas desenterraban el hacha de guerra: los eburones habían tendido una emboscada a dos destacamentos romanos y los habían aniquilado. César, nuevamente, construyó un puente sobre el Rin y lanzó una operación de castigo contra los germanos (la política de César consistía en evitar que se hicieran demasiado fuertes). Luego, eliminado el peligro germano, regresó a las Galias, derrotó a los eburones, arrasó su territorio e hizo ejecutar al cabecilla principal por medio de azotes, el terrible castigo romano para los traidores.

La muerte de Craso

La entente entre César y Pompeyo se mantenía gracias a los buenos oficios interpuestos por el tercer socio, Craso, y por Julia, la hija de César casada con Pompeyo. Pero estos dos personajes desaparecieron en los dos años siguientes. Julia murió de sobrepeso en el 54 y a Craso lo mataron los partos al año siguiente, después de la desastrosa batalla de Carres.

Llegados a este punto, será mejor que prestemos atención a estos partos. Entre el mar Caspio y Persia, en el territorio que hoy ocupa la provincia iraní de Jurasan, se estableció, hacia el año 247, la tribu escita de los paraos o partos. Los escitas eran jinetes de origen indoeuropeo, originarios del Turkestán. En el siglo VI a. de C. desplazaron a los sumerios y se extendieron por Asia Menor. Luego fundaron un reino de inspiración aqueménida que llegó a dominar hasta Irán y Mesopotamia y se mantuvo relativamente independiente hasta el siglo segundo de nuestra era, lo que no le resultó nada fácil pues tuvo que defenderse de los ataques de los nómadas en sus fronteras del norte y de los romanos por el oeste.

En el siglo I la expansión de Roma llegó hasta las fronteras partas y los dos colosos se enfrentaron repetidamente, unas veces por Armenia y otras por móviles estrictamente económicos: la ruta de las caravanas procedentes de China y de toda Asia discurría por tierras partas antes de llegar a su estación de Ecbatana, desde donde se encauzaba hacia Antioquía, que era el centro natural de redistribución para los mercados mediterráneos. Roma consiguió arrebatarse algunos territorios y la ciudad de Ctesifonte, pero ellos le pararon los pies y le cerraron el camino de la India, el sueño dorado de todo admirador de Alejandro Magno.

Las legiones romanas, invencibles en tantos lugares, fracasaron repetidamente frente a la caballería ligera y los arqueros partos, un enemigo móvil imposible de fijar en el campo de batalla porque su táctica consistía en acribillar a flechazos al

adversario en rápidas pasadas y emprender una aparente huida cuando éste contraatacaba. En realidad regresaban a repostar flechas para volver a la carga. El arco compuesto usado por los partos era tan potente que frecuentemente atravesaba el escudo romano, de madera con refuerzos metálicos, y hería al infante. Los arqueros partos constituyeron tal pesadilla que los romanos empleaban la expresión «flecha de parto» como nosotros decimos «puñalada de picaro».

La táctica parto prefiguraba el declive de las grandes formaciones de infantería y la supremacía de la caballería que sería, andando el tiempo, una de las causas de la decadencia del Imperio romano. Los partos, dueños de aquella útil maquinaria guerrera, quizá hubieran prosperado más de no estar gobernados por una aristocracia camorrista que malgastaba su fuerza en trifulcas domésticas.

Pompeyo había conquistado un imperio en oriente, César estaba haciendo otro tanto en las Galias. Craso no quería ser menos. Probablemente quería ser incluso más. No sólo aspiraba a derrotar a los partos y a conquistar su imperio sino a la fabulosa India. Él remataría una empresa que en su día intentó, sin éxito, el propio Alejandro. Al principio las cosas le fueron bien porque los partos se hallaban inmersos en una guerra civil. Todos los auspicios se le mostraron favorables cuando cruzó el Éufrates al frente de sus siete legiones y emprendió su gran aventura. Pero cometió el error de fiarse de un jeque árabe que, fingiéndose aliado suyo, lo atrajo a Caires, donde los partos le habían preparado una celada.

Craso no supo desarrollar contramedidas tácticas para defenderse de los partos. Una noche le lanzaron la cabeza de su hijo, al que habían capturado, por encima de la empalizada del campamento. Craso, sobreponiéndose a sus sentimientos, se dirigió a sus hombres: «Que esto no os amedrente. Soy yo el que lo ha perdido, no vosotros».

La campaña se saldó con la muerte de veinte mil romanos y la captura de otros diez mil. Además los partos capturaron siete águilas. El águila, símbolo de Júpiter, era un objeto sagrado, a la vez bandera y talismán de la legión. Solían ser figurillas de plata de unos veinte centímetros de altura que el **aquilifer** portaba en lo alto de un mástil. Como «divinidades de las legiones» (Tácito), el numen o genio protector del grupo habitaba en ellas. Dejárselas arrebatarse por el enemigo constituía una vergüenza nacional que no podía borrarse hasta que eran recuperadas.

Por cierto, como insignia regimental, el águila ha gozado de gran fortuna a lo largo de la historia. No le han faltado ilustres seguidores, entre ellos Napoleón, Hitler y Mussolini, todos ellos grandes admiradores de la milicia romana.

Cuando las terribles noticias del desastre de Carres llegaron a Roma, la ciudad se sintió consternada. Los enemigos del triunvirato no tardaron en extender la noticia de la muerte terrible de Craso. Aseguraban que suplicó por su vida al rey parto pero el bárbaro le dio muerte vertiéndole oro fundido en la boca al tiempo que le decía: «Bebe cuanto quieras. ¿No es esto lo que has buscado toda tu vida?». En realidad, Craso murió de una estocada en una refriega menor después de la batalla. Su cabeza y su mano fueron enviadas al rey de los partos, y un actor griego presente en aquella

corte tuvo la detestable ocurrencia de tomar la cabeza y usarla para recitar a Eurípides.

La rebelión de Vercingetórix

Regresemos ahora junto a César, ya dueño indiscutible de las Galias. En los intervalos invernales, cuando los caminos embarrados imponían una tregua, César regresaba ligero de equipaje a la Galia Cisalpina para reanudar sus tareas de administración civil. En el 52 no pudo hacer este viaje.

Cruzando la vasta extensión de las Galias observó signos inequívocos de que se estaba incubando una sublevación general.

Se entiende. Al principio de la llegada de los romanos, muchas tribus galas se les habían sometido impresionadas por su superioridad militar y creyendo que sólo estaban de visita. Cuando advirtieron que se les habían instalado *sine die* y que no mostraban interés alguno en marcharse, comenzaron a cavilar la manera de expulsar a tan molestos huéspedes. Aquel invierno del 52 una gran confederación de tribus galas se había juramentado para aniquilar a los romanos: aulerces, armoricanos, andes, turones, parisienses, senones, arvernos, cadurcos, lemosines y otras tribus de la Galia central aplazaron sus disensiones tribales y pusieron guerreros y recursos bajo el caudillaje de un jefe prestigioso, Vercingetórix, un joven rey arverno que contaba menos de treinta años. El plan de Vercingetórix consistía en cortar las líneas de aprovisionamiento de César y debilitarlo, evitando enfrentarse a él en campo abierto. Para que el plan surtiera efecto era necesario que los galos de la región aceptaran la táctica de tierra quemada y contribuyeran al desabastecimiento del ejército romano, pero esto sólo se cumplió a medias.

Vercingetórix poseía una brillante inteligencia natural y había asimilado las técnicas de combate y asedio romanas, lo que le permitía idear contramedidas adecuadas. No fue una guerra fácil para César.

La confederación inauguró su campaña con un acto sonado: pasando a cuchillo a los numerosos comerciantes romanos establecidos en Genabum (Orleans).

César se dio por enterado. Su situación no podía ser más delicada. Si reclamaba las legiones estacionadas en la frontera del Rin, las expondría a un ataque en campo abierto sin que él estuviera presente para dirigir las. La alternativa era aventurarse por territorio galo con una escolta insuficiente y exponerse a ser capturado por los rebeldes.

César rebañó las tropas que pudo en la misma región donde se encontraba y las envió sobre Cevenas, atravesando los campos nevados. Era sólo una maniobra de distracción. Mientras tanto, él se dirigió hacia el nordeste, regresó a marchas forzadas junto a sus legiones, las sacó de sus campamentos y las lanzó contra los poblados de los rebeldes.

Una de las tribus, los biturigos, decidió resistir a los romanos en su ciudad de

Avaricum (Bourges) aunque ello supusiera apartarse de la estrategia acordada por la federación. El poblado estaba situado en un otero defendido por tierras pantanosas. César se estableció en una altura cercana, separada de Avaricum por una depresión, y ordenó construir una rampa de cien metros de longitud por veinticinco de anchura que rellenara la depresión y llegara a la muralla. En estas labores invirtió un mes. Concluida la obra, el asalto de las legiones era cosa fácil. Los galos, ya escarmentados, aplicaron las contramedidas adecuadas: minaron las rampas e intentaron incendiar las torres rodantes, pero a pesar de ello Avaricum sucumbió y sus habitantes, unos cuarenta mil, fueron pasados a cuchillo para que su desastrado final sirviera de escarmiento a otros poblados decididos a resistir a ultranza.

Vercingetórix, mientras tanto, se había fortificado en Gergovia, alta meseta fácilmente defendible y rodeada de montañas en su Arvemía natal (cerca del actual Clermont-Ferrand). César organizó un asedio en toda regla. Como había hecho en Avaricum, ocupó y amuralló la colina contigua estableciendo lo que en el arte de la fortificación se denomina padastro o malvecino. Luego rodeó la ciudad enemiga con una trinchera y parapeto y construyó otro detrás del primero formando una corona (**circumvallatio**), que en realidad era un campamento circular con el enemigo aislado en una isla central. Después de completar estas obras, César lanzó un ataque parcial con objeto de tantear las defensas de la plaza, pero sus hombres se excedieron intentando asaltarla y fueron rechazados con graves pérdidas. La desafortunada acción se saldó con unos setecientos cincuenta muertos, medio centenar de los cuales eran centuriones.

No fue una derrota pero sí un fracaso que tuvo vastas repercusiones psicológicas tanto en romanos como en galos. Todas las tribus de las Galias estaban pendientes de los sucesos de Gergovia y aquella aparente victoria de Vercingetórix atrajo a muchos indecisos a la rebelión, entre ellos a los aedos, que César consideraba sus fieles aliados.

En vista del cariz que tomaban los acontecimientos, el romano levantó el asedio y se alejó. Quería aprovechar la euforia de Vercingetórix para atraérselo a un terreno más favorable.

Siguieron meses de incertidumbre. Los rebeldes continuaban atacando guarniciones y colonias en los límites de la provincia romana. César defendía el territorio incluso empleando destacamentos de mercenarios germanos reclutados al otro lado del Rin. El romano era predominantemente un soldado de infantería, pero César empleaba la caballería germana para proteger sus flancos y perseguir al enemigo en derrota. La caballería germana era extraordinariamente móvil. Sus jinetes no usaban sillas y a menudo transportaban a un infante a la grupa, lo que otorgaba gran movilidad a su infantería. En las largas marchas el infante caminaba detrás, agarrado a la cola del caballo, para que el animal no se cansara excesivamente.

Finalmente Vercingetórix se vio obligado a ceder terreno y replegarse con sus

ochenta mil guerreros hacia el territorio de los aedos. Allí se hizo fuerte en Alesia, un poblado situado en la cumbre de un cerro cuyos escarpes cortados a pico le parecieron fáciles de defender. En realidad la posición era una verdadera ratonera, pues estaba rodeada por un anfiteatro de alturas superiores, pero al jefe galo le pareció el emplazamiento ideal quizá porque en aquella altura tenían los galos uno de sus santuarios más importantes y todavía confiaba en la protección divina.

César se resignó nuevamente a un asedio y puso a los cuarenta mil hombres de sus diez legiones a excavar zanjas de metro y medio de profundidad, con estacas aguzadas en el fondo, y a levantar terraplenes de una altura similar sobre los que los carpinteros instalaban una empalizada. A intervalos regulares hizo construir torres de madera y cabañas para alojar a las tropas. De este modo, el poblado sitiado, rodeado por una barrera infranqueable, quedaba aislado y tenía que rendirse por hambre.

Como era de esperar, las tribus rebeldes se movilizaron para auxiliar a sus hermanos sitiados y llegaron a reunir la respetable cifra de doscientos cincuenta mil guerreros. Eso aseguran, al menos, las fuentes romanas, probablemente exagerando un poco. El caso es que César, sin dejar de ser sitiador, se convirtió en sitiado y hubo de soportar ataques simultáneos a uno y otro lado de su doble circunvalación.

En 1860 Napoleón III hizo excavar el **oppidum** de Alesia y halló los restos de las impresionantes fortificaciones romanas y de algunos de los veintitrés fortines o reductos que César construyó para

albergar tropas y vigilar el campo. El círculo interior de la **circumvallatio** medía dieciséis kilómetros y el exterior veintiuno. Entre los dos se extendía un anillo de unos doscientos metros de anchura por donde discurrían los romanos.

En los escritos de César encontramos una descripción bastante detallada de estas obras. La corona donde se encerraban las fuerzas romanas constaba, a un lado y a otro, de un terraplén reforzado con empalizada y torres de observación y defensa. A continuación había dos anchos fosos de escarpadas laderas, uno de los cuales estaba parcialmente inundado con aguas desviadas de un río cercano. Delante de los fosos había una zanja menos profunda con cinco filas de ramas de árbol trabadas a las que habían aguzado las puntas de manera que hirieran a los atacantes. Delante de todo esto había hoyos pequeños con agudas estacas clavadas en el fondo (los llamaban **cippi** o urnas funerarias) seguidos de un sector de trampas disimuladas con paja (**tilia** o lirios). Eran agujeros del tamaño de un pie humano, con el fondo provisto de la correspondiente estaca aguzada. Y finalmente, rodeándolo todo, otra zona de tarugos clavados en el suelo y rematados por un clavo con la punta en forma de anzuelo (**stimuli** o agujones).

Lo que César había ideado era, en términos modernos, un verdadero campo minado guarnecido de alambradas que cualquier atacante había de sortear antes de alcanzar las trincheras y la empalizada.

Si César estaba preparando concienzudamente su asedio, Vercingetórix estaba

dispuesto a defender su posición mejor de lo que los de Avaricum defendieron la suya. Previendo que César pretendía rendirlo por hambre, su primera medida, juiciosa aunque cruel, consistió en expulsar del poblado a la población civil para suprimir bocas inútiles. Los pobres fugitivos se entregaron a los romanos suplicando que los hicieran sus esclavos, pero César tampoco estaba sobrado de alimentos, sólo contaba con raciones para un mes, así que, a su vez, los expulsó de su anillo fortificado.

De nada sirvieron los tres ataques de los galos contra el anillo romano. César, astutamente, hizo intervenir su caballería germana, que atacaba por la retaguardia a sus sitiadores mientras él contenía a unos y otros desde sus bien defendidas fortificaciones.

César se mantuvo firme hasta que los sitiados, aislados e incapaces de recibir ayuda exterior, agotaron sus alimentos y se rindieron por hambre. Vereingetórix vistió su mejor coraza y cabalgó hasta César para postrarse a sus pies con gesto ritual de sometimiento. César lo envió a Roma, donde permaneció seis años en la prisión Mamertina en espera de ejecución, hasta que César tuvo ocasión de celebrar su triunfo.

Alesia es ahora un despoblado muy visitado por turistas en cuyo centro se alza una impresionante estatua de Vereingetórix mandada erigir por Napoleón III.

La caída de Alesia hubiera sido un broche de oro ideal para la conquista de las Galias. César esperaba regresar a Roma con los laureles de la victoria recién cortados para capitalizar su triunfo. El momento era delicado porque sus proyectos políticos lo reclamaban urgentemente en la urbe. Desgraciadamente las cosas se complicaron. La derrota de Vereingetórix acabó con la federación gala pero no con la voluntad de resistencia de algunas tribus que siguieron haciendo la guerra a los romanos. César tuvo que aplazar su viaje una y otra vez para acudir a sofocar las esporádicas rebeliones. Hay que imaginar que se lo llevaban los diablos. Mientras sus enemigos medraban en Roma, él tenía que permanecer en el lodazal galo, atado de pies y manos por aquellos recalcitrantes bárbaros. A veces desahogó su ira tratando a los vencidos con innecesaria crueldad. Por ejemplo, en Uxellodunum, Dordogne, una fortaleza rebelde a cuyos defensores hizo cortar las manos. O quizá fuera una crueldad calculada para persuadir a otras fortalezas rebeldes a rendirse sin resistencia.

CAPÍTULO SÉPTIMO

El paso del Rubicón

Mientras César conquistaba las Galias, en Roma la situación política y social se iba deteriorando de día en día. En aquel peculiar sistema electoral, el pucherazo había estado siempre a la orden del día, pero en ausencia de César se alcanzaron unas cotas de corrupción tales que ni los más viejos del lugar recordaban nada semejante: el soborno, el cohecho, la amenaza y los piquetes se habían adueñado de la escena política.

Al lector memorioso le sonará el nombre de Clodio. Fue el sujeto que protagonizó páginas atrás un sonado incidente cuando se coló disfrazado de mujer en la fiesta de Bona Dea que se celebraba en casa de César. Aquel turbio asunto había obligado a César a repudiar, por el qué dirán, a su esposa. Era de esperar que César guardase rencor eterno al pelagatos. Nada de eso. El magnánimo César perdonaba fácilmente, sobre todo si tenía buenos motivos para hacerlo. Y los tenía: podía servirse de aquel crápula para deshacerse de Cicerón, que se estaba convirtiendo en su principal adversario en el Senado. Ya se sabe que las conveniencias políticas hacen extraños compañeros de viaje e incluso de lecho.

Clodio pertenecía, por nacimiento, a la clase patricia. Aunque estuviera completamente desprestigiado entre los de su clase, por sinvergüenza y amoral, de acuerdo con la ley seguía siendo patricio. Esto significa que podía optar al **cursus honorum** pero le estaba vedado el tribunado de la plebe. César le allanó el camino para que pudiera ser transferido a la plebe haciéndolo adoptar por un plebeyo. Se trataba tan sólo de una argucia legal que le permitía cambiar de clase, como el que cambia de camisa, a fin de aspirar al cargo. El plebeyo era veinte años menor que Clodio y sólo fue su padre adoptivo el tiempo que duró la ceremonia. Luego cobró la gratificación convenida por sus servicios y emancipó a su efímero hijo, ya legalmente integrado en la plebe.

Clodio se presentó para tribuno y obtuvo el cargo, con la ayuda de César, en el año 58. Inmediatamente impulsó la extensión de la seguridad social a mayores sectores de la plebe urbana para hacerse con una fácil clientela política de los paniaguados. Luego, sintiéndose fuerte, dio en perseguir sañudamente a sus enemigos. Su primer objetivo fue Cicerón. Desempolvó el asunto de las ejecuciones sumarísimas de ciudadanos romanos que el antiguo cónsul había aprobado durante la conspiración de Catilina y con este pretexto solicitó la cabeza del orador. Aparte de la acción legal en la que quizá Cicerón, como primer abogado de Roma, podía salir bien librado, Clodio recurrió a artimañas del peor estilo. Enviaba sicarios para que insultasen a Cicerón en la vía pública y agrediesen a sus sirvientes o le incendiaran la casa. Incapaz de soportar aquel acoso, el gran orador optó por abandonar Roma y

refugiarse en su finca del Epiro, donde se mantuvo reprimiendo nostalgias y escribiendo muchas cartas, hasta que sus amigos organizaron una campaña para reclamarlo y consiguieron que regresara, en el año 57. Para entonces Clodio había perdido gran parte de la popularidad que obtuvo al principio de su magistratura con los repartos de trigo.

La **nobilitas** necesitaba urgentemente un nuevo campeón y Pompeyo creyó que, si apoyaba al Senado, éste dejaría de entorpecer su carrera política. El Senado aceptó el trato y le concedió un mandato proconsular de cinco años encomendándole el cada vez más imprescindible abastecimiento de trigo a Roma. Lo primero que hizo Pompeyo fue contrarrestar a Clodio con sus propios métodos y encomendó el trabajo sucio al tribuno Annio Milo Papiniano. Con ello la pugna entre la **nobilitas** y los populares subió de tono y comenzó a parecer una larvada guerra civil. La noche romana, disputada por las dos bandas armadas, se teñía de sangre.

En el año 54 los cuatro candidatos al consulado fueron acusados de corrupción. Los enfrentamientos se recrudecieron durante los años siguientes, hasta que en una de las refriegas los esbirros de Clodio incendiaron la casa de Milo, y la banda de Milo asesinó a Clodio en plena vía Apia. Los **gangsters** no tuvieron en cuenta que su magistratura tribunicia le confería inviolabilidad.

Había que calmar a la enfurecida plebe. Milo Papiniano fue juzgado y, aunque lo defendió el mejor abogado de Roma, es decir, Cicerón, resultó condenado a largo destierro en Marsella. Por cierto que cuando Cicerón le envió el texto de su defensa, ya adobado con las convenientes correcciones de estilo, Milo le respondió con amarga ironía: «Ay, Cicerón, si hubieras dicho ante el tribunal todo lo que me escribes no estaría yo ahora aquí, comiendo pescado». Se ve que este Milo prefería un recio solomillo al delicado rodaballo.

La desaparición de Clodio no hizo sino precipitar la descomposición política de la ciudad. Los desórdenes que sucedieron fueron de tal magnitud que el alarmado Senado nombró a Pompeyo **cónsul sine collega**, es decir, dictador. Esto ocurría en el año 52.

No eran buenas noticias para César, quien, mientras tanto, permanecía retenido, muy a su pesar, en el avispero galo. Nuestro hombre examinó la situación: Craso había desaparecido y Pompeyo, en pleno idilio con los **optimates** (incluso se había casado con la hija de uno de los más relevantes) se había adueñado de Roma y le estaba segando la hierba bajo los pies en connivencia con el Senado.

La labor de Pompeyo como **cónsul sine collega** fue radical y efectiva. Ocupó militarmente la ciudad, erradicó la violencia con una violencia mayor que acabó con las bandas y devolvió a Roma una estabilidad como no disfrutaba desde hacía años.

César seguía atentamente la evolución de la política romana. La alianza de Pompeyo con el Senado no le presagiaba un futuro halagüeño. Mientras fuera procónsul estaba a salvo, pero cuando su magistratura expirara quedaría a merced de sus adversarios y podría ser procesado y condenado con cualquier pretexto. Por lo

tanto decidió asegurarse la obtención de otra magistratura **cum imperium** que prorrogara su inmunidad. Un consulado podía ser el seguro de vida perfecto.

César, nuevamente cónsul, hubiese podido reconducir el partido de los populares y adueñarse del poder, máxime con el prestigio ganado en las Galias, pero sus enemigos del Senado no dormían y se adelantaron a su maniobra modificando la ley para dejarlo desprotegido. En adelante los magistrados salientes tendrían que esperar cinco años antes de volver a ejercer puestos en la administración provincial. César quedaba otra vez a la intemperie. Podría ser juzgado y condenado en cuanto expirara el período de su magistratura.

El 7 de enero del 49 el Senado ordenó a César que licenciara sus tropas y regresara a Roma como ciudadano particular. Si desobedecía lo declararían proscrito.

Le tocaba mover sus piezas.

Los hombres de César en Roma se pusieron en movimiento. Dos tribunos de la plebe, Marco Antonio y Quinto Casio Longino, huyeron de la ciudad y se refugiaron en el campamento de César proclamando que sus vidas corrían peligro en la urbe. ¡Los legítimos representantes del pueblo romano huían del Senado y de Pompeyo!

Aquel episodio, fuera espontáneo o calculado, suministraba a César un pretexto ideal para intervenir. Si invadía Italia no lo haría movido por sus ambiciones personales sino solamente para proteger y salvaguardar los derechos sacrosantos de los tribunos de la plebe, representantes de la soberanía del pueblo, amenazados por el Senado.

César no sólo contaba con el apoyo de una parte importante del pueblo romano. Estaba además respaldado por un ejército curtido por diez años de incesantes combates. Sus legionarios lo adoraban y estaban dispuestos a seguirlo hasta el fin del mundo. Políticamente se sentían más vinculados a él que a Roma: casi todos ellos procedían de la Cisalpina, una región que debía la ciudadanía romana a su gestión personal. Sólo uno de los generales de César, Tito Labieno, no vio claro el asunto y prefirió ponerse del lado del Senado. César, caballerosamente, le hizo llegar su equipaje y sus pagas atrasadas.

El 12 de enero César llegó al Rubicón, un riachuelo que marcaba el límite entre Italia y las Galias. Todavía estaba dentro de su jurisdicción, pero si cruzaba a la otra orilla equivaldría a declararle la guerra al legítimo gobierno de la República y al Senado. Probablemente había tomado su decisión días antes, pero, no obstante, buscando señales del cielo en el trance más decisivo de su vida, hizo soltar una manada de caballos, un antiguo rito para incitar a la divinidad a manifestar su voluntad, y esperó la señal divina que había de producirse. Aguas abajo, unos legionarios descubrieron a un mancebo alto y hermoso que tocaba un caramillo junto a la rumorosa orilla. Cuando se le acercaron, el desconocido se levantó de pronto y, asiendo la trompeta que llevaba uno de los soldados, cruzó el río alegremente tocando paso de carga. ¡La señal estaba clara! Aquella angélica aparición era un mensaje de los dioses: invitaban a César a invadir el suelo italiano. Uno, que es escéptico por

naturaleza, no puede dejar de pensar que a lo mejor todo estaba preparado para disipar los últimos escrupulillos de la supersticiosa tropa. Piénsese que, en términos modernos, lo que se disponían a hacer era dar un golpe de Estado contra el gobierno legítimo.

La arenga de César en aquella ocasión es famosa: «¡Adelante! Nos reclaman los dioses y la injusticia de nuestros enemigos. ¡La suerte está echada!». Estas últimas palabras, dichas en latín, **alea jacta est**, eran las que solían acompañar al lanzamiento de dados en los ocios del campamento. Han tenido gran fortuna y forman hoy parte del bagaje cultural de Occidente, junto con la expresión pasar el Rubicón, en su equivalencia de tomar una decisión trascendente.

Los dados del Rubicón estuvieron rodando durante cuatro años. Fue una larga y sangrienta guerra civil que terminó de decidir no sólo los destinos de Roma sino también los de Occidente. Dos colosos estaban frente a frente: César, rebelándose en nombre del pueblo, y Pompeyo, encamando la legalidad representada por un Senado cicatero y copado por **optimates** que sólo servían a sus intereses de clase. Las fuerzas parecían desiguales: Pompeyo disponía de más de cincuenta mil hombres; César, tan sólo de unos seis mil, pero contaba con la popularidad de su causa y con que muchos italianos y romanos pasarían a sus filas a la menor ocasión. Por otra parte, un Pompeyo retirado de las armas desde hacía doce años y al frente de un ejército bisoño no era rival para su genio militar ni para sus veteranos de las Galias. Pompeyo lo sabía, así que cedió terreno, desamparó Roma y se replegó hacia el sur. La retirada de Pompeyo provocó una desbandada de senadores y **optimates**. Ninguno era tan loco como para permanecer en Roma esperando que César la ocupara y desvelase sus intenciones. Era más sensato poner tierra por medio, por si acaso. El recuerdo de las sangrientas represiones de Mario y Sila estaba todavía fresco en la memoria de la ciudad.

Los fugitivos, como rebaño en busca de pastor, siguieron a Pompeyo y se trasladaron con él a Grecia. Allí se sintieron relativamente a salvo: César no disponía de barcos.

César se adueñó de toda Italia en un paseo militar que duró tres meses. Entró en Roma el 16 de marzo, dejando respetuosamente a sus tropas fuera del **pomeranium**. Aunque era el amo virtual de la ciudad, no tenía inconveniente en respetar las añejas leyes republicanas siempre que no estorbaran a sus intereses. Por eso, cuando el tribuno de la plebe L. Metelo le interpuso su veto para evitar que confiscara el tesoro de la ciudad, guardado en los sótanos del templo de Neptuno, se le quedó mirando fijamente y le dijo: «Me resulta más fácil hacerte degollar que advertirte de que puedo hacerte degollar». L. Metelo comprendió que hablaba en serio y retiró el veto. César necesitaba aquel tesoro para sufragar los cuantiosos gastos de la guerra que se avecinaba.

Después de esto, el general sólo permaneció en Roma por espacio de una semana, durante la cual dictó oportunas y populares medidas sobre el gobierno y el

aprovisionamiento de la urbe, y dejándola bien guardada prosiguió su triunfal campaña.

Italia pertenecía a César, pero el Senado disponía de tres ejércitos en Albania, Sicilia y España, mandados respectivamente por Pompeyo, Catón y Afranio. ¿Por cuál empezar? Decidió comenzar por España, territorio proconsular de Pompeyo.

En España

César se dirigió a España por tierra, pero al llegar a Arles tuvo que detenerse y construir doce naves para bloquear Marsella, que se había rebelado y obedecía a un gobernador pompeyano.

Pompeyo contaba con muchos partidarios en España, especialmente en la Citerior, donde, como quedó dicho en su momento, había ganado la amistad de muchos caudillos indígenas durante su campaña contra Sertorio. Un general pompeyano, Afranio, se había establecido en la Citerior con tres legiones; otros dos oficiales, Petreyo y Varrón, mantenían dos legiones cada uno a ambos lados del Guadiana. En total siete legiones que sumaban unos setenta mil hombres, de los que quizá un tercio eran españoles.

Además Pompeyo había enviado a España a otro oficial, Vibulio Rufo, con instrucciones de cortar el paso de su oponente en los Pirineos, pero César, adelantándosele, apresuró la marcha de las tres legiones que había dejado acantonadas en Narbona y las hizo cruzar los Pirineos antes que las tropas pompeyanas pudieran interceptarlas. Siempre se adelantaba a los movimientos de su enemigo: ése era uno de los secretos de sus éxitos. Mientras tanto Petreyo unió sus dos legiones a las de Afranio.

Las tropas de César estaban ya en España. Los generales pompeyanos pensaron en establecer una segunda línea en el Ebro, pero cometieron la torpeza de concentrar sus efectivos en Ilerda (Lérida), donde no pintaban nada.

Fabio, el legado de César, estableció su campamento al norte de Ilerda y esperó la llegada de su jefe escaramuzando con los pompeyanos. César llegó en la primavera del 49 y se dispuso a pasar con sus tropas al otro lado del río Segre. Las aguas, crecidas con el deshielo, le arrastraron dos puentes, pero él no se amilanó e hizo cruzar a sus hombres en botes de piel con estructura de madera cuya construcción había aprendido en Gran Bretaña. Aunque parezca mentira, se trata de embarcaciones sólidas y capaces. En una de ellas, se supone que san Brandán alcanzó tierras americanas anticipándose en unos siglos a los vikingos y más todavía a Colón. Los irlandeses las llaman **curragh**.

Parecía que César estaba dispuesto a tomar la iniciativa y a demostrar quién mandaba en la Península. Cautamente, algunos pueblos le enviaron legados con promesas de amistad y los indígenas comenzaron a desertar de las filas pompeyanas para pasarse a las suyas.

Mientras tanto, los generales de Pompeyo, encerrados en Ilerda, habían perdido por completo la iniciativa. Después de algunas vacilaciones pensaron que mejorarían su posición si se trasladaban un poco al sur, pero César cruzó nuevamente el Segre, les cortó el paso en las proximidades de Mayals, antes de que alcanzasen el Ebro, y los obligó a regresar a sus posiciones de Lérida. Cundía el desánimo entre los pompeyanos, las desertiones menudeaban y los depósitos de intendencia estaban casi exhaustos. Afranio, comprendiendo que estaba acorralado, se rindió incondicionalmente y licenció a sus tropas.

César había vencido en el norte pero todavía quedaba el ejército pompeyano del sur, las legiones Segunda y Vernácula al mando de Varrón, y la escuadra fondeada en Cádiz. César se dirigió al sur en un paseo triunfal. Las ciudades por donde pasaba expulsaban a las guarniciones pompeyanas y lo recibían con guirnaldas. Finalmente la legión Vernácula, integrada por elementos hispanos, cambió de bando y se pasó en masa a César.

Como en España quedaba poco por hacer, César embarcó en Cádiz (ciudad a la que entonces concedió la ciudadanía romana) con destino a Tarragona. Los últimos pompeyanos se quedaban sin trigo y se pasaban al ejército del vencedor.

César dejó la Península al cuidado de sus legados y continuó viaje hacia Italia con escala en Marsella, rendida por fin. Por cierto, al atravesar los Pirineos, por Le Perthus, pasó cerca del majestuoso monumento conmemorativo erigido por Pompeyo unos años atrás. César hizo erigir otro, pero de proporciones mucho más modestas. Ya se ve que las cualidades del propagandista no eran inferiores a las del guerrero.

César regresa a Italia

César fue elegido cónsul para el 48. Era de esperar que permaneciera en Roma ocupado en el gobierno de la ciudad y dejara pasar el invierno. Pero César, ya lo estamos viendo, era un hombre impaciente y solía actuar a contracorriente para sorprender al adversario. Pompeyo estaba al otro lado del Adriático. Se había fortificado con cinco legiones en el promontorio de Dirraquio (Durrés, en la Albania actual) y se sentía muy a salvo. ¿Por qué dejar pasar unos meses preciosos en los que Pompeyo robustecería su ejército con las tropas y los recursos que le enviaban sus aliados de Oriente?

En pleno invierno, César concentró tropas en Brindisi y, confiscando todas las embarcaciones de la región, se lanzó a cruzar el Adriático con veinte mil hombres en la desapacible noche del 4 de enero del 48. Cuando amaneció, la escuadra navegaba frente a las costas de Palaeste, a salvo de los navios pompeyanos y de los malos vientos invernales.

Cuando tuvo noticia de la osada acción de su enemigo, Pompeyo se mordió los puños. Había desaprovechado la oportunidad de aniquilarlo en la mar y ahora se le venía encima con dos tercios de sus efectivos intactos. Lo único que cabía hacer era

alertar a la escuadra para que impidiera el paso del tercio restante. Sólo consiguió mantener el bloqueo por espacio de dos meses. En marzo, Marco Antonio, el lugarteniente de César, consiguió cruzar el mar, sin novedad, con el resto de la tropa.

César había desembarcado a sus hombres en una región desolada donde le iba a ser poco menos que imposible proveerse del trigo necesario para mantenerlos. No obstante, actuó animosamente como si tuviera todas las bazas en la mano, e inmediatamente rodeó a las fuerzas de Pompeyo, aunque eran superiores a las suyas, con el acostumbrado terraplén de circunvalación, mayor aún que el construido en Alesia. Dada la accidentada configuración del terreno, fue una empresa titánica que ya entonces pareció a algunos la obra de un demente.

Mientras tanto, Pompeyo sólo pensaba que no le convenía enfrentarse a César en campo abierto, donde se impondría la superior calidad de las tropas adversarias. Por lo tanto prefirió esperar a que consumieran el escaso trigo que tenían y el hambre los obligara a interrumpir el asedio. Al fin y al cabo él no tenía problemas de aprovisionamiento, ya que continuaba recibiendo vituallas por mar.

Las previsiones del viejo zorro se probaron acertadas. La escuadra de Pompeyo el Joven barrió del mar a los barcos de César e impidió que éste recibiese trigo de Italia. Las reservas del general rebelde se agotaron rápidamente. En tales circunstancias le urgía actuar. Al llegar el verano, con las obras de circunvalación concluidas, planeó un asalto al campo de Pompeyo. Esta vez confluyeron varios errores que lo hicieron fracasar y Pompeyo consiguió romper el cerco cesariano por el punto más débil. César contraatacó vigorosamente, pero sus tropas fueron rechazadas y sufrieron casi mil bajas. Un desastre.

César comprendió que si se obstinaba en mantener el cerco sólo empeoraría su situación. Por tanto, levantó el campo y se dirigió a la región de Tesalia en busca del trigo que necesitaba desesperadamente.

Los **optimates** que acompañaban a Pompeyo, entre ellos doscientos senadores, estrategas de salón en su mayoría, lanzaron las campanas al vuelo: ¡habían derrotado a César; el poderoso César cedía terreno y huía delante de ellos! Ya estaban impacientes por darle la batalla decisiva en la que confiaban ganar fáciles laureles. Pompeyo, aunque bastante indeciso, porque sabía de milicia más que sus partidarios y conocía bien que César era duro de roer, no tuvo más remedio que ceder: lo siguió a la Tesalia y presentó batalla.

Batalla de Farsalia

El 27 de junio del 48 los ejércitos de César y Pompeyo situaron sus respectivos campamentos a unos cuatro kilómetros de distancia el uno del otro, junto a la orilla del río Enipeo, no lejos de Farsalia. Según la práctica militar romana, aquella noche circuló el santo y seña para el día siguiente. En el campo pompeyano «**Hercules invictas**»; en el de César, «**Venus Victrix**» (César se ponía bajo la protección de la

diosa familiar protectora de los Julios).

Cuando amaneció, los ejércitos se armaron y avanzaron pegados al río hasta un punto equidistante de los dos campamentos. Cuando estuvieron a sólo unos centenares de metros de distancia, se detuvieron y formaron las líneas. Pompeyo disponía de doce legiones de heterogénea procedencia, entre ellas siete cohortes de españoles. En total unos cincuenta mil infantes y siete mil jinetes. César, por su parte, tenía nueve legiones, unos veintitrés mil infantes y mil jinetes galos y germanos. El ala derecha de Pompeyo, formada por hispanos y orientales, se apoyaría en el río. Por este lado la movilidad de las tropas iba a ser mínima. En el cuerpo central colocó a las legiones sirias e italianas, y a su izquierda, en la zona más expuesta a un movimiento envolvente de César, situó a las legiones más veteranas, las que había recibido de las Galias dos años antes. En este punto concentró además a su abundante caballería, con instrucciones precisas de arrollar a la débil caballería de César y envolver a la infantería atacándola por la espalda. Así, las tropas de César quedarían entre dos fuegos.

César previo exactamente el plan de su enemigo y dispuso las contramedidas oportunas, fortaleciendo su caballería con infantería ligera, además de apostar una reserva de ocho cohortes cerca del flanco amenazado.

El de Farsalia fue un combate entre romanos. Es de suponer que los procedimientos de aproximación fueran los usuales. Primero avanzarían las ordenadas cohortes a paso de marcha. A una distancia prudencial se detendrían ambos ejércitos y comenzarían a desafiarse gritando (**clamore sublato**) tanto para enardecerse como para amedrentar al enemigo. Luego, a una señal de los oficiales que a su vez la recibían del general, las cohortes se lanzaban al ataque a paso de carga (**concursum**) hasta llegar a unos treinta pasos del enemigo, donde hacían un breve alto para arrojar sus **pila** en mortífera nube antes de lanzarse al cuerpo a cuerpo (**Ímpetus**).

Ésta era la táctica usual, pero Pompeyo, en Farsalia, intentó alterarla en su favor. Cuando los ejércitos llegaron a ciento treinta metros del objetivo, la acostumbrada distancia del inicio de la doble carga para chocar a medio camino, el veterano general prefirió dejar que los cesarianos cargaran en solitario. Quería endosarles el esfuerzo suplementario para que llegaran a él sin resuello después de haber cruzado todo el campo. También esto lo había previsto César. Su primera línea avanzó hasta el centro del campo y, una vez allí, se detuvo a descansar y realinearse. En aquel momento la caballería de Pompeyo atacó, pero la de César aguantó bien el impacto, reforzada como estaba por las ocho cohortes de la reserva, a las que César había dado instrucciones de blandir sus lanzas a la altura del rostro de los jinetes enemigos. El astuto general, tan ducho en los salones frecuentados por los elegantes como en los campos de batalla, sabía que en la caballería pompeyana militaba la flor y nata de la aristocracia romana e intuía que aquellos pisaverdes no estarían dispuestos a ganar sus laureles a costa de cicatrices que les afearan la cara.

Todo resultó como César había previsto. Después de un breve combate, la caballería pompeyana cedió el campo perseguida por la de César, circunstancia que aprovecharon las ocho cohortes auxiliares para atacar el flanco izquierdo de Pompeyo, rodeándolo. Tomados de frente y lateralmente, los pompeyanos titubearon y cedieron terreno. La presión de las tropas cesarianas aumentó. Al poco, sus adversarios dieron la espalda y huyeron dejando sobre el terreno entre seis y diez mil muertos, a los que cabe sumar veinte mil prisioneros. César solamente sufrió mil doscientas bajas.

Entre los muertos pompeyanos había muchos aristócratas romanos pertenecientes a las grandes familias de la urbe. César examinó con atención las listas en busca del nombre de Bruto y suspiró con alivio cuando supo que se encontraba entre los fugitivos que habían escapado con vida de la batalla. Recordemos nuevamente que César tenía motivos para sospechar que Bruto fuera hijo suyo, pues Servilia, madre del chico y hermanastra de Catón, era su amante cuando engendró al muchacho.

Pompeyo no se sintió seguro ni siquiera en su campamento fortificado. Al día siguiente prosiguió su huida, acompañado por su estado mayor, hacia una playa próxima donde lo esperaba una nave, con la que se trasladó a Anfípolis y después a Mitilene, donde lo aguardaban su esposa Cornelia y su hijo Sexto. Juntos prosiguieron viaje a lo largo de la costa asiática rumbo a Egipto, donde Pompeyo creía contar con buenos amigos, de los que no fallan en la adversidad.

CAPÍTULO OCTAVO

Fascinante Cleopatra

Pompeyo quería tomar el desquite, pero ello implicaba rehacer su ejército, adquirir trigo y alistar nuevas tropas, es decir, dinero, mucho dinero. ¿Dónde conseguirlo? Inmediatamente pensó en Egipto, cuyos reyes le debían el trono. Había llegado la hora de pasar factura por aquella vieja deuda. Fletó una galera siria y zarpó para Alejandría, siempre acompañado de Cornelia, su esposa.

Este es un buen momento para hablar de Egipto. Dos mil años atrás los egipcios habían desarrollado una cultura refinada cuyo máximo exponente fueron las grandes pirámides, pero a este esplendor sucedió una larga decadencia. El país fue conquistado primero por los persas y después por Alejandro Magno. A la muerte de Alejandro, Egipto correspondió a su general Tolomeo, cuyos sucesores poseyeron el trono hasta la incorporación de Egipto al Imperio romano, en tiempos de César.

El último descendiente directo de Tolomeo había dejado el reino en herencia a Roma. Esta ocurrencia, que puso al borde del infarto a los poderosos de la corte alejandrina, tuvo la virtud de actuar como revulsivo y obligarlos a deponer sus intrigas y banderías para tomar una decisión que asegurara sus puestos y prebendas: se apresuraron a elegir un nuevo rey. Como no había mucho donde escoger, echaron mano de dos bastardos del difunto Tolomeo IX y los elevaron a los tronos de Egipto y Chipre respectivamente. Corría el año 76 antes de Cristo. El nuevo rey de Egipto, Tolomeo XII, apodado **Auletes**, «el flautista», se casó con Cleopatra VI Trifena, probablemente hermana suya.

Este rey pelele, figura débil y patética, mero títere de Roma, engendró cinco hijos, a saber: Berenice, Cleopatra VII, Arsinoe, Tolomeo XIV y Tolomeo XV. Esta Cleopatra VII, también llamada **Thea Philopator**, es decir, «Diosa que ama a su padre», es la famosa reina de Egipto que fue amante sucesivamente de César y Marco Antonio. Había nacido en el año 69.

El testamento del último Tolomeo llegó a Roma cuando el primer triunvirato se hallaba vigente. Craso elevó su voz en el Senado para proponer que Egipto fuese incorporado al imperio como provincia y que su regencia se encomendase a su colega César. Pero el Senado, con Cicerón al frente, se opuso decididamente al plan: permitir que César, líder de los populares, metiera mano en las ingentes rentas de Egipto hubiese sido el suicidio político de los **optimates**. Mientras el Senado discutía la conveniencia de aceptar el regalo de Egipto, el nuevo Tolomeo sobornaba generosamente a muchos senadores para que dejaran estar la cuestión. Mientras tanto, el pueblo egipcio, abrumado de impuestos, se rebeló, y **el Flautista** tuvo que huir y refugiarse en Roma, a la propicia sombra del poderoso triunvirato.

El Flautista se hizo cargo de la situación. Craso nadaba en la abundancia pero

sus dos camaradas distaban mucho de ser ricos, particularmente César, que siempre andaba sin blanca. Le fue fácil sobornarlos con la promesa de seis mil talentos de plata (la renta anual de su reino). Entonces César hizo aprobar la llamada «ley Julia sobre el rey de Egipto», una declaración oficial que reconocía los derechos de Tolomeo al trono del país del Nilo y lo declaraba «amigo y aliado del pueblo romano».

Tolomeo, nuevamente encaramado en el trono, dejó las tareas de gobierno en manos de tres ministros: Aquilas, jefe del ejército; Teódoto, retórico griego y tutor de su primogénito, el joven Tolomeo, y Potino, un intrigante eunuco que cuidaba las finanzas.

Un poco antes de su muerte, en el año 51, Tolomeo **el Flautista** proclamó corregentes a sus hijos Cleopatra y Tolomeo XIII. Cleopatra tenía dieciocho años y su hermano, con el que contrajo matrimonio, diez.

Quizá al lector le extrañe que Cleopatra se casara con su hermano. El incesto dinástico fue una práctica común entre los faraones de los antiguos imperios egipcios. Los Toldmeos, aunque griegos de origen, no tuvieron inconveniente en adoptarla para continuar las costumbres del país. El incesto dinástico aseguraba hijos legítimos al trono. Dado que la realeza se transmitía por vía femenina, siguiendo una tradición matriarcal neolítica, el rey tenía que ser concebido por hijas de reyes. Esta monstruosa endogamia acarrea la degeneración genética de las familias que la practican. Costumbres similares se han visto en algunas casas reales europeas, entre ellas las de Austria y Borbón.

Por su formación y carácter, Cleopatra, aunque reina de Egipto, resultaba ser más griega que oriental. Era una mujer culta, desenvuelta e independiente. Cuando los ministros del **Flautista** se percataron de que la nueva reina tenía ideas propias y no se dejaría manejar, se apresuraron a urdir una conjura para destronarla y casar a Tolomeo XIII con Berenice, la hermana pequeña. Cleopatra, viéndose en peligro, huyó a Siria, pero no se dio por vencida: inmediatamente se puso a reclutar tropas para recuperar el trono.

A la llegada de Pompeyo a Egipto, el rey niño Tolomeo XIV y sus ministros no se hallaban en Alejandría sino en Pelusio, la plaza fuerte que guardaba la frontera oriental, donde pensaban derrotar al ejército sirio de Cleopatra, cuya aparición era inminente.

La llegada de Pompeyo en aquellas circunstancias no podía ser más inoportuna. Los ministros se reunieron en consejo. ¿Qué hacer? Pompeyo era un hombre prestigioso al que los Tolomeos debían mucho, pero después de su expulsión de Italia y de su derrota en Farsalia estaba acabado. Ahora bien, todavía retenía poder en Oriente y no se podía descartar que al cabo de un tiempo se volvieran las tornas, que derrotara a César y se adueñara nuevamente de Roma. No hacía falta ser muy avisado para comprender que Pompeyo venía a pedirles ayuda contra César. Si se la prestaban y vencía César, malo. Si se la denegaban y vencía Pompeyo, peor.

Teódoto, el sofista griego, propuso cínicamente una posible solución: «Un muerto no muerde. Matemos a Pompeyo y así nos aseguramos de que nunca va a gobernar Roma y, al propio tiempo, garantizamos la victoria de César, que nos quedará eternamente agradecido».

La galera de Pompeyo había anclado a unos cientos de metros de la costa. Los egipcios, convenido el plan, formaron la compañía de honores en la playa. El propio Aquilas, el ministro de la Guerra, salió al encuentro del ilustre huésped en una embarcación tan pequeña que resultaba imposible embarcar en ella escolta alguna. Pompeyo tuvo un mal presentimiento y preguntó, escamado, por qué no habían enviado una barca más espaciosa. «Es que hay poco calado y otra mayor no llegaría a la playa», lo tranquilizó Aquilas. Pompeyo no quedó muy convencido, pero tampoco estaba en situación de exigir mayores garantías. Resignado, se volvió hacia Cornelia, su esposa, y le recitó los conocidos versos de Sófocles:

*... y el que entró en la casa para ser príncipe
fue esclavo de ella aunque llegara libre.*

Luego subió al esquife acompañado tan sólo por un criado y su liberto Filipo. Aquilas se había hecho acompañar por dos antiguos oficiales romanos a su servicio, Lucio Septimino y Salvio. Mientras los remeros los acercaban a la playa, Pompeyo se quedó mirando al primero: «Tu rostro me resulta familiar. ¿Hemos sido compañeros de armas?». Septimino se limitó a asentir. Luego se produjo un incómodo silencio.

Llegaron a la orilla. Cuando Pompeyo se alzaba de su asiento para saltar a tierra, Septimino, situado a su espalda, le clavó su espada. Aquilas y el centurión Salvio lo apuñalaron también. Luego depositaron el cadáver sobre la arena, un esbirro lo decapitó y le arrancó el sello que llevaba en el anular de la mano derecha: un león que sostenía entre sus garras una espada.

La infortunada Cornelia presenció desde la galera el asesinato de su esposo y profirió un grito tan desgarrador que fue percibido desde la playa. Luego la galera levó anclas y huyó a mar abierto escapando de algunas embarcaciones egipcias que pretendían capturarla.

La muerte de Pompeyo debió de ocurrir a finales de setiembre. César, ignorante de lo sucedido, navegaba por el Mediterráneo rumbo a Alejandría, donde creía que se había dirigido el fugitivo. Cuatro días después, el dos o el tres de octubre, desembarcó en la capital egipcia. En ausencia de Tolomeo XIV, que se encontraba todavía en el campamento de Pelusio, César fue recibido por el ministro Teódoto, que creyó apuntarse un tanto en el favor de César al presentarle, ufano, la cabeza de Pompeyo. Craso error: ante el sangriento despojo de su enemigo, César se mostró consternado. A lo mejor hipócritamente, por parecerse a los héroes antiguos, puesto que, bien mirado, la desaparición de Pompeyo le allanaba el camino y le evitaba tener que matarlo él mismo, lo que le hubiera granjeado la perpetua enemistad de los

muchos romanos que admiraban y querían de veras a Pompeyo.

César tenía un talante conciliador y solía apiadarse de sus enemigos derrotados, así que liberó a los pompeyanos que Teódoto retenía en Alejandría y se ocupó de que las cenizas del difunto llegaran a su viuda. Cornelia las sepultó en el jardín de la villa de Pompeyo en Albano.

Después del patinazo de presentar a César la cabeza de Pompeyo, Teódoto comprendió que su carrera política estaba acabada. Curándose en salud, huyó de Alejandría y anduvo por diversas ciudades de Siria y Asia Menor durante unos años, hasta que cayó en manos de Bruto, que lo hizo crucificar.

Desaparecido Pompeyo, César sólo tenía un motivo, pero muy importante, para prolongar su estancia en Egipto: el dinero. Las últimas campañas militares lo habían dejado sin blanca y quería poner al cobro la vieja deuda de los seis mil talentos, más intereses por demora, que los herederos de Tolomeo **el Flautista** le adeudaban. Un negocio que se presentaba muy dudoso mientras Tolomeo XIII y Cleopatra estuvieran enfrentados en Pelusio.

Si lograba reconciliar a los hermanos, caviló César, se aseguraría la clientela de Egipto, ya camino de convertirse en el granero del Imperio romano, y además podría cobrar su deuda.

Nuestro romano se instaló cómodamente en el palacio real de Alejandría y convocó a Tolomeo XIII. Jugaba fuerte. Había llegado a Alejandría con mucho prestigio pero con escasas tropas, y se permitía actuar como si dominara la situación, presuponiendo que los egipcios lo obedecerían.

A los consejeros que regían los destinos de Egipto, la osada convocatoria del general romano debió de parecerles un insulto, pero eran cautos y optaron por obedecer. No convenía indisponerse con un hombre que se estaba convirtiendo en el amo virtual de Roma. El astuto Potino acompañó a Tolomeo XIII a la entrevista mientras Aquilas permanecía en Pelusio con el ejército.

Cleopatra sucede a César

Potino, el capado ministro de Hacienda, no contaba con que César retendría a Tolomeo en el palacio, custodiado por sus cuatro mil legionarios, en una hospitalidad que se parecía más a un arresto domiciliario. Entonces Cleopatra, en un golpe de audacia, se metió en la cama de César, el incorregible mujeriego, y lo catequizó para su causa por vía vaginal, ganando la partida a su hermano y a Potino. El episodio es bien conocido. Para burlar la vigilancia del palacio real, donde quizá su vida hubiese peligrado de ser descubierta antes de llegar a César, la reina se hizo conducir oculta en un revoltijo de ropa de cama o en el interior de una alfombra enrollada que su fiel y fornido sirviente, el siciliota Apolodoro, llevó en su barquilla hasta el atracadero de palacio y luego cargada sobre su hombro hasta los aposentos ocupados por César. El siciliano depositó a los pies de César el presente, tiró de un extremo y Cleopatra

apareció deslumbradora en su belleza. Ya lo dice Dión Casio: «Cleopatra era muy hermosa y estaba en la flor de la dulzura, y nadie podía sustraerse a su encanto. Su presencia y sus palabras causaban tan profunda impresión que hasta el hombre más frío y menos aficionado a las mujeres quedaba preso en sus redes». Algunos autores, los que no hablan de su encuentro con el joven Pompeyo años antes, suponen que Cleopatra entregó su virginidad a César aquella misma noche. Vaya usted a saber. La chica tenía ya veintidós años y es poco probable que en el ambiente libre y culto de Alejandría una muchacha se conservase hasta tal edad.

Es posible que el lector tenga una imagen algo equivocada de Cleopatra, la que ha recibido a través del cine. Las Cleopatras cinematográficas Theda Bara, Claudette Colbert, Rhonda Fleming, Sofía Loren, Lynda Cristal y Liz Taylor tienen en común que han ido encarnando en cada época el ideal femenino de belleza y seducción. Todas han dado la imagen de una mujer moderna amante del lujo y de los placeres, una mujer que ignora que el sexo sea pecado, y de los más gordos, y goza de él con fruición ninfomaniaca. La Cleopatra histórica fue totalmente distinta. En realidad permaneció soltera durante más de la mitad de su vida y sólo estuvo unida sentimentalmente a dos hombres; primero a Julio César, con el que convivió unos doce meses como máximo, y después a Marco Antonio, cuyo lecho compartió durante seis años, de los que se podrían descontar las frecuentes ausencias que la guerra o la política imponían al romano. A los dos fue fiel. No contamos, porque es dudoso que se consumaran, sus dos matrimonios oficiales con sus hermanos, mozaletes muertos a los catorce y dieciséis años respectivamente.

Otro mito que conviene disipar es el de la irresistible belleza de Cleopatra. Las Cleopatras cinematográficas, y las pictóricas que las precedieron, han sido, todas ellas, muy bellas y sensuales, pero la Cleopatra real fue más bien, hasta donde podemos deducirlo, una mujer corriente, si acaso algo por debajo de la media, feílla y ósea y seguramente morena, con la tez de un tono oliváceo claro.

En una moneda que representa a Cleopatra en su juventud observamos que la chica tenía los ojos y la boca grandes, la cara huesuda, la barbilla prominente y el pelo recogido en un moño en la nuca. Aparte de las monedas, no se conoce ninguna imagen cierta de Cleopatra. Plutarco, que la describe a doscientos años de distancia, asegura que físicamente era corrientilla. ¿Y la famosa nariz? Pascal, en sus **Pensamientos**, escribió una frase enigmática que desde entonces se ha repetido mucho: «**Le nez de Cléopâtre: s'il eût été plus court, toute la face de la terre aurait changé.**». En las monedas la famosa nariz resulta más bien fea: grande y aguileña, de dilatadas alas.

En un relieve del templo de Hathor en Denderah (Alto Egipto) Cleopatra se nos representa de cuerpo entero, enfundada en traje de lino que marca todas sus formas como si estuviera desnuda. Si diéramos crédito al relieve resultaría una mujer de bien torneados muslos y pechos pugnaces, algo culibaja pero atractiva. Lo malo es que este relieve ofrece escasa confianza. Está hecho en el estilo poco naturalista de los

antiguos egipcios y es dudoso que se trate de una representación fiable del cuerpo de la reina tal como era.

Es Plutarco el que, hablando de oídas, ofrece la descripción más cumplida de Cleopatra: «Su belleza no era tal que deslumbrase o que dejase suspensos a los que la veían, pero su trato tenía un atractivo irresistible, y su figura, ayudada de su labia y de una gracia inherente a su conversación, parecía que dejaba clavado un agujón en el ánimo. Cuando hablaba, el sonido mismo de su voz tenía cierta dulzura, y con mayor facilidad acomodaba su lengua, como un instrumento de muchas cuerdas, al idioma que se quisiese: usaba muy pocas veces de intérprete con los bárbaros que a ella acudían, sino que a los más les respondía por sí misma, como a los etíopes, trogloditas, hebreos, árabes, sirios, medos, partos. Dícese que había aprendido otras muchas lenguas, cuando sus antecesores, los otros Tolomeos, ni siquiera se habían molestado en aprender la lengua egipcia».

La gran arma de Cleopatra no fue, pues, la belleza sino su simpatía y su don de gentes, su cultura y su habilidad diplomática. Lo confirma otro romano, Dión Casio, nada sospechoso de favorecerla indebidamente: «Cleopatra, por su forma de hablar, parecía que conquistaba a su interlocutor».

«Hay diez maneras de agradar —escribió un historiador antiguo—, pero Cleopatra conocía mil». La reina de Egipto ganó a sus amantes por la delicadeza de sus sentimientos, su femineidad y su conocimiento de la naturaleza humana.

Junto a esa Cleopatra encantadora, la historia nos presenta también a una mujer depravada y caprichosa, cruel y extravagante, a una ninfómana esclavizada por sus apetitos, a la reina prostituta (**Regina Meretrix**) capaz de las mayores bajezas, a la mujer devoradora que pervirtió a los grandes hombres de Roma, primero a Julio César, después a Marco Antonio, apartándolos de su alta misión y arruinando sus vidas. Otros historiadores, por el contrario, nos retratan a una Cleopatra modelo de esposa, abnegada y fiel hasta la muerte, «la más ilustre y sabia de las mujeres, grande por ella misma, por sus logros y por su valor», como la llama el obispo Juan de Nikiu.

Regresemos ahora a la fascinante egipcia que sale de la alfombra ante los asombrados ojos de César. ¿Qué hay de cierto en el episodio de la alfombra? Probablemente nada. Seguramente fue inventado por los romanos para demostrar que Cleopatra no vacilaba en prostituirse para lograr sus ambiciosos objetivos. Parece más lógico pensar que César convocara a los dos hermanos enfrentados para reconciliarlos y de paso presentarles factura por la deuda paterna. En cualquier caso sus gestiones no obtuvieron el resultado apetecido. Incluso podría ser cierto que Tolomeo, al saber que el romano pretendía que volviera a compartir el trono con su hermana, incurriera en una rabieta de niño mal criado y se arrancara la corona de la cabeza.

El ministro Potino, abrumado por las pretensiones de César, decidió eliminarlo. Para ello hizo regresar a Aquilas con el ejército de Pelusio. César se alarmó. Con los

cuatro mil legionarios de que disponía difícilmente podría hacer frente a los veinte mil infantes y dos mil jinetes del ejército egipcio, a los que sin duda se sumaría una multitud de milicianos civiles, porque los alejandrinos, en torno al millón, le eran mayoritariamente hostiles. No obstante, como el experto jugador que sabe ir de farol, prosiguió la partida sin descomponer el gesto y envió un legado para conminar a Aquilas a detener su avance. Aquilas decapitó al mensajero en el acto. La máscara deuntuosa diplomacia oriental había caído dejando al descubierto el rostro cruel y oportunista de la camarilla egipcia. César lo comprendió: su último farol no había resultado. Tenía que prepararse para dirimir el asunto con las armas en la mano.

A primeros de noviembre la población de Alejandría salió a la puerta de Cánope para aplaudir la llegada del ejército egipcio. El romano, atrincherado en el palacio real, estaba cercado. Ni siquiera podía escapar por mar porque los vientos soplaban contrarios.

César retenía al joven Tolomeo, cuyo ejército sitiaba el palacio, y era amante de Cleopatra, hermana y esposa del prisionero. Parecía aconsejable templar gaitas. El romano, conciliador, dispuesto a conseguir la paz por vía diplomática, reunió en asamblea a los notables de Alejandría para leerles el testamento de Tolomeo **el Flautista**. Incluso prometió devolver la isla de Chipre a Egipto para que fuera gobernada conjuntamente por el hermano menor, Tolomeo XIV, y su hermana Berenice.

Los egipcios se habían crecido tanto que rechazaron la oferta. Contaban con una abrumadora superioridad militar y dominaban toda Alejandría y el muelle occidental, el Eunosto, mientras que los romanos sólo tenían el palacio, el muelle de oriente y la isla de Faros.

César, agotada la vía diplomática, pasó a la militar. Comenzó por ejecutar a Potino, al que responsabilizaba de todo lo que estaba ocurriendo. Luego se dispuso a resistir un largo asedio hasta que le llegaran los refuerzos que había solicitado de su amigo Mitrídates de Pérgamo. Había que tener paciencia. El camino desde Asia Menor y Siria era largo y los refuerzos podían tardar meses en llegar.

En este punto dejemos a los contendientes con las armas en alto y echemos un vistazo a la ciudad de Alejandría, porque conviene obtener una cabal visión del escenario en que se va a desarrollar la que los historiadores han llamado, quizá excesivamente, «la guerra alejandrina».

Alejandría, la ciudad

Alejandría, la urbe fundada por Alejandro Magno en la desembocadura del Nilo, era, sin lugar a dudas, la ciudad más hermosa y cosmopolita del mundo con su población cercana al millón de habitantes de heterogéneo origen: egipcios, griegos, persas, armenios, judíos, sirios, nubios y árabes. Era una ciudad de anchas calles empedradas y rectas, de suntuosos palacios, de hermosos templos y edificios

públicos, de bien trazados barrios con casitas familiares de estilo griego o bloques de vecinos de varias plantas. Sus puertos eran frecuentados por barcos del Nilo con cargas de trigo y papiro. Frente a la costa estaba la isla de Faros, con la famosa torre de señales que ha dado nombre a los faros en español y otros idiomas. El faro, una de las siete maravillas del mundo, tenía más de ciento veinte metros de altura. Una estatua situada en lo alto giraba durante el día para señalar la trayectoria del sol; otra apuntaba la dirección del viento; una tercera anunciaba las horas y una cuarta daba la alarma si aparecía alguna flota enemiga. Lástima que no haya quedado nada de todo ello. La torre fue destruida por un terremoto y los mamelucos acabaron de arrasar sus restos en el siglo XIII. En su solar se levanta hoy el castillo de Qaitbey, de finales del siglo XV.

La isla de Faros estaba unida a la ciudad por un espigón llamado **Heptastadion** (es decir, «siete estadios», lo que equivale a 1176 metros). A un lado del malecón quedaba el puerto de Eunosto o «feliz regreso» y al otro el gran puerto, dentro del cual estaba a su vez la islita llamada Antirodas y el puerto real, en un extremo del promontorio Loquias, al pie del palacio real.

El visitante podía subir al Paneo, un montículo artificial desde el que se podía contemplar una panorámica sobre la ciudad, para extasiarse contemplando sus templos y palacios, sus jardines y sus tribunales de justicia. Podía visitar famosos monumentos: el Sema, o panteón real, tumba de Alejandro Magno, tan venerada como la de Napoleón en París; podía asistir a conferencias y actos culturales en el gimnasio (también consagrado a ejercicios corporales, motivo por el cual concurría la afición para contemplar a los efebos desnudos). Estaba también la famosa biblioteca, donde se clasificaban y codificaban los conocimientos de la humanidad y se copiaban las obras literarias o científicas relevantes; y el museo, ministerio de mecenazgo de las artes y las ciencias, donde sabios competentes y hombres de letras se consagraban a las más dispares disciplinas.

Mantener una ciudad como ésta resultaba carísimo, pero Alejandría era también la más próspera del Mediterráneo, lonja de comercio de Europa, Asia y África, y feria permanente para el intercambio de productos procedentes de partes del mundo que se ignoraban entre sí. En sus almacenes se acumulaba el aceite y la vajilla griega, el marfil africano, el vino de Libia, el oro de Arabia, las especias de la India, así como los productos de la industria nacional, principalmente tejidos y papiros, vidrio, joyas, cerveza y muebles.

César, como otros romanos antes que él, se sintió subyugado por la belleza y esplendor de Alejandría, pero al ojo perito del general no escapaba la certeza de que Egipto era solamente un coloso con los pies de barro. De su pasada grandeza militar quedaba solamente un lejano recuerdo transmitido por las hiperbólicas inscripciones conmemorativas en los antiguos monumentos. Como dijo Arato de Sicione en el siglo n: «La riqueza egipcia, las escuadras, los palacios, no son más que farsa y aparato». Desde las altas terrazas del palacio sitiado, César contemplaba el atardecer sobre la

blanca ciudad y sentía que aquello pertenecía a Roma, le pertenecía a él.

Al principio, los sitiadores intentaron rendirlo por sed: contaminaron el agua del acueducto que abastecía el palacio, para echar a perder las reservas de las cisternas, y cortaron el suministro. Pero César hizo excavar pozos en la roca caliza hasta que dio con una vena de agua potable que lo sacó del apuro. También fracasaron los intentos de arrebatarse el muelle del palacio para incomunicarlo por mar.

César tenía buenos motivos para mantenerse a la defensiva, pero su costumbre era atacar y sorprender al enemigo anticipándose a sus posibles movimientos. Por lo tanto incendió la flota egipcia surta en el puerto, unos setenta barcos, para evitar que en su momento estorbara el desembarco de los refuerzos que estaba esperando. Lamentablemente el incendio se propagó a tierra y destruyó la biblioteca y el museo. La fabulosa biblioteca de Alejandría, el centro que atesoraba todo el saber de la antigüedad, quedó reducida a cenizas. Años después, Cleopatra la reedificaría y la dotaría con los doscientos mil volúmenes de la biblioteca de Pérgamo que le regaló Antonio. La biblioteca sufrió nuevas destrucciones en 272 y 295 después de Cristo. En 395, en tiempos del obispo Teófilo, fue brutalmente expurgada. No obstante, continuó funcionando, y tres siglos después volvía a contar con fondos estimables cuando los árabes conquistaron la ciudad en 641 y el califa Omar I ordenó que los preciosos manuscritos atesorados en sus anaqueles fueran destinados a calentar las calderas de los baños públicos. Como alguno de sus consejeros pusiera objeciones a la ejecución de tamaña salvajada, el ilustre espadón razonó con sutileza fundamentalista: «Si esos libros contradicen al Corán deben destruirse; si, por el contrario, coinciden con el Corán, son innecesarios. Por lo tanto podemos quemarlos».

César concibió un audaz plan para conquistar la isla de Faros. Sus soldados forzaron el paso del Eunusto y, tras reñida batalla naval con los egipcios, recobraron la isla y el Heptastadion, pero los egipcios contraatacaron con fuerzas superiores por el canal. Cogidos entre dos fuegos, los romanos hubieron de ceder terreno y consiguieron a duras penas romper el cerco y regresar al palacio. En la accidentada retirada César perdió la insignia de su dignidad, su valioso manto púrpura.

A pesar de sus éxitos parciales, la situación de los romanos era desesperada, con tendencia a empeorar. A poco Berenice, la hermana menor de Cleopatra, escapó de palacio con su tutor Ganimedes para unirse a los sitiadores y proclamarse reina. La nueva aspirante encontró cierta oposición en el general Aquilas y su estado mayor. Los generales preferían seguir siendo fieles a su hermano Tolomeo XIV, aunque estuviera prisionero de César. Entonces Ganimedes dio un golpe de Estado, asesinó a Aquilas y se hizo con el mando del ejército.

Así las cosas, un día de marzo del año 47, aparecieron en el horizonte los navios que traían refuerzos para César, la legión trigesimoséptima al mando de Domicio Calvino, procedente de Asia Menor. La flota avanzaba con dificultad venciendo vientos adversos. César aparejó las naves disponibles y salió a escoltarla.

César y Cleopatra eran amantes y ella esperaba un hijo del romano. Seguramente era un hijo deseado, al menos por Cleopatra. La reina, como todas las egipcias, conocía métodos para evitar un embarazo o para abortar, pero seguramente había decidido tener un hijo de César. ¿Maquinaba casarse con él? Esto no puede saberse. En cualquier caso César, que hasta entonces sólo pretendía reconciliar a los hermanos y poner al cobro la deuda del difunto rey, alteró su propósito inicial, que consistía en mantener estricta neutralidad, y comenzó a favorecer descaradamente a Cleopatra. Su primer movimiento fue desconcertante: en lugar de retener al joven Tolomeo, en cuyo nombre actuaban los sitiadores de palacio, lo puso en libertad para que regresara con sus partidarios. Fue una astuta decisión. Eliminar al rival de su amante mientras estaba en su poder hubiese resultado escandaloso. Si moría fuera de su tutela nadie podría acusarlo, ni acusar a Cleopatra, de asesinato. Por otra parte, el regreso de Tolomeo XIV al campamento sitiador, donde su hermana Berenice pretendía hacerse reconocer como reina, contribuiría a dividir a los egipcios.

Las esperanzas del romano no resultaron infundadas. A poco, Ganimedes desapareció de su campamento. ¿Lo habían asesinado con ocultación del cadáver o había huido?

A partir de entonces los acontecimientos se precipitaron. El rey Mitrídates de Pérgamo, al que César había solicitado refuerzos, llegó con sus tropas a la frontera de Pelusio, invadió Egipto y derrotó a las fuerzas que salieron a su encuentro en el camino de Menfis. Temerosos de verse cogidos entre dos fuegos, los generales de Tolomeo retiraron sus tropas de Alejandría para detener a Mitrídates antes de que alcanzara la capital. César, anticipándose a este movimiento, zarpó con la mayor parte de los suyos rumbo al este para que los espías enemigos creyeran que se dirigía a Pelusio. Pero en cuanto anocheció invirtió el rumbo y navegó hacia el oeste, desembarcó en lugar propicio y se reunió con Mitrídates al norte de Menfis.

El reforzado ejército de César derrotó al egipcio a orillas del Nilo. El joven Tolomeo se ahogó, lastrado por su pesada coraza de oro, cuando trataba de huir. César entró triunfante en Alejandría. Egipto estaba en sus manos. Si quería, podía anexionarlo al Imperio romano. El destino de Cleopatra, como el de todo el país del Nilo, dependía de su voluntad.

Pero César permitió que Egipto siguiera siendo lo relativamente independiente que había sido hasta entonces. ¿Lo hizo por favorecer a su amante o porque todavía no consideraba la situación suficientemente madura como para enfrentarse al Senado? Recordemos que el Senado prefería la independencia de Egipto a encomendar su administración a César, lo que hubiese acrecentado su poder hasta convertirlo en el virtual rey de Roma.

César entronizó a Cleopatra y nombró corregente al pequeño Tolomeo XIV, de once años, su otro hermano. Algunos historiadores ven en esta concesión el fruto de los refinamientos amorosos de la egipcia que hacía perder el seso a los hombres, pero ¿por qué no atribuirlo a la inteligencia y sentido político de la reina y no a su belleza

y seducción?

Después de la guerra parecía que César no tenía nada más que hacer en Egipto. No obstante demoró su partida dos meses y medio, según algunos para disfrutar del amor de Cleopatra, según otros por razones políticas o porque quería cobrar la deuda tolemaica. La verdad es que César necesitaba urgentemente aquel dinero para impulsar sus proyectos.

Alguien ha sugerido que quizá se casó con Cleopatra. Es dudoso, puesto que ni las leyes romanas ni las egipcias consentían la poligamia y César seguía legalmente casado con una romana. Los partidarios de la boda egipcia aducen como prueba cierta inscripción del templo de Hermointhis, cerca de Tebas: «El vigésimo año después de la unión de Cleopatra y Amón». ¿Creían los egipcios que César era la reencarnación del dios Amón? Muchos pueblos de la antigüedad, entre ellos los egipcios y los romanos, creían que los mortales pueden participar de los atributos divinos por nacimiento o por méritos. Ello explica que los reyes de Egipto fuesen descendientes de los dioses y que algunos romanos se consideraran también de estirpe divina. César estaba convencido de que su familia descendía de Afrodita. Tiempo atrás, en Efeso, había sido titulado «descendiente de Ares y Afrodita, Dios encarnado y Salvador de la Humanidad».

En cierto modo esta creencia de que un mortal puede participar de los poderes de los dioses se ha transmitido al cristianismo, por eso se rinde culto a santos que fueron simples mortales pero de los que se supone que pueden hacer milagros y obrar prodigios después de muertos, es decir, que tienen poderes divinos. Y ése es también el origen divino de las monarquías: la designación, por el propio Dios, de una familia, transmitida por la sangre, para regir graciosamente un país. Esta irracionalidad es la que justifica que teman emparentar con plebeyos y el empeñamiento en los matrimonios consanguíneos, con los desastrosos resultados que nos enseña la historia.

Aceptemos que César y Cleopatra vivieron un idilio, e incluso se embarcaron en un crucero de placer Nilo arriba, entre nubes de feroces mosquitos, como cualquier pareja moderna de recién casados, para conocer las maravillas del país de los faraones. Quizá no exactamente como cualquier pareja de turistas modernos: el equipaje de César y Cleopatra necesitaba, si concedemos crédito al historiador Apiano, unos cuatrocientos barcos de apoyo. Algunos creen que llegaron hasta Heliópolis, donde pudieron contemplar las pirámides y la esfinge, después de pasar por el santuario de Afrodita en Menfis, los lagos de sosa, la ciudad griega de Naucratis y la tumba de Osiris en Sais, el Santiago de Compostela de los egipcios. Otros creen que llegaron hasta Asuán, donde está la primera catarata, después de visitar Menfis, santuario de Apis, el toro, y Tolemaida. Incluso aseguran que hubieran proseguido remontando el Nilo de no ser porque las tropas estaban cansadas. Vaya usted a saber: quizá el presunto crucero de placer fue solamente una excursión de fin de semana que los historiadores han exagerado. El caso es que en cuanto César

regresó a palacio recibió noticias alarmantes. Famaces, rey del Ponto, había invadido la Pequeña Armenia y la Capadocia, había arrollado, en Nicópolis, a las legiones de Domicio Calvino y avanzaba por el Ponto pasando a cuchillo a los residentes romanos de los poblados conquistados. César no malgastó un minuto: envió tres legiones vía Judea y se apresuró a acudir a Asia Menor por vía marítima. Todos los pequeños reinos de Oriente, muchos de ellos satélites de Roma y tributarios suyos, estaban pendientes del conflicto. Si César no afirmaba su autoridad era fácil que todas aquellas tierras agregadas al imperio por Pompeyo se sacudieran el yugo romano.

César desembarcó en Antioquía y avanzó hacia Tarso y Capadocia, recogiendo por el camino soldados y guarniciones romanos y aliados. Cuando llegó al Ponto disponía ya de tropas suficientes para enfrentarse a Famaces. Los dos ejércitos se encontraron en las afueras de Zela el dos de agosto. Famaces se había fortificado en un cerro. César localizó en sus cercanías una pequeña eminencia que le podía servir de padastro. Por la noche envió tropas a ocuparla y fortificarla, cuidando aproximarlas por la zona desfilada. Cuando comenzaba a amanecer Farnaces descubrió las obras del enemigo, todavía inconclusas, y se apresuró a atacarlas. Sus tropas tuvieron que descender hasta el cauce seco de un arroyo antes de remontar la pendiente que conducía a los romanos, pero éstos, debidamente reforzados, los recibieron con una salva de proyectiles y se lanzaron contra ellos aprovechando la pendiente. Las tropas de Farnaces, concentradas todavía en el barranco, no pudieron desplegarse y resultaron arrolladas, de modo que César ganó la batalla casi antes de plantearla, tan inadvertidamente que aquella misma noche pudo escribir a su amigo Amancio: «Llegué, vi y vencí» (**Veni, Vidi, Vici**). Cinco días había durado la campaña.

¿Cuál iba a ser su movimiento siguiente? Estaba tan lejos de Cleopatra como de Roma. Es posible que en algún momento le apeteciera regresar al lado de su amante egipcia, que en su ausencia había dado a luz a un hijo varón al que impuso los nombres de Tolomeo Cesarión, es decir, **Pequeño César**.

César prefirió aplazar su regreso a Egipto y se dirigió a Roma, donde asuntos urgentes reclamaban su presencia. A su paso por Atenas una comisión de ciudadanos acudió a complimentarlo. No les llegaba la camisa al cuerpo porque habían apoyado la causa de Pompeyo durante la reciente guerra civil. César, siempre magnánimo, los tranquilizó: «Aunque merecéis la muerte, os concedo el perdón por respeto a la memoria de vuestros ilustres antepasados».

Mientras tanto, Cleopatra, en Alejandría, debió de sentirse satisfecha, como mujer y como reina, de haber tenido un hijo del hombre llamado a regir Roma y los destinos del mundo. A poco acuñó moneda, en la que se hizo representar amamantando a Cesarión y adornada con los atributos de Isis y de Afrodita. Isis y Afrodita podían identificarse en el panteón grecoegipcio pero, además, Cleopatra, por tener sangre real, era reencarnación de Isis y Cesarión descendía de Afrodita, como toda la **gens**

Julia, por parte de padre. Cleopatra puso sus esperanzas en aquel niño. También parece que lo identificó con el dios Horus. En el templo de Hathor, en Denderah (Alto Egipto), hay un relieve que muestra a Cleopatra y a Cesarión en figuras de Isis y Horus respectivamente.

Como la historia la han escrito los historiadores romanos enemigos de Cleopatra y a ninguno de ellos le interesaba que César tuviera descendencia (para congraciarse con Octavio, su heredero e hijo adoptivo), las fuentes hacen todo lo posible por silenciar la paternidad de César, pero Suetonio observa que Cesarión era la viva imagen del caudillo romano.

En Roma la violencia y los desórdenes habían vuelto a la calle a pesar de los esfuerzos pacificadores de Marco Antonio. Los soldados licenciados después de Farsalia se impacientaban y reclamaban las gratificaciones y repartos de tierras que les habían prometido. Cuando supieron que César había vencido en Zela y regresaba a Roma temieron que intentara llevarlos otra vez a la guerra. Ni siquiera se dignaron escuchar al enviado de César: el hombre tuvo que salvarse por pies cuando empezaban a lloverle las pedradas.

A poco, César llegó a Roma. Regresaba cargado de gloria pero sin un céntimo con que pagar a la tropa. Se enfrentaba a la desagradable perspectiva de un motín de sus mejores soldados. Soldados a los que, por otra parte, necesitaba para reducir a los pompeyanos que, mientras tanto, se habían hecho fuertes en África.

César fue a parlamentar con sus legiones. Desarmado y sin escolta, se internó entre la multitud enfurecida de los legionarios que abarrotaban el Campo de Marte. Allí estaban los veteranos de la famosa Décima Legión, el cuerpo romano más prestigioso, hombres curtidos en cien batallas que en otro tiempo adoraban a César y ahora lo maldecían. Encarándose con ellos les preguntó bruscamente: «¿Qué queréis?». «Queremos que nos licencies», respondió una voz. Y todo el ronco coro de la legión aulló: «¡Sí, sí, que nos licencie!».

«Muy bien: ¡os licencio!», respondió César.

Se hizo un silencio sepulcral. Los legionarios no daban crédito a sus oídos. Tenían entendido que César los necesitaba más que nunca, que venía a convencerlos para que lo acompañaran en una nueva campaña.

«¡Sí, os licencio!, **quirites** —insistió César—. En cuanto a la paga que os debo, prometo satisfacerla en cuanto regrese a Roma para celebrar mi triunfo con mi ejército».

Y les dio a entender que lejos de Roma disponía de suficientes legiones como para emprender la nueva campaña. No los necesitaba a ellos.

Los había llamado **quirites**, «ciudadanos», no **milites**, «soldados». Era la primera vez que se oían llamar así. Más que atender a sus justas reclamaciones, César, su amado general, los estaba expulsando del ejército. ¿Queríais licenciarnos? Pues ya estáis licenciados. Ya sois civiles. Su amado general, para el que tanta gloria habían ganado, el que había luchado con ellos codo con codo. Juntos habían soportado los

malos caminos, las nieves alpinas, los abrasadores veranos, las heladas madrugadas, habían compartido peligros y gloria... El que tantas veces los había conducido a la victoria, les daba ahora la espalda. No movía un dedo por detenerlos. Es más, quería quitárselos de encima.

Los amotinados llevaban meses reclamando licénciamiento y reparto de tierras, pero en el fondo muy pocos de entre ellos deseaban apartarse de las armas para convertirse en destripaterrones. Sólo sabían ser soldados.

Los curtidos veteranos de la Décima Legión estaban al borde de las lágrimas. «Nosotros somos **milites**, no **quirites**», protestaron. «¡**Milites, milites!**», corearon cientos, miles de gargantas.

Los que un minuto antes hablaban de asesinar a su general hacían protestas de fidelidad: lo seguirían al fin del mundo, ellos eran sus soldados invencibles.

César, ufano, se resistió todavía un poco y luego fingió ceder y se reconcilió con sus soldados. De una tacada había sofocado el motín y había recuperado un ejército que le era imprescindible para acabar con los pompeyanos de África. Sin soltar un céntimo.

CAPÍTULO NOVENO

¡África, te abrazo!

Después del paso del Rubicón y de la conquista de Italia, César había encomendado la ocupación de la provincia romana de África a su lugarteniente Curión. Después de tomar Sicilia, que fue abandonada por los pompeyanos sin combatir, Curión pasó a África con dos legiones y puso sitio a la ciudad de Útica. Todo le fue bien hasta que cometió la imprudencia de enfrentarse en inferioridad de condiciones al rey de Numidia, Juba I, aliado de los pompeyanos, en lugar de esperar el refuerzo de las otras dos legiones que había dejado en Sicilia. Su ejército fue aniquilado y él se dejó matar en combate. Esto ocurrió en agosto del 49. Al año siguiente César se sacó la espina de aquella derrota en Farsalia, pero en cualquier caso África seguía siendo una cuestión pendiente.

Después del descalabro de Farsalia muchos **optimates** arrojaron la toalla y desistieron de luchar, pero otros, entre ellos Cicerón, Catón, Escipión, Metelo y Pompeyo el Joven, mantuvieron erguida la antorcha de la guerra. Todavía estaban a tiempo, creían, de derrotar a César y recuperar lo perdido. Proseguirían la guerra en tres frentes distintos: en España, donde contaban con numerosos partidarios; en África, donde contaban con la amistad de Juba, rey de Numidia, y en el Mediterráneo, que Pompeyo el Joven dominaba con los trescientos barcos de su escuadra.

Desaparecido Pompeyo, faltaba por determinar quién heredaría la jefatura de las fuerzas. Algunos pensaron en Catón, cuya autoridad y probidad eran por todos reconocidas, pero Catón, siempre tan escrupuloso y observante de las normas, rechazó aquella responsabilidad. El mando militar, argumentó, correspondía al ex cónsul más antiguo, es decir, a Cicerón. Lo malo es que el gran orador sentía pavor por las armas y carecía por completo de aptitudes militares, así que se apresuró a declinar tan señalado honor argumentando que lo suyo era hablar. El mando recayó en Escipión, descendiente del ilustre general que había vencido a Aníbal, en aquellas mismas tierras africanas, dos siglos antes.

Mientras los pompeyanos hablaban y hacían planes, César reagrupaba su ejército y se procuraba los medios logísticos para transportarlo a África. En diciembre del 47 reunió en Sicilia diez legiones, cinco de ellas de veteranos, y las desembarcó en la bahía africana de Hadrumetum. Por cierto, al saltar a tierra César perdió pie y se dio una costalada en la arena, delante de la tropa formada. Los soldados eran muy supersticiosos y en circunstancias normales la caída del general hubiera constituido un pésimo augurio, pero César, hombre de rapidísimos reflejos, salvó la situación y supo transformar el accidente en señal de victoria: sin cambiar de posición extendió los brazos y exclamó: «¡África, te abrazo!».

César acampó en la península de Ruspina e ignoró la provocación del enemigo que vino a instalar sus ocho legiones en las proximidades. Durante unos meses, los dos bandos jugaron al ratón y al gato. César escurría el bulto sin comprometerse y daba largas. Sabía que el tiempo jugaba a su favor: mientras él continuaba recibiendo nuevas tropas vía Sicilia, los pompeyanos apenas podían mantener las frágiles alianzas de sus aliados africanos y sufrían un drenaje continuo de desertores que abandonaban su campo para pasarse al de César. Por otra parte, aplazando el enfrentamiento, César permitía que sus caballos galos se acostumbraran al olor y a los bramidos de los elefantes del enemigo. Escipión disponía de treinta elefantes de guerra y era presumible que durante la batalla decisiva los empleara como fuerza de choque para romper las líneas cesarianas. No vendrá mal recordar al lector que en aquellos tiempos todavía no se habían extinguido el **Loxodonta africana**, variedad **Cyclotis**, propio del norte de África. Este elefante mediterráneo de pequeña alzada (2,35 metros) fue el que Aníbal llevó a Italia a través de los Alpes. Entonces abundaba en el norte de África, desde Túnez hasta Marruecos. En tiempo de César ya escaseaban, y a poco se extinguieron. No debemos confundirlos con la otra especie africana aún existente, la de los circos, que procede de las estepas de África central y meridional, y alcanza hasta 3,40 de alzada. Una tercera especie, el elefante indio, es algo menor, de 2,90 metros de alzada.

A finales de enero, César disponía ya de treinta mil hombres, había eliminado al rey Juba y no tenía inconveniente en aceptar la batalla contra los pompeyanos, pero las operaciones se dilataron todavía por espacio de un mes, al término del cual César recibió otros cuatro mil legionarios de Sicilia. Con estas tropas se dirigió a Tapso, al suroeste de Cartago, la única ciudad costera que los pompeyanos retenían, y comenzó las acostumbradas labores de circunvalación para sitiar la plaza.

El ejército pompeyano no tardó en aparecer y César le salió al encuentro con sus tropas formadas de manera que las patrullas especializadas en combatir contra los elefantes quedaran equitativamente distribuidas entre sus dos alas. Eran tropas ligeras armadas de dardos y hondas con órdenes de concentrar el tiro sobre los mastodontes. La táctica constituyó un completo éxito porque los elefantes fueron presa del pánico y, dejando de obedecer a sus cuidadores, dieron media vuelta y huyeron hacia su retaguardia atropellando al ejército pompeyano. La victoria de César fue completa. Sólo le costó cincuenta muertos y a sus enemigos más de diez mil. El caudillo derrotado, Metelio Escipión, se suicidó con su espada en el mismo campo de batalla.

Después de Tapso, César conquistó fácilmente el resto de la provincia africana mientras los cabecillas vencidos huían. Catón puso a disposición de sus colegas los navios disponibles y, cuando se aseguró de que todos estaban a salvo, se suicidó clavándose su espada después de haber repartido sus pertenencias entre criados y amigos. El lector irá notando que los generales romanos derrotados tienen cierta propensión al suicidio. Esta era una vieja tradición, en cierto modo similar al **harakiri** japonés, aunque no tan ceremoniosa. El general romano derrotado «se

echaba sobre su espada», es decir, apoyaba la empuñadura en el suelo, con la punta a la altura del corazón y se dejaba caer. No siempre acertaba, claro. Por ejemplo, la muerte de Catón fue especialmente laboriosa. Los familiares aprovecharon que se había desvanecido para avisar a un médico que le vendó la herida, pero en cuanto el moribundo volvió en sí los despidió a todos y se arrancó los vendajes. Cuando se atrevieron a entrar en el aposento donde se había encerrado encontraron su cadáver con la cabeza apoyada en un ejemplar del diálogo platónico **Fedón**. César lamentó su muerte; al menos eso dio a entender cuando comentó: «No le perdono que no me haya permitido perdonarle».

Con Catón, desde entonces llamado «de Utica», moría no sólo el único hombre íntegro de Roma sino el último republicano.

Aniquilado en África el partido pompeyano, César regresó a Roma, sin prisas ya, y llegó cuando apuntaban los calores del verano del año 46. El Senado, domesticado y temeroso, legalizó la virtual dictadura del vencedor confiriéndole magistraturas extraordinarias: cónsul por cinco años y dictador perpetuo. Además lo autorizaba a usar el título de **Imperator**, que sería hereditario, y le otorgaba el derecho de designar la mitad de los funcionarios públicos, incluso los propios de la asamblea popular. Aparte de esto, lo declaraba intangible y le asignaba una escolta de setenta y dos lictores. Obrando desde dentro del sistema, y sin aparente conculcación de la legalidad, César había vaciado de contenido la pretura, la cuestura y la edilidad. En las sesiones del Senado tendría derecho a hablar el primero y dispondría de una silla de oro entre los cónsules. En el templo del Capitolio se colocó su estatua sobre un carro triunfal en cuya inscripción era alabado como semidiós descendiente de Venus.

Nominalmente Roma seguía siendo una República. El libre ciudadano romano execraba oficialmente la monarquía. Pero César, en mínimos detalles cotidianos, iba dejando entrever su proyecto de fundar una dinastía: no perdía ocasión de despreciar las devaluadas instituciones republicanas, usaba zapatos altos y manto de púrpura, tenía trono de oro en la cámara, en el tribunal y en el teatro, e ignoraba la cortesía de levantarse de su asiento en presencia del Senado. Al fin y al cabo, debía de pensar, la cámara era suya. Los senadores se habían convertido en la claqué del dictador.

En una fiesta nacional, un hombre, quién sabe si enviado por el propio interesado para sondear la opinión general, coronó la estatua de César con laurel atado con una cinta blanca. Cualquier romano medianamente instruido sabía que la cinta blanca era el antiguo símbolo de la realeza. De la multitud, quién sabe si aleccionada, se alzaron voces que lo aclamaron usando la vieja palabra tabú: *rex*, pero César, haciéndose de nuevas, corrigió: «No, no soy *rex* sino *César*». Los sucesores de César, ya reyes de Roma, nunca se atrevieron a usar el devaluado título real y prefirieron elevar el propio nombre de *César* a la categoría de título.

Volviendo a la anécdota de la coronación de la estatua con cinta blanca, César hizo expulsar al autor del espontáneo homenaje y aseguró que tales incidentes no eran sino ardides de sus enemigos para comprometerlo y demostrar que ambicionaba el

trono.

Así marchaban las cosas cuando, en octubre del año 46, Cleopatra llegó a Roma. La acompañaba su hermano y esposo, Tolomeo XIV, jovencuelo de trece años, y Cesarión, el hijo de César. No parece casual que Cleopatra llegara a tiempo de asistir a la celebración de los triunfos de César por sus campañas de los últimos diez años. Es posible que los triunfos fueran el pretexto oficial de la llegada de Cleopatra a Roma, en calidad de reina de Egipto y aliada del pueblo romano. En esas celebraciones expiró el verano, y el general regresó a sus tareas con renovado ímpetu.

El triunfo de César

El Senado había votado cuarenta días de fiesta por las victorias de César. Había que celebrar los cuatro triunfos a que tenía derecho. El triunfo era el desfile apoteósico de un general victorioso por la Via Sacra romana. Era, a un tiempo, desfile de la victoria y acto religioso de acción de gracias ante Júpiter Capitalino por haber favorecido a Roma en la batalla. Condición indispensable para la celebración del triunfo era que el general agasajado hubiese resultado vencedor en una guerra justa (*bellum iustum*) en cuya batalla más importante hubieran perecido un mínimo de cinco mil enemigos. La cifra de bajas enemigas en las cuatro guerras que César conmemoraba se calculó en un millón doscientos mil. Le sobraban muertos.

César hizo las cosas a lo grande. Celebró cuatro triunfos en cuatro días sucesivos: el primero por su victoria en las Galias, con exhibición y posterior ajusticiamiento de Vercingetórix, el caudillo vencido; el segundo, por su victoria en la guerra alejandrina, no sobre Egipto, país oficialmente aliado, sino sobre el partido egipcio rebelde. La prisionera de mayor rango que figuró fue Arsinoe, la hermana de Cleopatra, pero César no la hizo ejecutar. También aparecieron, aunque solamente en efie, puesto que ya habían muerto, Aquilas y Potino, los dos ministros del último Tolomeo, y una efie que representaba al Nilo. El tercer triunfo de César conmemoró su victoria sobre el rey Farnaces, en Asia Menor, y el cuarto su reciente éxito sobre el rey Juba en África. En éste apareció el hijito de Juba, de tan sólo cinco años, que luego sería rey de Mauritania.

Observemos que César, diplomáticamente, se guardó mucho de celebrar sus otros éxitos sobre los pompeyanos en Farsalia y Tapso, porque los derrotados habían sido romanos, en guerra civil, y más valía olvidar.

El general que esperaba ser distinguido con un triunfo llevaba *extra pomerium*, es decir, fuera de los límites de la ciudad, a una representación de su ejército y allí esperaba, a veces hasta tres años, a que el Senado le concediera el honor. Una vez obtenido permiso, el día fijado se congregaban en la explanada del Campo de Marte las tropas que habían de participar en el desfile y partían desde allí, siguiendo el itinerario oficial, que pasaba bajo el arco triunfal y seguía por la Via Sacra y el foro hasta el templo de Júpiter en el Capitolio, máximo santuario romano.

A lo largo de la carrera oficial, las calles aparecían adornadas con guirnaldas y colgaduras. Además, el itinerario entre la residencia de César y el Capitolio fue entoldado con piezas de seda para resguardar a los transeúntes de los rigores del sol estival (es un detalle que los calvos siempre agradecemos, y César lo era, como una bombilla). En una ciudad de ordinario maloliente, aquel día señalado se perfumaba el aire con incienso quemado en los templos.

Abrían la procesión los senadores y magistrados, seguidos de la banda de música. A éstos sucedían los carros que transportaban el botín arrebatado a los vencidos, sus insignias, las imágenes de sus dioses, sus objetos sagrados y la figuración de las ciudades tomadas y de los territorios sojuzgados, cada cual convenientemente identificado por un letrero que los que sabían leer descifraban para beneficio de los analfabetos. Detrás de los trofeos desfilaban las víctimas que iban a ser inmoladas a Júpiter en acción de gracias, por lo general toros blancos con los cuernos dorados y adornados con guirnaldas. Detrás del ganado iban cuerdas de prisioneros destinados a ser vendidos como esclavos y los caudillos derrotados, con una soga al cuello o encadenados.

Acabado el desfile, los reyes y jefes de los pueblos vencidos eran ejecutados en la cárcel Mamertina.

Ni los más viejos del lugar recordaban triunfos tan lucidos como los de César ni derroche semejante de espectáculo y colorido: ya se iban anunciando los fastos del imperio, con sus extravagancias y su pompa oficial. En el triunfo africano incluso figuraron, como trofeos de guerra, cuarenta elefantes portadores de faroles, y una jirafa, animal nunca antes visto en Roma. Los atónitos romanos lo denominaron *camelopardalus*, es decir, «pantera camello».

Regresemos ahora a nuestro desfile. Detrás de los cautivos, a prudente distancia, iban los lictores escoltando a los magistrados *cum imperium*, y con ellos un tropel de portadores de vasos aromáticos y nuevos músicos que acompañaban al carro blanco, tirado por caballos también blancos, del general victorioso. El triunfador, coronado de laurel, había cambiado sus arreos militares por una túnica tachonada de estrellas de oro. En la mano derecha portaba un cetro de oro rematado en águila; en la izquierda, una rama de laurel. Detrás del general, un esclavo le sostenía la corona de Júpiter Capitolino sobre la cabeza y le iba susurrando al oído: «*Respice post te, hominem te esse memento*» («Mira hacia atrás y recuerda que sólo eres un hombre»).

Luego desfilaban los soldados victoriosos con sus insignias y estandartes, en alegre y dudosamente marcial algarabía, entonando canciones cuarteleras y coreando «*io triumphe!*».

Durante el triunfo, el general victorioso era la imagen de dios mismo, pero al propio tiempo no dejaba de ser mortal y tanta gloria podía atraerle el mal de ojo, el tan temido *fascinum*. Para defenderlo de él, el carro triunfal se adornaba con un monumental falo erecto, el viejo recurso apotropaico de los pueblos mediterráneos. Además, los soldados, aunque adoraban a su general, lo insultaban y ridiculizaban en

sus canciones no por falta de respeto sino para preservarlo del mal de ojo y de la envidia de los celosos dioses. Ya dijimos que los que acompañaban a César iban coreando: «Romanos, guardad a vuestras mujeres, que os traemos al calvo salido» («*Romani, servate uxores: moechum calvum adducimus*»).

El desfile terminaba en la explanada del Capitolio. El triunfador se apeaba del carro y penetraba en el templo de Júpiter para devolver a la imagen su corona e insignias. La ceremonia religiosa continuaba con la inmolación de las víctimas; la profana, en otro lugar de la ciudad, con un multitudinario banquete al que asistían los magistrados, el ejército victorioso e incluso el pueblo de Roma.

Durante la celebración del primer triunfo se produjo un presagio de lo más funesto: el eje del carro de César se partió. El general, que también era sumo sacerdote y, por lo tanto, perito en estos trances, contrarrestó el maléfico efecto subiendo de rodillas la escalinata del templo capitolino. Una forma de expiación, es curioso, cuya vigencia perdura entre gentes sencillas en los santuarios mediterráneos.

El pueblo tenía motivos para sumarse a los triunfos de César y alabar su nombre. Además de los espectaculares desfiles, los triunfos traían aparejados repartos de trigo y carne. César distribuyó a cada ciudadano romano un costal grande de trigo, una jarra de aceite y cuatrocientos sestercios. Además sufragó funciones gratuitas de teatro en todos los barrios y espectáculos de circo y luchas de gladiadores. Incluso hubo una escenificación de batalla naval, o naumaquia, en el Campo de Marte, en homenaje a la memoria de Julia, la hija de César y esposa de Pompeyo fallecida ocho años atrás.

El triunfo era también el solemne momento en el que el general entregaba al fisco la parte que correspondía al Estado en el botín de guerra cobrado. Con tal motivo César ingresó en el tesoro público seiscientos millones de sestercios. Además gratificó a sus soldados, por las fatigas y peligros sufridos, con veinte mil sestercios por cabeza, el doble a los centuriones y el cuádruple a los tribunos. Por cierto que algunos soldados amenazaron con amotinarse porque pretendían recibir, además, la gratificación correspondiente a cada ciudadano. César cortó en seco el conato de rebelión ejecutando a tres de los más revoltosos, dos de ellos en forma de sacrificio a Marte, una costumbre ancestral que parecía olvidada por todos menos por el sumo sacerdote. Las cabezas de los desdichados que habían intentado aguar la fiesta fueron debidamente expuestas a la entrada de la Regia, residencia oficial de César.

Podemos pensar que César planeaba divorciarse de su esposa para unirse a Cleopatra. Quizá había decidido reconocer a Cesarión como hijo suyo y aglutinar los vastos territorios imperiales y el trono de Egipto en una dinastía regida por descendientes de los dioses, las estirpes Julia y tolemaica unidas. No obstante, le convenía ser discreto y no adelantar acontecimientos porque antes tenía que vencer numerosos obstáculos en la propia Roma. Por eso había alojado a Cleopatra y a su reducido séquito en una mansión de recreo, rodeada de jardines, que poseía junto al Tíber, a las afueras de Roma, y él continuaba residiendo en su domicilio conyugal

con Calpurnia, su esposa romana con la que llevaba casado catorce años.

Después de sus triunfos, César era el ídolo de Roma, pero antes de coronarse rey e iniciar una dinastía debía superar dos importantes obstáculos: los senadores rebeldes y el partido pompeyano, que nuevamente preparaba el desquite en España, donde contaba con once legiones y el apoyo de una amplia clientela política.

De nuevo en España

Pompeyo *el Grande* había muerto, pero quedaban sus hijos Cneo, de treinta y un años de edad, y Sexto, de veintidós, y quedaban muchos *optimates* en el exilio empeñados en mantener encendida la llama de la guerra.

En Hispania, un número respetable de reyezuelos indígenas reverenciaban la memoria de Pompeyo. Recordará el lector que el general se había ganado el eterno agradecimiento de aquellas gentes veinticinco años atrás, cuando tuvo el gesto magnánimo de perdonarles la vida y les concedió la libertad en lugar de decapitarlos o esclavizarlos por haber ayudado al rebelde Sertorio.

Así que Hispania militaba en el bando pompeyano. El caso es que César, en su primera campaña peninsular, casi logró equilibrar la balanza cuando derrotó a los pompeyanos en Ilerda (Lérida), lo que le concitó las adhesiones inquebrantables que suelen acompañar al vencedor, pero desde entonces el partido cesariano había perdido mucha popularidad debido a la rapacidad de sus representantes.

Recordemos que César había dejado la España Ulterior al cuidado de Quinto Casio con las dos legiones arrebatadas a Varrón y otras dos que le envió de Italia. La elección de este gobernador fue desafortunada porque Casio aumentó los impuestos abusivamente y gobernó despóticamente. Los hispanos, llevados a la desesperación, daban claras señales de malestar, entre ellas el atentado que sufrió el propio Casio cuando administraba justicia, del que escapó con dos puñaladas aunque ninguna de ellas mortal. Finalmente las dos legiones que habían sido de Varrón se amotinaron y César hubo de reforzar a su gobernador enviándole tropas apresuradamente desde la España Citerior y desde Africa.

Lo peor fue que muchas poblaciones de la oprimida provincia se pusieron abiertamente del lado pompeyano, y a finales del 47 el partido senatorial, batido en todo el imperio, aprovechó la oportunidad para organizar en España su última resistencia. Cneo Pompeyo conquistó con su escuadra las Baleares (excepto Ibiza) y pasó a España, donde fue recibido en olor de multitudes. Las legiones amotinadas contra Quinto Casio, temerosas del castigo de César, también se pusieron de su lado. A poco su hermano Sexto, el menor de los Pompeyo, se le unió llevando consigo los restos del ejército derrotado en África.

César, retenido en Roma por otros asuntos, envió desde Cerdeña a sus generales Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo, pero éstos sólo disponían de seis o siete legiones y se abstuvieron prudentemente de enfrentarse con el joven Pompeyo, que

ya había reunido una fuerza de once legiones.

César comprendió que la situación era lo suficientemente grave como para justificar su presencia. Una vez más, aplazó sus labores administrativas, los mil proyectos de gobierno que había madurado en tantos años de campañas guerreras, y se dispuso a extinguir, de una vez por todas, el último fuego de la resistencia pompeyana. Dejando Roma al cuidado de su socio Lépido, desembarcó en Sagunto y, forzando la marcha, como era habitual en él, se reunió en Obulco (Porcuna, provincia de Jaén) con Fabio Máximo y Quinto Pedio.

César se puso al corriente de la situación. El enemigo dominaba toda la Bética, a excepción del poblado de Ulía (hoy Montemayor, en Córdoba), donde muchos legionarios que seguían fieles a César soportaban el asedio de Cneo Pompeyo. Mientras tanto Sexto, el otro Pompeyo, permanecía en Córdoba.

El asedio de Ulía

Ulía llevaba dos meses cercado y sus defensores estaban a punto de sucumbir. Bajo la iglesia parroquial existen todavía los restos de un silo de época romana que ahora alberga el museo local. Entre aquellos vetustos muros uno imagina las angustias del oficial de suministros con el trigo tasado, el suelo casi barrido y los refuerzos de César que no llegan. Pero llegaron: César amagó un ataque a Córdoba para aliviar el cerco y Ulía recibió el esperado auxilio. Lucio Junio Pacieco, uno de los oficiales de César, se las ingenió para averiguar el santo y seña que los pompeyanos usarían cierta noche, la palabra *Pietas*, y, declarándola donde fue menester, aprovechó que un intenso aguacero desanimaba a los centinelas a entrar en muchas averiguaciones y, haciéndose pasar por pompeyano, atravesó el cerco con sus tropas formadas en columna de a dos, y llevó refuerzos al poblado sitiado.

Mientras tanto, a treinta kilómetros de allí, César atacaba Córdoba con el grueso de su ejército y derrotaba a las tropas de Sexto Pompeyo que le salieron al encuentro. El joven e inexperto Sexto, creyéndose perdido, se encerró tras las murallas de la ciudad y pidió auxilio a su hermano mayor. Cneo aplazó la toma de Ulía para mejor ocasión y, levantando el cerco, acudió en socorro de Córdoba.

César sabía que rendir por hambre aquella gran ciudad podría llevar meses, incluso años. Lo que necesitaba urgentemente era una resolutoria batalla campal porque andaba escaso de provisiones y el tiempo corría en favor de los pompeyanos. Para ello tenía que atraerlos a campo abierto. Con este pensamiento se apartó de Córdoba y fue a sitiar Ategua (Teba la Vieja), en la ribera derecha del río Guadajoz.

Tal como César había previsto, Cneo acudió en auxilio de la amenazada Ategua y acampó en sus proximidades, al otro lado del río. Comenzaron las escaramuzas en torno al poblado. La abundancia de glandes (proyectiles de plomo para las hondas semejantes a dátiles en forma y tamaño) que se encuentra en aquellos parajes testimonia los combates que allí se riñeron. No obstante, los pompeyanos no pudieron

impedir que Ategua se entregara a César, con todos sus depósitos de grano, el 19 de febrero de 45 a. de C.

Allí no quedaba nada por hacer. Cneo mudó su campamento a la cercana Ucubi o Lucubi (Espejo). A siete kilómetros de Espejo hay un cerro en cuya cima se observan importantes restos de murallas. Este *oppidum* o recinto fortificado pudo ser uno de los fortines ocupados por los pompeyanos, quizá el que los textos denominan Aspavia.

En Ucubi, Pompeyo ejecutó a setenta y cuatro simpatizantes de César. Ya comenzaban a surgir en las ciudades héticas los quintacolumnistas cesarianos, que hasta entonces habían permanecido expectantes. Pompeyo comenzaba a perder los nervios.

El 5 de marzo un destacamento pompeyano fue derrotado en Soricaria (¿Castro del Río?, ¿cortijo de Dos Hermanas, en los llamados llanos de la Vanda, no lejos de Montilla?). Cneo Pompeyo decidió desamparar la línea del Guadajoz amenazada por César desde Ulía y Ategua y replegarse a la más defendible del Genil. Antes de abandonar Ucubi la incendió.

Desde su nuevo campamento, cercano a Aguilar, Cneo Pompeyo esperaba defender eficazmente Urso (Osuna), su principal apoyo en la región. Pompeyo sabía que César había enviado legados a Urso para solicitar su sumisión, pero la ciudad respondió asesinando a los parlamentarios y a los cesarianos que pudieron hallar. Imprudentemente Cneo había prometido a Urso que César no pisaría el valle. No reparó en la endiablada capacidad de maniobra del astuto general ni en su habilidad para las rápidas marchas y los movimientos imprevisibles, eso que ahora llamamos «guerra relámpago».

César, adivinando las intenciones del adversario, condujo a sus tropas a marchas forzadas por la antigua vía de Córdoba a Antequera, la que rodea los montes de las Mestas y cruza el Genil por Badolatosa, y, después de destruir la población de Ventipo (Casariche), en plena retaguardia de Pompeyo, intentó caer sobre su enemigo desde el sur cuando éste lo estaba esperando por el norte.

Esta vez la suerte favoreció a Pompeyo, que descubrió a tiempo la maniobra y logró escapar de la trampa descendiendo al valle. Luego se decidió a cruzar el río para establecer su campamento cerca de Munda. César instaló el suyo a unos siete kilómetros de distancia.

Cneo no podía seguir cediendo terreno. Estaba perdiendo prestigio, sus aliados en la región comenzaban a desconfiar de su capacidad y se estaba dejando acoger por el adversario. César amenazaba ya sus comunicaciones con Córdoba y con Carteya (su base naval, en El Rocardillo, a seis kilómetros de Algeciras). Sus correos a Córdoba habían sido interceptados por el enemigo y les habían cortado las manos.

No le quedaba más solución que enfrentarse a César. Además un nuevo paso atrás hubiera sido suicida: a su espalda se extendían las llanuras héticas, en las que sus tropas serían presa fácil de la potente caballería enemiga. Por otra parte, si planteaba

la batalla en aquella situación, contaría con la ventaja de su campamento, situado en un otero que dominaba la llanura donde acampaba César. No lo pensó más y decidió jugárselo todo a una carta, aceptando la batalla que César proponía.

El 17 de marzo del año 45 (casualmente cuarto aniversario de la huida de Pompeyo de Roma y del comienzo de la guerra) amaneció un día limpio y primaveral. «El día estaba tan brillante y tan sereno —escribe Hircio—, que parecía que los dioses inmortales lo habían hecho especialmente para esta sangrienta batalla». Cneo Pompeyo formó a sus legiones en orden de combate. «Los nuestros se alegraron aunque algunos estaban inquietos y temerosos de su muerte y de su vida», recuerda el oficial menor del ejército cesariano autor de *Bellum hispaniense*.

Los pompeyanos disponían de trece legiones pero sólo cuatro de ellas eran de primera calidad, las restantes estaban integradas principalmente por hispanorromanos y auxiliares indígenas, amén de esclavos fugados y de otras tropas de heterogénea procedencia, ignorantes de las tácticas romanas y merecedoras de escasa confianza. En total sumaban unos setenta mil hombres, a los que César sólo podía oponer unos cincuenta mil, agrupados en ocho legiones. No obstante, en términos reales, los ejércitos podrían considerarse igualados dada la superior calidad de las tropas de César, cuya caballería, quizá ocho mil jinetes, superaba la del adversario.

Los posibles campos de batalla de Munda están sembrados de proyectiles de honda, lo que prueba que tanto César como Pompeyo alistaron un nutrido contingente de honderos indígenas. En España existía una larga tradición de excelentes honderos desde siglos antes, cuando auxiliaron a los griegos en sus luchas y a Aníbal en su campaña de Italia. En algunos glandes se inscribía una imprecación contra el general enemigo: «Hiere a César», «Hiere a Pompeyo». No había escudo, casco o coraza que resistiera un impacto directo a media distancia.

La batalla decisiva

En tiempos de César el peso principal de la batalla recaía en la infantería, pero muy a menudo, desde que Aníbal lo enseñó admirablemente en Cannas, los movimientos tácticos más decisivos corrían a cargo de la caballería. En Munda, César supo sacar excelente partido de su caballería, más numerosa que la del adversario.

César, desplegadas sus tropas, colocada su Décima Legión en el ala derecha y la masa de la caballería y tropas auxiliares en la izquierda, avanzó hacia el centro de la llanura. Una vez allí se detuvo, como invitando a Pompeyo a que hiciera el siguiente movimiento. Pompeyo entendió el mensaje, pero permaneció inmóvil. Obró exactamente como su padre en Farsalia, aunque probablemente por distinto motivo: no quería perder su ventajosa posición a un nivel superior, con la retaguardia protegida por los muros de la ciudad, en la que sus hombres podrían refugiarse si las cosas venían mal dadas. En vista de ello, César avanzó provocadoramente hasta un arroyo cercano. En ello estaba cuando Pompeyo lanzó su primer ataque.

La Décima Legión de César era un enemigo formidable. Trabado el combate, Pompeyo decidió reforzar su línea izquierda con una legión sacada de su derecha, aún a riesgo de debilitar este sector. Quizá confiaba en que se sostendría a pesar de todo, puesto que estaba mandado por Labieno, su general más experto. César aprovechó la circunstancia para lanzar el ataque envolvente de su caballería, especialmente las tropas de Bogud, rey de Mauritania, por la derecha del enemigo, amenazando no sólo la retaguardia de Labieno sino incluso el propio campamento pompeyano. Labieno conocía bien los ardidés de César, como quien se había formado a su lado, así que envió cinco cohortes de su legión a cortar el paso de la caballería enemiga.

En el centro, donde la batalla estaba muy enconada e indecisa, aquel movimiento de Labieno fue erróneamente interpretado como un repliegue, lo que descorazonó a los pompeyanos y enardeció a los soldados de César. Si los de Labieno huyen, pensaron los pompeyanos, es porque la batalla está perdida. De pronto cundió el pánico y el sálvese quien pueda, cedieron las cohortes y una batalla indecisa un momento antes se trasformó en la vergonzosa derrota de Pompeyo, cuyos hombres abandonaron armas y enseñas para huir desordenadamente hacia el poblado perseguidos por los victoriosos cesarianos que les daban caza. El degüello fue terrible porque los soldados de César, hastiados de una guerra que parecía no acabarse nunca, no tuvieron piedad con el enemigo. En el breve plazo de un par de horas perecieron treinta mil pompeyanos, entre ellos los generales Labieno y Varo, cuyos cadáveres César hizo sepultar dignamente. Por su parte César sólo perdió unos mil quinientos hombres. Éstas son, al menos, las cifras que ofrecen los vencedores. Seguramente están algo exageradas en uno y otro sentido porque el de Munda no fue un triunfo fácil. El propio César lo reconoce cuando asegura que en la batalla de Ilerda venció a un ejército sin general; en la de Farsalia, a un general sin ejército; en la de Munda, a un general y a un ejército. En algún momento, el propio César descabalgó y se lanzó a la lucha sin casco, con la calva desprotegida, mezclado con sus hombres, para dar ejemplo y enardecer a los que flojeaban.

Muchos supervivientes del ejército pompeyano se refugiaron tras los muros de Munda. Otros llevaron a Córdoba la noticia de la derrota aquel mismo día. Sexto Pompeyo, sintiéndose amenazado, abandonó inmediatamente la ciudad.

Mientras tanto César, actuando con su acostumbrada rapidez, encomendó al competente Fabio Máximo la conquista de Munda y marchó sobre Córdoba con el grueso del ejército.

Los sitiadores de Munda recurrieron a la guerra psicológica para minar la moral de los derrotados: levantaron a la vista del poblado parapetos de cadáveres pompeyanos sobre los que disponían, a modo de empalizada, los escudos y armas recogidos del campo de batalla. Munda sólo resistió unos días. Entre los refugiados estallaron fuertes disensiones, y finalmente hicieron una salida desesperada para intentar romper el cerco, pero fueron nuevamente derrotados y tuvieron que rendir las armas. Los catorce mil prisioneros serían vendidos como esclavos. Fabio Máximo,

después de conquistar el poblado, levantó su campamento y fue a sitiar la cercana Ursa (Osuna), donde también se habían acogido muchos fugitivos pompeyanos. Recientes excavaciones han sacado a la luz algunos lienzos de muralla que muestran indicios de haber sido construidos a toda prisa, seguramente después del desastre de Munda, cuando el ataque de César era inminente. Sin embargo, los testimonios más abundantes de aquella guerra se encontraron durante las excavaciones de A. Ángel y P. París en 1903: gran cantidad de bolaños, glandes, puntas de flecha y restos de armas.

El campo de batalla de Munda estuvo en tierras cordobesas, entre Montilla, Espejo y Nueva Carteya, aunque no hay seguridad del lugar exacto. Schulten lo sitúa en los llanos de la Vanda, cerca de Montilla, pero más recientemente se han propuesto otras localizaciones, más cercanas a Osuna que a Montilla: en el cerro y castillo de Alhonz, entre Espejo y Osuna, a unos sesenta kilómetros de Córdoba o en los llanos del Águila, entre Écija y Osuna.

El plátano de César

César, después de su victoria, atacó Córdoba. En ausencia de Sexto Pompeyo era Escápula el jefe de los pompeyanos. Este antiguo esclavo, viéndolo todo perdido, decidió morir con entereza romana. Tomó un baño, se perfumó, cenó opíparamente, repartió joyas y preseas entre sus amigos y los criados de la casa y se hizo decapitar por un esclavo de confianza.

No fue el humo de la pira funeraria de Escápula el único que ennegreció los cielos de Córdoba en vísperas de la entrada de César. La ciudad fue presa del pánico, cundieron la anarquía y el desorden. Los partidarios de someterse a César se enfrentaban con los que pretendían incendiar la ciudad y echarse al monte para continuar la resistencia a ultranza.

' Recordará el lector que César había plantado un plátano en el patio de su casa cordobesa años atrás, cuando fue cuestor en España y fijó su residencia en la ciudad, y que el árbol había crecido en su ausencia prodigiosamente. Cuando entró en Córdoba ordenó arrancarlo de raíz. No quería que aquel retoño suyo adornara la esquiva población que había permanecido fiel a su enemigo.

César no tuvo piedad con Córdoba y permitió que su tropa la saqueara. Los confusos sucesos se saldaron con otros veinte mil muertos, caídos unos en la lucha entre facciones y otros al enfrentarse con César en las afueras.

Mientras tanto Cneo, llevado en litera, pues las heridas le impedían cabalgar, alcanzó Cartaya, fondeadero de su flota. Es curioso que buscara la protección del mar, como su padre después de Farsalia. Pero Cartaya también se puso de parte de César y Cneo tuvo que escapar con sus galeras. C. Didio, almirante de la escuadra de César fondeada en Gades (Cádiz), salió en su persecución y unos días después sorprendió sus naves en una cala solitaria y las destruyó. Sin ejército y sin naves,

Cneo tuvo que confiarse a la hospitalidad de los indígenas de Lauro (Laury), pero ellos lo asesinaron y enviaron su cabeza a Sevilla, donde fue expuesta. En el joven Cneo se reprodujo el desastrado final de su padre, decapitación y exhibición incluidas.

El otro hermano, Sexto, el menor de los Pompeyo, fue más afortunado. Ya hemos dicho que después de Munda abandonó Córdoba y huyó al interior de Celtiberia. Allí fue acogido por los pompeyanos y organizó la resistencia, en forma de guerrillas, para continuar la lucha contra César.

César permaneció cinco meses en España, organizando su gobierno. Después regresó a Roma en olor de multitudes, su prestigio reforzado, ya virtualmente rey. En mayo del 45 fue declarado *Invencible Dios*. A poco recibió el título de Júpiter Julio, con derecho a tener su propio colegio sacerdotal. Su estatua fue colocada en el Quirino al lado de la de Rómulo, el mítico fundador de la ciudad. El lector quizá se sienta un tanto escandalizado desde su mentalidad moderna, pero, a poco que lo piense, advertirá que, en cierto modo, nosotros hacemos lo mismo. En algunas monarquías o dictaduras se supone que el derecho que se arroga el rey o el dictador sobre la nación procede directamente de Dios (es ejercido «por la gracia de Dios»). Estas personas son sagradas y, como están por encima de los mortales y de la propia ley, pueden hacer de su capa un sayo contando con el silencio cómplice, cuando no con el panegírico mendaz, de los medios de comunicación. Esto ocurría también en Roma. Por otra parte, César se tenía por descendiente de la diosa Venus y de Eneas, el mítico héroe troyano que fundó la ciudad. Precisamente lucía una figura de Venus en su anillo y el nombre de Venus era su talismán de la suerte que reservaba para contraseña militar en víspera de las grandes batallas. Incluso hizo edificar a sus expensas el templo de Venus que había prometido antes de la batalla de Farsalia. En realidad la promesa fue dedicarlo a Venus Victris, pero acabó dedicándolo a Venus Genitrix, la mítica antepasada de los Julios. Por cierto, en este templo puso una estatua dorada que representaba a Cleopatra en figura de Isis. El simbolismo de tal ofrenda estaba claro: yo soy descendiente de Venus y Cleopatra lo es de Isis, la Venus egipcia, los dos somos dioses, incluso hermanos y destinados al matrimonio, a la usanza egipcia.

Como sabemos muy poco de la estancia romana de Cleopatra, hemos de imaginarla repartiendo sus horas entre la atención al correo de Egipto y la de la fulgurante carrera de su amante. Quizá al caer la tarde paseaba por la ribera del Tíber haciendo planes para el futuro o contemplaba los juegos del pequeño Cesarión en el jardín.

El general hubiera sido un gran rey porque era un gran administrador. En los pocos meses que gobernó Roma demostró admirable capacidad de trabajo, preclara inteligencia y una notable habilidad para detectar los problemas de la ciudad y ponerles remedio. Fue un período de grandes reformas. Italia estaba arruinada por la guerra civil, la administración era un caos, la anarquía se había adueñado de las

administraciones provinciales y el peso de los desempleados lastraba cualquier política de desarrollo. César reformó la *annona*, aquella seguridad social que se había transformado en un monstruo devorador de los presupuestos del Estado. El número de beneficiarios del subsidio estatal había crecido hasta los trescientos veinte mil, César lo redujo drásticamente a ciento cincuenta mil y dispuso que solamente se admitiesen nuevos beneficiarios para cubrir bajas por defunción de anteriores titulares. ¿Y el resto? El resto podía emigrar a las colonias de Cartago y Corinto, donde tendrían grandes posibilidades de medrar y hacer fortuna o por lo menos no les faltarían oportunidades para ganarse la vida honradamente. Al propio tiempo, César procuró importar cerebros, es decir, atraer a Roma a profesionales especializados, principalmente médicos y artistas griegos, a los que estimulaba con la prestigiosa nacionalidad romana y con otras ventajas económicas. (¿No se parece a la fuga de cerebros de Europa hacia Estados Unidos?). También fomentó la natalidad, redactó un código criminal, unificó las pesas y medidas y hasta dictó leyes contra el lujo excesivo (que era, precisamente, uno de sus principales defectos; pero él, camino de ser rey, ya estaba por encima de los mortales).

El calendario juliano

César era un hombre ecléctico que aspiraba a modernizar Roma y tomaba buena nota de los adelantos científicos que encontraba en otros países del imperio, principalmente en Grecia y Egipto. La más célebre y duradera reforma de César fue la del calendario, que sigue actualmente en vigor en casi todos los países del mundo. El calendario que César impuso en Roma fue ideado por el matemático alejandrino Sosígenes, que a su vez se basó en los cálculos de Calipo de Síscico, un científico griego del siglo IV a. de C. que había cifrado el año natural en 365 días y cuarto.

El primitivo calendario romano sólo tenía en cuenta el año agrícola comprendido entre los equinoccios de primavera. El invierno ni se contaba. Este curioso año tenía diez meses que sumaban 305 días. *Martius* (marzo) estaba consagrado a Marte, el dios de la guerra; *aprilis* (abril), recibía su nombre del jabalí (*aper*) o por los brotes vegetales (*aperire* significa «abrir»); *maius* (mayo) de la pléyade Maia, y *junius* (junio) de la diosa Juno, esposa de Júpiter. Los seis meses restantes no tenían denominación propia y se designaban por el ordinal correspondiente: quinto (*quintilis*), sexto (*sextilis*), séptimo (*september*), octavo (*october*), noveno (*november*) y décimo (*december*). Más adelante se añadieron otros dos meses para el invierno: *januarius* (enero), en honor de Jano, el dios de los dos rostros, y *februarius* (febrero), por los ritos de purificación (*februalia*) que se celebraban en sus términos.

De este modo el calendario quedó establecido en doce meses, la mitad de treinta días y la otra mitad de veintinueve, todos ellos lunares, que sumaban 354 días. Hasta el año 153 a. de C. los romanos habían dividido el tiempo en años lunares. Como la sucesión de las estaciones depende del sol y no de la luna, cada dos años el sumo

pontífice que velaba por el calendario sagrado tenía que corregir el desfase con respecto al sol intercalando un mes de veintidós días, el *mensis intercalaris*, para que el año oficial volviera a coincidir con el natural, es decir, el astronómico. Este mes añadido resultaba tremendamente engorroso a todos los efectos, pensemos en préstamos a interés, alquileres, contratos y transacciones comerciales. Para colmo, a pesar del *mensis intercalaris*, los desajustes se producían, particularmente cuando el calendario se dejó de utilizar en el desmadre de las guerras civiles.

En el año 45 existía ya una diferencia de setenta días entre el calendario oficial y el natural. Julio César, haciendo borrón y cuenta nueva, dispuso que el año 46 se prolongara noventa días, para que el año 45 comenzara el uno de enero, motivo por el cual aquel año sería conocido como *annus confusionis*. También estableció que cada cuatro años hubiera uno bisiesto, agregando en febrero un día adicional.

El denominado año juliano estuvo vigente durante muchos siglos, hasta que los astrónomos se percataron de que también incurría en una pequeña inexactitud dado que el año calculado por Sosígenes excede en 0,0078 de día al año natural. Con el transcurso de los siglos se fue acumulando tiempo hasta que, ya en el siglo XVI, el desfase era de diez días, y el papa Gregorio XIII decidió reformar el calendario juliano e impuso el gregoriano, bajo pena de excomuniación al que no lo acatara. En octubre de 1582 suprimió diez días, de modo que se pasó del 5 al 15 en sólo una noche. Esto explica que santa Teresa de Jesús, la gran mística y escritora española, falleciera el día 4 de octubre de aquel año y fuese sepultada al día siguiente, es decir, el 15 del mismo mes.

El calendario gregoriano, todavía vigente, tampoco es exacto. Para que el tiempo real se desvíe lo menos posible del oficial ha habido que modificar el sistema de los bisiestos de manera que los que acaban en dos ceros no se cuentan como tales a no ser que sean divisibles por cuatrocientos. 1700, 1800 y 1900 no fueron bisiestos, pero el año dos mil sí lo será dado que es divisible por cuatrocientos.

Después de la muerte de César se decidió honrar su memoria dando su nombre al quinto mes del año, que se llamó *julio*. Al siguiente, *sextilis*, lo llamarían más adelante *agosto*, en honor de Augusto, sucesor de César. Por cierto, que este cambio suscitó algunos problemas protocolarios. Algún picajoso cortesano hizo notar que el mes dedicado a Augusto tenía un día menos que el dedicado a César, lo que parecía menoscabar la figura del emperador. El problema se resolvió aumentando a 31 el número de días de agosto y reduciendo, para compensar, a veintiocho el de febrero. Además se reajustó el número de días de los meses restantes.

Al sucesor de Augusto, Tiberio, le propusieron denominar a setiembre con su nombre, pero él rechazó sensatamente la idea: «¿Qué haréis —preguntó— cuando se os acaben los meses y siga habiendo emperadores?». Ya hemos visto que los meses sucesivos, a partir de agosto, conservaron el primitivo ordinal: *setiembre*, mes séptimo; *octubre*, octavo; *noviembre*, noveno, y *diciembre*, décimo.

Hubo otro intento de cambiar el calendario en 1789, cuando los revolucionarios

franceses se propusieron extirpar todo vestigio de tiranía monárquica, incluidos los meses romanos. Los meses del nuevo calendario aludirían a peculiaridades climatológicas o agrícolas. Marzo se llamó «ventoso»; noviembre, «brumario»; abril, «germinal». Pero en 1806 Napoleón, sensatamente, restableció el calendario gregoriano.

Todavía en el presente siglo ha habido en la ONU propuestas de reforma. En los años cincuenta se propuso que el año tuviese trece meses de veintiocho días (más un día sobrante, el uno de enero, que se consagraría a celebrar la Amistad Entre los Pueblos). También se ha intentado que los segundos y horas se sometan al sistema decimal. Si los revolucionarios franceses querían un día de diez horas; los innovadores modernos proponen una nueva unidad, el *crono*, algo más extensa que el minuto. El día tendría mil cronos y si a uno le preguntaban la hora a las seis de la tarde podría consultar el reloj y decir: «Son los setecientos cincuenta cronos». Puestos a cambiar, si nos empeñamos en ser exactos, también tendríamos que modificar el cómputo de los años. La era cristiana, en cuyo año 1995 nos movemos, no representa con exactitud el tiempo transcurrido desde el nacimiento de Cristo. Dionisio el Exiguo, el abad romano que hizo los cálculos en el siglo VI, se equivocó en cuatro o seis años.

Bien, basta ya de calendario y regresemos a las reformas de César. Nuestro hombre se había propuesto modernizar Roma y embellecerla, dándole el lustre monumental y cultural que había observado en Alejandría. Roma, a pesar de haberse adueñado de buena parte del mundo conocido, seguía siendo una ciudad incómoda, de calles polvorientas o embarradas y casas deficientemente construidas, un verdadero caos urbanístico. César concibió un ambicioso proyecto para sanear y embellecer la ciudad remodelándola sobre el racional esquema urbanístico de Alejandría. La nueva Roma por él concebida tendría anchas avenidas flanqueadas de suntuosos edificios y estaría dotada de amplio puerto con un canal navegable que comunicara el río Tíber con el Amo. También estaría dotada de instituciones culturales, entre ellas la biblioteca de Roma. Quizá sentía remordimientos por haber sido el responsable, aunque involuntario, del incendio de la biblioteca de Alejandría.

Estos sueños y otros muchos quedaron sobre el papel. El asesinato de César y la subsiguiente guerra civil entre sus sucesores lo trastocó todo. Realmente es difícil pensar en un magnicidio que haya alterado tan profundamente el posible desarrollo de la Historia.

CAPÍTULO DÉCIMO

Los Idus de marzo Del 44

César estaba a punto de alcanzar la cumbre de su carrera política. Se había adueñado de Roma y sólo le faltaba ser rey. Después de la derrota del partido pompeyano nadie discutía su autoridad, pero continuaba teniendo muchos enemigos. Si hubiera sido un dictador moderno, seguramente habría eliminado a sus adversarios y habría instaurado un régimen totalitario apoyado en el ejército y en la policía secreta, lo que le habría asegurado el desempeño de su autoridad sin sobresaltos por el resto de su vida. Eso fue lo que Sila hizo antes que él y murió en la cama. Pero César era, como dice Salustio, «más humano en la guerra que otros en la paz», e iba dejando detrás de él demasiados enemigos vivos. Creía que podía ganárselos con la clemencia. No advertía que a veces el perdón es aún más humillante que la derrota. Cuanto más alto llegaba, más solo se encontraba, y, quizá, en esa altura perdía la perspectiva de las cosas.

También eran legión los partidarios incondicionales de César, los que reclamaban una fórmula de gobierno que sustituyera al caduco Senado, los que exigían un gobierno fuerte y centralizado capaz de gestionar los extensos dominios de un imperio en continua expansión, los que apoyaban una nueva fórmula que garantizara la paz, la continuidad, los planes a largo plazo, la estabilidad. César contaba con el apoyo de una importante facción del propio Senado. Muchos avispados que veían venir los nuevos tiempos se habían alineado en el bando cesariano y hacían méritos en la esperanza de alcanzar cargos y prebendas. «La República es la nada, un mero nombre sin contenido ni forma», se decía. Roma necesitaba un rey y César se sabía el candidato idóneo para fundar una gloriosa dinastía. Sólo faltaba crear las condiciones para que los reticentes romanos aceptaran la monarquía.

Casi siempre, cuando se produce un magnicidio, los historiadores se preguntan cómo una persona tan encumbrada podía descuidar tanto su seguridad. César descuidó por completo la suya. Quizá el poder lo cegó tanto que no percibió los peligros. Quizá consumido por la *hybris* no supo prevenir la *némesis*, la venganza. Ya hemos dicho que César tenía derecho a la escolta armada de setenta y dos lictores, pero la despidió argumentando que su vida tenía ya más valor para Roma que para él mismo y que, por lo tanto, no necesitaba ser protegido. Fue un supremo gesto de reconciliación pero también un imprudente desafío para sus enemigos.

El quince de febrero se celebraban en Roma las Lupercales o Lupercalia, fiestas de origen etrusco que purificaban la ciudad y aseguraban la fertilidad de sus campos. Constaban de tres ritos: primero se sacrificaban una cabra y un perro a la loba Dea, en el Lupercal, una caverna del monte Palatino que la tradición señalaba como madriguera de la loba que amamantó a Rómulo y Remo, los fundadores de la ciudad.

Delante del altar, dos jóvenes, los *magistri* o hermanos mayores, se inclinaban para que el sacerdote les tocara la frente con el cuchillo ensangrentado y luego se la limpiara con un copo de lana empapado en leche (figuración de los antiguos sacrificios humanos). Después, los miembros de las cofradías cortaban la piel de los animales sacrificados en tiras (llamadas *februa*, de donde algunos sostienen que procede la palabra febrero) y corrían por la ciudad desnudos repartiendo zurriagazos con las *februa* a diestro y siniestro entre los regocijados transeúntes. Se suponía que la mujer que recibiera un azote quedaría embarazada en el año venidero. La gente comía y bebía, reía y entonaba canciones obscenas. Quizá al lector le sorprenda saber que estos ritos se han reconvertido en las fiestas de la Purificación de la Virgen, al adaptarse al cristianismo.

Pues bien, aquel fatídico año 44, César nombró primer *magister* de los Luperci Iuliani, algo así como hermano mayor de la cofradía, a Marco Antonio, su colega en el consulado. Cabe sospechar que César quería tantear la opinión de los romanos sobre su proyectada restauración monárquica. Se trataba de que Antonio ofreciera a César la corona de Luperco, equivalente a la de la patria. Cuando Antonio, después de saludar a César, que presidía la ceremonia, subió a la tribuna e intentó coronarlo, una prevenida claque rompió a gritar: «¡Acepta la corona, acéptala, rey de Roma!», pero la multitud, educada desde la infancia en el odio a las monarquías y en la ciega lealtad a los ideales republicanos, quedó tan sorprendida que no reaccionó, o si lo hizo fue para dar señales de disgusto. César, advirtiendo que la opinión pública no estaba aún madura para aceptar la monarquía, salvó la situación rechazando la corona y recomendando que se la ofrecieran a Júpiter Capitolino, una actitud que fue muy aplaudida y acrecentó su popularidad.

La comedia de César en las Lupercales pudo engañar al pueblo llano pero no convenció a sus más cualificados enemigos. A los resentidos partidarios de Pompeyo se unieron algunos republicanos idealistas, e incluso antiguos cesarianos decepcionados por las aspiraciones monárquicas de su general. Todos ellos estaban convencidos de que la República recobraría su salud y su prestigio si eliminaban a César. Entre sesenta y ochenta ciudadanos se conjuraron para asesinarlo. A dos mil años de los hechos sería difícil hurgar en sus conciencias para averiguar la proporción de idealismo que los movió e incluso cuántos de ellos eran simplemente envidiosos que disimulaban su odio personal bajo un barniz de sentimientos republicanos.

Restablecer la libertad asesinando al tirano ha sido la justificación clásica de los magnicidios, pero en el caso presente conviene recordar que los conjurados no luchaban por las libertades del pueblo sino por el mantenimiento de los privilegios minoritarios de los *optimates*, que peligraban si uno entre ellos se alzaba con todo el poder.

Entre los conjurados destacaba Marco Bruto, un hombre singular mejor tratado por la literatura que por la vida, cuyo pedigrí republicano parecía predestinarlo a cometer el magnicidio. Por línea paterna descendía de Lucio Bruto, el héroe romano

que expulsó de Roma al último rey; por línea materna venía de los Servilios, uno de los cuales asesinó al demagogo Espurio Metelo, que había querido ser rey.

Muchos conjurados estaban persuadidos de que si no se apresuraban a actuar pronto podía ser demasiado tarde, por lo tanto cada mañana Bruto encontraba una nota anónima sobre su escaño: «¿Duermes, Bruto? ¡Despierta! ¡Hazte digno del nombre que llevas!».

El día dieciocho de marzo César partiría de Roma para una prolongada campaña. Su plan era ensanchar el imperio primero en el norte, por tierras de Dacia (actuales Hungría y Rumania), y después en Oriente, donde atravesaría Armenia para atacar a los partos. Los Libros Sibilinos habían suministrado una respuesta sorprendente: «Vencerán los romanos conducidos por un rey». El oráculo romano estaba indicando claramente que la victoria dependía de que César llegase a Oriente no en calidad de simple general sino de rey. El avisado lector comprenderá que los oráculos antiguos eran como las encuestas oficiales modernas: dicen lo que la autoridad quiere que digan.

El día quince de marzo el Senado se reuniría para discutir el resultado de la consulta oracular. El número de partidarios de César había aumentado tanto últimamente que previsiblemente sería proclamado rey de Roma.

¿Y Cleopatra? En su discreto retiro romano la reina se mantenía puntualmente informada y seguía con interés las incidencias de la política local. No es difícil adivinar cuáles eran sus planes como mujer y como reina. Primero, la proclamación de César como rey de Roma. Un rey necesita descendencia masculina que le asegure la perpetuación de la dinastía. Calpurnia no le había dado hijos. Era seguro que se divorciaría de la romana para casarse con ella. De este modo Cesarión se convertiría en hijo legítimo de César y heredero a la vez de Roma y de Egipto. Roma y Egipto unidas señorearían el mundo. Egipto aportaría su cultura, sus cereales y su escuadra; Roma, su imperio y su poder militar. Cesarión podría ser el nuevo Alejandro, su reino no tendría parangón en el mundo.

Una muerte anunciada

Si examinamos las noticias que nos han transmitido los historiadores no nos queda más remedio que admitir que la muerte de César fue una muerte anunciada. Parece como si todo el mundo hubiese estado en el secreto de lo que tramaban los conspiradores, incluido el propio César. Pero todo esto fueron pronósticos hechos a toro pasado, como suele ocurrir con los acontecimientos más relevantes de la Historia. El romano era supersticioso y creía en los presagios. Toda una serie de premoniciones anunció el magnicidio que se iba a perpetrar: en Capua, unos meses antes, unos campesinos encontraron una cámara sepulcral antigua. Entre los objetos desenterrados figuraba una tablilla en la que podía leerse: «Cuando se descubran las cenizas de Capys (el difunto) un descendiente de Iulio perecerá a manos de los

suyos». Los caballos consagrados por César antes de pasar el Rubicón se negaron a comer y lloraban sobre los pesebres. Un pajarillo que portaba en el pico una ramita de laurel fue atacado y muerto por otras aves en la sala de Pompeyo, en el Campo de Marte, sede oficiosa del Senado.

El catorce de marzo César cenó en la casa de su amigo Lépido. En la sobrecena la conversación recayó sobre el tránsito a la otra vida, y el anfitrión preguntó a César qué clase de muerte prefería. Nuestro hombre, que en su dilatada vida militar había presenciado muchas agonías laboriosas, no lo dudó un instante: «La más rápida».

Aquella noche el viento sopló sobre Roma con tal fuerza que las puertas y ventanas de la casa de César se abrieron con estrépito y en el templo de Marte, del que César era sumo sacerdote, la coraza ceremonial del dios se desprendió del muro y se estrelló con estrépito sobre las losas. César durmió mal, sufrió pesadillas y soñó que volaba hasta la morada de Júpiter. Calpurnia, por su parte, soñó que la casa se hundía y que su esposo moría en sus brazos.

Cuando amaneció, César se sintió indispuerto y casi había decidido permanecer en casa y aplazar su visita al Senado cuando el traidor Bruto llegó para acompañarlo y le hizo ver la conveniencia de comparecer aquel preciso día pues los senadores lo aguardaban para aclamarlo rey de Oriente. César accedió. Por el camino, un anónimo ciudadano se le acercó y le entregó un memorial que resultó ser la denuncia de la conjura para asesinarlo, con una lista que incluía los nombres de cincuenta senadores implicados. Pero César aplazó su lectura y el memorial, con el sello intacto, se encontraría en la mano izquierda del cadáver.

El arúspice Spurinna había advertido a César, unos días antes, que se guardase de los idus de marzo. Los romanos no conocían todavía la semana y dividían el mes en tres períodos de duración variable: nonas, idus y calendas. Los idus de los que César debía guardarse abarcaban el período comprendido entre los días 8 y 15, inclusive. Como ya era día quince, César bromeó con Spurinna a la puerta del Senado: «¿Ves como no pasaba nada?». A lo que el augur replicó sombríamente: «El día no ha terminado todavía, César». Por cierto que esas calendas que siguen a los idus son origen de la palabra *calendarium*, de la que procede nuestro «calendario». El *calendarium* era el cofre donde los usureros (profesión entonces tan respetable como la de nuestros banqueros) guardaban el libro en el que se asentaban los vencimientos de sus préstamos.

El día quince no parecía ser el más adecuado para los conjurados, pues algunos de ellos tenían previsto acompañar al foro a su amigo Casio para ver a su hijo que aquel día vestía la toga, una ceremonia muy importante entre los romanos, pero los acontecimientos se precipitaban y tampoco era cosa de aplazar la muerte de César. Los invitados tuvieron que regresar apresuradamente al Senado para cumplir con la secreta obligación de asistir al magnicidio. Los conjurados estaban tan nerviosos que en un par de ocasiones anduvieron a punto de delatarse y echarlo todo a rodar. Algunos se creyeron perdidos cuando Pompilio Lenas, un senador que era del todo

ajeno a lo que se tramaba, se dirigió a Bruto y a Casio con una sonrisa y, tomándolos aparte, les dijo: «Os deseo suerte en el plan, pero id con cuidado que la gente lo sabe todo». Casio palideció y miró a Bruto. Si todo el mundo lo sabía, también lo sabría César, que tenía oídos y ojos en toda Roma. ¿Por qué entonces acudía al Senado sin escolta? ¿No sería una trampa para atrapar a todos los conjurados y degollarlos allí mismo? Pero las cosas estaban tan adelantadas que ya no se podía dar marcha atrás, así que hicieron de tripas corazón y disimularon. Luego resultó que lo que la gente sabía era que Casio aspiraba al cargo de edil o magistrado.

Cuando César entró en el Senado los conjurados lo rodearon como tenían previsto, y uno de ellos, Tulio Cimber, le cerró el paso para pedirle clemencia para un hermano suyo que estaba desterrado. César, molesto, denegó la petición. Entonces Tulio se atrevió a retenerlo por la toga como si quisiera insistir. Ésa era la señal para que los conjurados sacasen las dagas que llevaban ocultas y lo apuñalasen. César, sorprendido por el atrevimiento de Tulio Cimber, le advirtió: «Esto es un acto de violencia».

En aquel momento recibió la primera puñalada, asestada por Casio en la espalda. El asesino estaba tan nervioso que el puñal se le escapó de la mano y cayó al suelo. El herido se volvió y agarró la mano homicida: «¿Qué haces, maldito?». Entonces recibió la segunda puñalada, ésta en el costado, propinada por otro Casio, y la tercera, de Décimo Bruto, en la ijada. Cuando vieron brotar la sangre, los indecisos cobraron valor, se apiñaron en torno al herido, estorbándose unos a otros, y lo cosieron a puñaladas. Marco Bruto recibió un corte en la mano. Estaban tan nerviosos que se herían accidentalmente entre ellos.

La tradición asegura que cuando César vio a Bruto con el puñal en la mano, quedó tan dolorosamente sorprendido que renunció a defenderse y solamente lo increpó: «*Et tu, Brute?*». «Bruto, ¿tú también, hijo mío?». Después se cubrió la cabeza con la toga (un gesto muy romano para abandonar este mundo sin descomponer su grave majestad con los involuntarios visajes de la muerte) y se desplomó, ya agonizante, al pie de la estatua de Pompeyo.

La posteridad se ha admirado también, como César, de que Bruto figurara entre los conjurados. César apreciaba a Bruto y se había preocupado por él en la batalla de Farsalia. Quizá Bruto odiaba freudianamente a su benefactor porque sospechaba que era su verdadero padre.

No lejos de la sala del Senado, cruzando el Campo de Marte, existía un teatro que, en el momento del magnicidio, estaba abarrotado de público. Décimo Bruto había enviado allí a sus gladiadores, con las armas ocultas, por si las cosas se torcían y necesitaba ayuda. Después del asesinato, la muchedumbre que llenaba el teatro olvidó la función y huyó a sus casas. Por toda la ciudad cundió el rumor de que los gladiadores de Bruto habían estrangulado a los senadores y se esparcían por Roma saqueando y matando. La rebelión de Espartaco estaba todavía fresca en la memoria de los romanos. Cundió el pánico. En aquel momento, Marco Antonio, el

lugarteniente de César, era, en su calidad de cónsul, la más alta autoridad constitucional, pero después de lo ocurrido debía esperar que los conjurados asesinasen también a los amigos y colaboradores del dictador, así que, despojándose de sus insignias consulares, se agenció una túnica basta de plebeyo para pasar desapercibido y de esta guisa disfrazado se puso a salvo en su casa.

Consumado el magnicidio, los conjurados se dirigieron al foro, el ágora de Roma y el mentidero donde se cocía la opinión pública. Allí proclamaron solemnemente la muerte del tirano en nombre de la libertad e invocaron el nombre de Lucio Bruto, el héroe que había destronado a Tarquinio, el odiado rey. La acción siguiente era, según lo planeado, ocupar el Capitolio, el monte sagrado depositario de las insignias de Roma. Allí celebraron consejo y alguien propuso que los ejecutores de César fueran declarados héroes de la patria y que el cadáver del dictador fuese arrojado al Tíber, como si se tratase de el de un vulgar malhechor. Como suele ocurrir en estos casos, algunos que no conocían la conspiración o que habían vacilado antes de unirse a ella, se sumaron con entusiasmo a los conjurados con la esperanza de participar en los beneficios del cambio.

Mientras tanto, el cadáver de César fue recogido por sus servidores y llevado a su casa apresuradamente, con los brazos bamboleándose fuera de las improvisadas parihuelas.

Sobre la ciudad se había extendido un silencio de muerte, la gente encerrada en sus casas a la espera de acontecimientos. En las calles vacías comenzaron a resonar las tachuelas de las sandalias legionarias. Lépido concentraba sus legiones en el Campo de Marte presto a intervenir donde fuera necesario. Mientras tanto Antonio y los otros amigos de César se iban reponiendo de la sorpresa y comenzaban a reaccionar. Marco Antonio repartió armas entre los suyos y se arriesgó a visitar a la viuda de César. Con esta acción se presentaba a los ojos del partido del pueblo como heredero político del difunto. Además Calpurnia, en la confusión del momento, le confió los documentos que César guardaba en su despacho. Marco Antonio ocupó el templo de Ops, que es como decir el banco nacional, donde se guardaba el tesoro del Estado.

Mientras Marco Antonio obraba inteligentemente, los conjurados, como carecían de un plan coherente para después de la muerte de César, desaprovechaban por completo sus mejores bazas. Bruto y Casio bajaron nuevamente al foro, donde comenzaba a congregarse la multitud de los curiosos; que se atrevían a abandonar sus casas. Las cosas tomaban mal cariz. Allí estaba Lépido, fuertemente escoltado por sus legionarios, que arengaba al pueblo reclamando venganza contra los asesinos de César mientras sus tropas cercaban el Capitolio.

Los conjurados deliberaron nuevamente. La trampa se había cerrado a sus espaldas y estaban encerrados en el templo capitolino sin saber qué hacer. Se imponía llegar a un arreglo con los partidarios de César. Propusieron a Cicerón como mediador entre las partes, pero el viejo zorro, viendo que las cosas se torcían, prefirió

mantenerse al margen. Después de todo no figuraba entre los conjurados y se sentía algo incómodo de que Bruto lo hubiese felicitado por haber resucitado la libertad, como si fuese uno de ellos.

Es evidente que los enemigos de César no coordinaron sus esfuerzos ni supieron seguir un plan coherente. Habían gastado sus energías en proyectar el asesinato y se habían olvidado de hacer planes concretos para aprovechar las consecuencias políticas de la desaparición del general. Confundiendo realidad y deseo habían creído que el Senado podía reencarnar de la noche a la mañana a la institución prestigiosa y suficiente que un día fue. No tuvieron en cuenta que ya se había convertido en una cáscara vacía, en un mero instrumento en manos de los militares que controlaban las legiones acantonadas en torno a Roma. Por el contrario, Marco Antonio y Lépido, los socios de César, seguían ostentando el poder efectivo, es decir, el militar. El Senado, como siempre desde hacía casi un siglo, se sometería a los generales.

Marco Antonio, cada vez más seguro de dominar la situación, convocó urgentemente al Senado y envió a sus hijos y a los de Lépido como rehenes para que los senadores refugiados en el Capitolio se avinieran a abandonar su refugio y descender al Campo de Marte para asistir a la reunión extraordinaria. Fue una memorable sesión. Cicerón tomó la palabra para solicitar reconciliación nacional, que no se derramara más sangre, que lo hecho hecho está y ya no tiene remedio. Después de todo ya nadie podía devolver la vida a César, pero se podía evitar una guerra civil. Se imponía una solución de compromiso. Los asesinos quedarían impunes pero el Senado honraría la memoria de César y reconocería su obra como beneficiosa. La reunión terminó cordialmente. Aquella noche Casio cenó en la casa de Marco Antonio y Bruto en la de Lépido. Parecía que las aguas habían vuelto a su cauce.

Unos días después, ya restablecida cierta concordia entre las partes, llegó el momento de dar lectura al testamento de César. Los términos del documento produjeron una profundísima impresión: César legaba trescientos sestercios, una pequeña fortuna, a cada vecino de Roma y cedía al pueblo los hermosos jardines que poseía junto al Tíber. La plebe comenzó a agitarse y a murmurar. En su testamento, César se mostraba como un padre providente favorecedor del pueblo y ellos, hijos desagradecidos, no lo habían vengado todavía. Además, aquel monstruo de Bruto que lo había asesinado resultaba ser uno de sus herederos directos. A la luz del testamento aparecía doblemente malvado.

Los ánimos se sobresaltaron en la volátil ciudad. El pueblo bendecía el nombre de César que les había probado su generosidad incluso más allá de la muerte y se clamaba contra sus asesinos. Cuando atravesó el foro el cortejo funerario que conducía el cadáver de César, cubierto de mortaja púrpura y dorada y colocado sobre rica angarilla de marfil, la muchedumbre allí reunida asistió al hermoso sermón fúnebre de Marco Antonio. En su soflama, Marco Antonio exhibió el manto de César desgarrado por las dagas y ensangrentado y recordó que aquel hombre excelente había sido asesinado por los mismos que juraron protegerlo de todo peligro.

El discurso obtuvo el efecto deseado. Los más exaltados, a lo mejor agitadores preparados por el partido cesariano, prorrumpieron en gritos de venganza que fueron prestamente coreados por la muchedumbre. Se desataron los sentimientos. Crecieron los lamentos y las manifestaciones de pesar. Los romanos ya no sabían qué hacer para honrar la memoria del gran hombre. César merecía el honor de ser incinerado allí mismo, en el corazón latiente de Roma a la que tanto había amado y no en el Campo de Marte. Los más entusiastas echaron mano de los sillones y muebles de los tribunales e improvisaron una pira sobre la que colocaron la angarilla del cadáver y le prendieron fuego. Cuando se elevaron las llamas fue cosa de ver que el pueblo, exaltado, arrojaba espontáneamente a la pira sus mantos y alhajas. Poco faltó para que Roma ardiera mucho antes de Nerón, porque el fuego, al crecer, prendió los aleros de algunas casas contiguas.

La turba que clamaba venganza se esparció por Roma y fue creciendo con los que llegaban de los barrios periféricos al ruido del alboroto. Ciertos piquetes de exaltados querían incendiar las casas de los conjurados e incluso intentaron asaltar las de Casio y Bruto. Los ánimos estaban tan sobreexcitados que incluso se produjo el linchamiento, por error, de un partidario de César, Helvio Cinna, al que un amigo llamó por su nombre. Los que estaban cerca creyeron que se trataba de Comelio Cinna, uno de los asesinos de César, y lo despedazaron sin darle tiempo a deshacer el equívoco.

Las autoridades se vieron obligadas a llamar a la legión para que restableciera el orden y evitara el pillaje.

En medio de aquellos tumultos Cleopatra no se sentía segura. Muerto César, nada la retenía en Roma. Abandonó su sueño de la dinastía julio-tolemaica y, tomando a su hijo Cesarión, huérfano de padre a los tres años de edad, regresó a Egipto. Cicerón, en carta a su amigo Ático, escrita al mes justo de la muerte de César, habla de la «huida de la reina», con lo que seguramente quiere indicar que Cleopatra abandonó Roma apresuradamente. En otra carta fechada el mes siguiente dice: «Espero que sea verdad lo que se dice de la reina y de ese César». *¿Ese César?* Se ha especulado con la posibilidad de que aluda a un nuevo embarazo de Cleopatra que se malograría durante el viaje.

¿Cuáles habían sido las verdaderas intenciones de César? En su testamento ni siquiera mencionaba a Cesarión, pero no se puede descartar que tuviese pensado modificar el testamento cuando fuera rey de Roma. Lo que no podía prever es que iba a ser asesinado antes de culminar su objetivo.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Después de César

El testamento de César designaba heredero a Cayo Octavio, sobrino nieto suyo al que había adoptado como hijo. Cayo Octavio recibía tres cuartos de su fortuna. El cuarto restante se repartía entre otros dos sobrinos, Lucio Pinario y Quinto Pedio.

Ya tenemos a dos viudas que no se podían ver, Calpurnia y Cleopatra, y a dos herederos que en seguida se iban a odiar a muerte, Octavio, el sobrino-nieto del testamento, y Marco Antonio, el fiel lugarteniente que se consideraba su heredero político.

Marco Antonio tenía poderosas razones con las que sustentar sus presuntos derechos. Cinco de las seis legiones que César había acantonado a las afueras de Roma para la campaña contra los partos lo aclamaban como su jefe natural.

Por espacio de unas semanas, Marco Antonio hizo y deshizo a voluntad. Calpurnia, la viuda de César, le había confiado los documentos de su marido y él, con ayuda de Faberio, el antiguo secretario del general, asumió la tarea de proseguir la obra del gran ausente. Si creemos a sus detractores, lo que hizo en realidad fue falsificar muchos documentos atribuyéndoselos al difunto. «Todo el imperio se hallaba a la venta en la casa de Antonio: propiedades, cargos, ciudades, títulos, deudas y privilegios». Lo que más llamó la atención fue la cantidad de nombramientos de nuevos senadores que, al parecer, iban apareciendo entre los papeles del finado. Estos senadores fueron malévolamente denominados «carónidas» porque recibían sus cargos por vía de Caronte, el barquero que lleva las almas al otro mundo, quien, según todos los indicios, parecía haberse convertido en correo de César para traer sus disposiciones a la orilla de los vivos.

Todo esto terminó al mes siguiente, cuando Octavio se presentó a reclamar su herencia. ¿Quién era aquel Octavio heredero de César? Pocos romanos habían oído hablar de él. Era un jovenzuelo de diecinueve años, enteco y algo enfermizo, que había vivido casi toda su vida en Apolonia, Iliria. César, además de su herencia material, había dejado una herencia política que no figuraba en el testamento. ¿Qué haría Octavio con esta herencia? ¿Se atrevería a asumirla o se contentaría con hacerse cargo de la fortuna, dejando el resto en manos de Marco Antonio y los otros prohombres del partido de César?

Marco Antonio recibió amablemente a Octavio, pero eran caracteres tan opuestos y sus intereses respectivos eran tan irreconciliables que a poco chocaron. A Octavio lo irritaba la actitud paternalista de Marco Antonio, y a Marco Antonio lo irritaba la altivez del recién llegado.

El desmedrado jovenzuelo se reveló un hombre de estado dotado de fina inteligencia... Octavio se comportaba como si Roma fuera ya una monarquía

hereditaria. Tenía instinto político el condenado. Sabía atraerse al pueblo con pan y circo y sabía explotar tanto las cualidades de sus colaboradores como las flaquezas de sus adversarios. Podía enajenarse algunas voluntades al ocupar con el mayor descaro el trono dorado de César en los juegos públicos, pero eran muchas más las que ganaba al asumir el compromiso de pagar, aunque fuera a sus expensas, los trescientos sestercios que César había legado a cada ciudadano de Roma.

Los dos rivales eran conscientes de que tarde o temprano acabarían enfrentándose, pero decidieron concederse una tregua de cinco años. De nada valía disputar sobre la herencia política de César mientras estuviera amenazada por los *optimates*. Octavio y Marco Antonio gobernarían el imperio colegiadamente, como triunvirato, la dictadura con tres cabezas. El tercer miembro sería Lépido, el jefe de caballería de César. Desde el punto de vista legal aquel acuerdo era inconstitucional, pues tal forma de gobierno, sólo justificada en situaciones de emergencia, debía ser autorizada por el Senado. Pero el Senado pintaba ya poco.

Después de estos acuerdos se desencadenó una persecución de los asesinos de César, entre los que cada triunviro había incluido, de paso, a sus enemigos personales. En la represión perecieron unos trescientos senadores y casi dos mil ciudadanos ricos e ilustres, entre ellos Cicerón, cuya cabeza y manos fueron exhibidas en el foro. Muchos lograron salvarse huyendo de Roma y uniéndose al ejército que los asesinos de César habían reunido en Macedonia. Fue sólo un leve respiro porque el primero de octubre del año 42 fueron aplastados en la batalla de Filipos. Bruto se suicidó.

El partido senatorial había sido eliminado. Lépido contaba menos cada día, eclipsado por sus dos colegas del triunvirato. Pero tanto Marco Antonio como Octavio preferían mantener a Lépido como fuerza moderadora hasta que cada uno de ellos estuviera en condiciones de abatir al adversario. Mientras tanto optaron por evitarse para excusar fricciones. Marco Antonio se dirigió a Oriente y Octavio regresó a Roma.

Marco Antonio estaba convencido de que el mejor modo de demostrar a Roma quién era el verdadero heredero de César consistía en culminar con éxito el último proyecto del malogrado caudillo, derrotar a los partos, abrirse camino hasta la India y dominar Oriente, el sueño de Alejandro Magno.

El proyecto entrañaba cuantiosos gastos y Marco Antonio, después de Filipos, estaba sin blanca. ¿Quién podría financiar la empresa? Marco Antonio pensó en Cleopatra, madre del único hijo de César, fiel aliada de Roma y reina del país más rico del Mediterráneo.

Marco Antonio y Cleopatra se encontraron en Efeso y se convirtieron en amantes. Fue una relación de conveniencia: Cleopatra aceptó financiar la expedición contra los partos a cambio del apoyo político de Marco Antonio.

El romano se instaló en Alejandría, a vivir su idilio con la reina, y dejó que su rival le tomara la delantera, que se hiciera con el control de las Galias y que se

afianzara en España, pero cuando lo vio acosar a sus partidarios en Italia no tuvo más remedio que reaccionar y salir nuevamente a la palestra.

¿Iban a enfrentarse, por fin, los dos triunviros? Nuevamente aplazaron lo inevitable y, para sellar el nuevo acuerdo, recurrieron, como César y Pompeyo en otro tiempo, a la vía matrimonial: Marco Antonio se casó con la hermana de Octavio y una hija de Octavio se casó con el primogénito de Marco Antonio. Nadie se acordó de Cleopatra, que acababa de tener dos gemelos de Marco Antonio.

Por espacio de más de tres años, Marco Antonio vivió plácidamente con su nueva esposa en Italia, en Atenas e incluso en Siria. Mientras tanto su activo cuñado afianzaba su dominio de Occidente.

Marco Antonio veía con recelo aquel aumento de la estatura política de su cuñado y consuegro al que parecía corresponder una proporcional disminución de la suya propia. No podía consentir que el petimetre aquel que no tenía media bofetada le segara la hierba bajo los pies, así que nuevamente volvió a acariciar el aplazado proyecto de conquistar Oriente. Un buen día abandonó a Octavia, que estaba embarazada, y regresó a Egipto en busca de apoyo militar y dinero.

Esta vez Cleopatra impuso sus condiciones: apoyaría a Marco Antonio, sí, pero a cambio él reconocería oficialmente a Cesarión como heredero legal del imperio (observemos que oficialmente el Imperio romano es todavía una república senatorial, pero ya los principales actores de este drama obran como si fuera monarquía en disputa). Además Egipto recibiría Líbano, Siria, Jordania y el sur de Turquía, territorios romanos que antiguamente habían pertenecido al imperio tolemaico. El romano, con tal de obtener los sufragios necesarios, firmó todo lo que la reina le puso por delante.

Marco Antonio pudo al fin reunir el gran ejército con el que soñaba y se puso en camino dispuesto a arrasar el reino de los partos. Pero el invierno se le echó encima sin tomar Fraaspa, la capital, las provisiones se agotaron y el ejército parto resultó un hueso duro de roer. La expedición fracasó. Cuando regresó, después de penosa retirada, había perdido veinticuatro mil hombres, la flor y nata de su ejército, dos quintos de sus efectivos iniciales.

Mientras tanto la fortuna sonreía a Octavio. Había barrido del Mediterráneo a la escuadra de Sexto Pompeyo y los oficiales de Lépido, el tercer triunviro, habían abandonado a su jefe para unirse a él. Lépido, resignado, le cedió el cada vez más reducido espacio político que ocupaba y se retiró de la vida pública.

Ya sólo quedaban Marco Antonio y Octavio. Tenían que decidir cuál de los dos heredaría Roma. Se la jugaron a una carta en la batalla naval de Accio y ganó Octavio. Marco Antonio y Cleopatra, derrotados, se refugiaron en Egipto.

Todo se había perdido, pero Cleopatra, en un último intento de salvar los derechos dinásticos de su hijo Cesarión, hizo que vistiera la *toga virilis*, equivalente romano a la declaración de su mayoría de edad.

Poco después, Octavio conquistó Egipto. Marco Antonio y Cleopatra se

suicidaron. Cesarión fue ejecutado por orden de Octavio. Un consejero le había recordado, parafraseando a Homero, que «no es conveniente la *policiesarie*». (En realidad, lo que el texto homérico dice es *policoiranía*, es decir, la concurrencia de caudillos, pero traducido al sistema político que Octavio encarnaba requería la mutación a *policiesarie*, es decir, que puede ser contraproducente que existan varios césares). A Octavio, hijo adoptivo y heredero de César, no le convenía que viviera Cesarión, el hijo camal y heredero de los derechos dinásticos de Egipto.

Octavio incorporó Egipto a su patrimonio personal. A partir de entonces los jeroglíficos lo titularon «rey del Alto y Bajo Egipto, hijo del Sol, César eterno, amado de Ptah y de Isis».

Octavio reinó en Roma otros cuarenta y cuatro años. Haciendo realidad el sueño de César, en el año 27 adoptó el título de Augusto César e inauguró la dinastía de reyes romanos que conocemos como emperadores. El primer *césar* revistió su poder autocrático con las viejas formas de la democracia republicana y dio lustre a un domesticado Senado. De joven había sido severo, incluso cruel; la edad lo transformó en un patriarca benévolo. Murió en el año 14 de nuestra era, a la edad de setenta y siete años.

EPÍLOGO

Roma y los hijos de Roma perpetuaron la obra de César y veneraron su memoria hasta hoy. No se nos oculta que César fue un golpista, pero hay que reconocer que acabó con el desgobierno de una corrupta oligarquía y que el régimen autocrático que impuso fue menos injusto que el anterior, aunque, a la postre, resultara igualmente corrupto. Sin embargo sus reformas robustecieron a Roma, ya amenazada por los bárbaros, y permitieron que la influencia civilizadora de la cultura grecorromana irradiara durante otros seiscientos años sobre las sociedades que hoy forman Europa y generan la cultura occidental.

Ese fue el gran logro de Julio César que hace su memoria merecedora de eterna veneración. Sería estúpido exigir al personaje una mentalidad democrática moderna pero, incluso juzgado desde la sensibilidad actual, su programa político resulta más aceptable que el de sus adversarios republicanos. Estos sólo aspiraban a la perpetuación del privilegio de la clase aristocrática; César, por el contrario, pretendía racionalizar el Estado, reformar la sociedad sobre bases más justas, extender generosamente la ciudadanía y las leyes romanas a todo el imperio y devolver personalidad jurídica a grandes ciudades relegadas por el vengativo Senado, entre ellas Capua, Cartago y Corinto.

Estas virtudes, por supuesto, no bastan para celar el hecho de que fue un dictador, pero a pesar de ello, en la distancia de la historia, su figura no deja de ser atractiva. Algo parecido ocurre con Napoleón, más próximo a nosotros.

Sus energías intelectuales y físicas eran asombrosas. Exceptuando los años de sus calaveradas juveniles y las cortas vacaciones que se concedió, Nilo arriba, con Cleopatra, su vida fue un laborioso ejercicio de tenacidad y voluntad de superar barreras, compitiendo primero con sus adversarios, después, en solitario, consigo mismo. Cuando lo comparamos con los políticos de nuestro tiempo, siempre al borde del *surmenage* y apuntaladas sus energías con drogas y complejos vitamínicos, sorprende la sobrehumana facilidad con que César compaginaba sin desmayo sus múltiples facetas de político, general, diplomático, propagandista, administrador y legislador. Y amante.

En medio del incesante ajetreo de una vida tan activa aún le quedó tiempo de escribir. Los escritos de César están al servicio de sus fines políticos. Sólo se conservan sus relatos de la guerra de las Galias y de la guerra civil, inteligentemente presentados en tercera persona, como dos reportajes periodísticos sorprendentemente modernos que podría firmar cualquier corresponsal de guerra. Su estilo directo y llano fluye limpio de los excesos barroquizantes que eran moda en su tiempo, y gana al lector, inadvertidamente, para la causa de César. Lo más sorprendente es que estas obras, aunque escritas con fines propagandísticos, sean literariamente excelentes como no pueden dejar de reconocer los bachilleres españoles del antiguo plan, aquellos que dedicamos muchas vigilias a traducirlas antes de la era de la televisión y

la litrona: *Gallia est omnis divisa in partes tres...*

Bibliografía

- AA. W.**, «César contra Pompeyo. La guerra civil en Hispania (49-45 a. C.)», en *Historia* 16, núm. 103, Madrid, noviembre de 1984, pp. 61-85.
- Buchan, J.**, *Julius Caesar*, Darby Books, Darby, Pennsylvania, 1980.
- Bychowski, Gustav**, *Dictadores*, Mateu, Barcelona, 1963.
- Carcopino, Jérôme**, Julio César, el proceso clásico de la concentración del poder, Rialp, Madrid, 1974. Ellis, P. B., *Caesar's invasión of Britain*, New York University Press, 1980.
- Eslava Galán, Juan**, *Roma de los Césares*, Planeta, Barcelona, 1989.
- Cleopatra, la serpiente del Nilo, Planeta, Barcelona, 1993.
- Grandes batallas de la historia de España, Planeta, Barcelona, 1994.
- Fatas, Guillermo**, «La Res Gestae, autobiografía de Augusto», en *Historia* 16, núm. 156, Madrid, abril de 1989, pp. 68-90.
- Ferrero, G.**, *The Life of Caesar*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1977.
- Fowler, W.**, *Julius Caesar and the Foundation of the Román Imperial System*, AMS Press, Nueva York, 1978.
- García y Bellido, Antonio**, España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strabón, Espasa Calpe, Madrid, 1968.
- Gelzer, Malthias**, *Caesar, politician and Statesman*, Basil Blackwell, Oxford, 1969.
- Guillén, José**, *Urbs Roma, Vida y costumbres de los romanos. III Religión y ejército*, Sígueme, Salamanca, 1980.
- Stearns, M.**, *Julius Caesar; Master of Men*, F. Watts, Nueva York, 1971.
- Suetonio, Cayo**, *Los doce césares*, Iberia, Madrid, 1985.
- Tuñón de Lara, Manuel, Miquel Tarradell y Julio Mangas**, *Historia de España I, Introducción, primeras culturas e Hispania Romana*, Labor, Barcelona, 1980.
- Tovar, Antonio, y J. M. Blázquez**, *Historia de la España Romana*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- Warry, John**, *Warfare in the classical world*, Salamander Books, Londres, 1980.
- Watson, G. R.**, *The Román Soldier*, Thames and Hudson, Londres, 1969.
- Weinstocic, S.**, *Divius Julius*, Oxford University Press, 1971.

Índice onomástico

Adriano, emperador: 96.

Afranio, Lucio: 83, 130, 131.

Alejandro Magno, rey de Macedonia: 30, 31, 45, 47, 57, 79, 83, 94, 106, 113, 114, 139, 150, 151, 208.

Amando: 158.

Amulio, rey: 10.

Anco Marcio, rey: 57.

Ángel, A.: 182.

Aníbal, general cartaginés: 31, 34, 45, 47, 84, 164, 165, 179.

Antonio, C. (cónsul): 74.

Antonio: véase Marco Antonio.

Apiano (historiador): 157.

Apolodoro: 145.

Apuleya (esposa de Cneo Pompeyo Magno): 39.

Aquiles (jefe de ejército): 141, 142, 143, 145, 149, 169.

Arato de Sicione: 152.

Ariovisto: 100, 101.

Arsínoe de Egipto: 140, 169.

Augusto, César Octavio: 71, 109, 159, 205, 206, 207, 209, 210.

Aurelia (madre de Julio César): 23, 25, 33, 34, 81.

Bara, Theda: 146.

Berenice de Egipto: 140, 141, 150, 154, 155.

Bibulo, cónsul: 87, 89, 90.

Bogud, rey de Mauritania: 180.

Borges, Jorge Luis: 7.

Brandán, San: 131.

Bruto, Lucio: 194, 200.

Bruto, Marco Junio: 39, 107, 108, 137, 194, 196, 198, 199, 201,202, 203,207.

Buda: 9.

Bychowski, Gustav: 37.

Calipo de Sísico: 186.

Calpurnia (esposa de Cayo Julio César): 173, 195, 196, 200.

Calvino, Domicio: 154, 157. Camba, Julio: 50.

Capys: 196.

Casio, Dión: 148.

Casio Longino, Quinto: 127, 174, 175, 197, 198, 201, 202, 203.

Cassivellauno, rey: 112.

Catilina, Lucio Sergio: 49, 66, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 76, 77, 124.

Catón el Censor, Marco Porcio llamado: 51.

Catón de Útica, Marco Porcio llamado: 51, 52, 74, 82, 83, 86, 87, 91,108, 130, 137, 163, 164, 166.

Catulo, cónsul: 38, 64, 73, 76. Cátulo, general: 39.

Cayo (padre de Julio César): 25. Cesarión: 168, 173, 185, 195, 204, 209.

Cicerón, Marco Tulio: 48, 52, 66, 67, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 81, 82, 123, 124, 125, 140, 163,164, 201,202, 207. Cimber, Tulio: 198.

Cinna, Cornelio: 34, 35, 204. Cinna, Helvio: 33, 203.

Cleopatra V Trifena: 140.

Cleopatra VII, reina de Egipto: 9, 139, 140, 141, 145, 147, 148, 149, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 168, 169, 173, 185, 195, 204, 205, 208, 209, 210,212.

Clodio, Publio Apio: 81, 82, 92, 123, 124, 125.

Colbert, Claudette: 146.

Colón, Cristóbal: 131.

Cornelia (esposa de Cayo Julio César): 34, 137, 139, 143.

Cosutia (esposa de Cayo Julio César): 33, 34.

Cotta, Aurelio: 65.

Craso, Marco Licinio: 48, 50, 51, 54, 55, 63, 65, 67, 69, 71, 77, 80, 86, 91, 104, 105, 112, 113, 114, 115, 126, 140. Cristal, Lynda: 146.

Curio, Q.: 37, 70.

Curión: 163.

Demóstenes: 49.

Didio, C.: 183.

Dionisio, el Exiguo: 189.

Dolabela, Cornelio: 52.

Eneas, príncipe de Troya: 10,184. Escápula (antiguo esclavo): 182. Escipión el Africano: 163, 164. Escipión, Metelio: 166. Espartaco: 54, 59, 199.

Espurio Metelo: 194.

Estrabón (geógrafo griego): 41.

Eurípides: 115.

Faberio: 205.

Fabio Máximo, Quinto: 131, 175, 181, 182.

Famaces, rey del Ponto: 157,169. Filipo de Macedonia: 49.

Filipo (liberto): 143.

Flaminio, C.: 70.

Fleming, Rhonda: 146.

Freud, Sigmund: 37.

Fulvia (esposa de Marco Antonio): 70.

Gabinio, cónsul: 48, 59, 92.

Ganimedes: 154, 155.

Graco, Cayo: 24, 25, 29, 89. Graco, Tiberio: 24, 25, 29, 89, Graves, Robert: 101.

Gregorio XIII, papa: 188.

Hircio: 178.

Hitler, Adolf: 115. Homero: 210. Hortensio, Quinto: 52.

Jesús de Nazaret: 9.

Josefo, Flavio: 97.

Juba, rey de Numidia: 163, 164, 165, 169.

Julia (esposa de Pompeyo e hija de Cayo Julio César): 92, 112, 172.

Labierno: 68.

Lérido, Marco Emilio: 38, 39, 52, 54, 55, 175, 196, 200, 201, 202, 207, 209.

Loren, Sofia: 146.

Lúculo, Lucio Licinio: 49, 50.

Maccari (pintor): 73.

Mahoma: 9.

Manilio, C.: 59, 70.

Marañón Posadillo, Gregorio: 37.

Marcia (esposa de Catón de Útica, M. P.): 52.

Marcial, Cayo Valerio: 56.

Marco Antonio: 49, 66, 67, 127, 133, 140, 146, 148, 153, 159, 193, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 206, 207, 208, 209, 210.

Mario, Cayo: 27, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 39, 41, 51, 57, 58, 64, 99, 109, 129.

Metelo Celer: 40, 44, 83.

Metelo, L.: 129.

Metelo Escipión, Quinto Cecilio: 163.

Milo Papiano, Annio: 125.

Mitrídates de Pérgamo: 150, 155.

Mitrídates VI el Grande, rey del Ponto: 30, 31, 32, 33, 36, 44, 49, 53, 54, 60, 83.

Molón, Apolonio: 53.

Mucia (esposa de Pompeyo Magno): 48, 79.

Murena, cónsul: 69.

Mussolini, Benito: 12, 19, 32, 115.

Napoleón I Bonaparte: 115, 151, 212.

Napoleón III Bonaparte: 119, 121.

Narváez, Ramón María de: 36. Nepote (tribuno): 77.

Nerón: 203.

Nicomedes III, rey de Bitinia: 36,37,91.

Nikiu, Juan de: 148.

Numa Pompilio, rey de Roma: 68.

Numitor, rey: 10.

Octavia: 209. OmarI, califa: 153.

Pablo de Tarso, san: 75.

Pacieco, Lucio Junio: 176.

París, P.: 182.

Pascal, Blaise: 147.

Pedio, Quinto: 175, 205.

Pedro Apóstol, San: 75.

Pelusio: 149.

Petro, Autronio: 63.

Petreyo (oficial): 130.

Pinario, Lucio: 205.

Pisón, Cneo: 66.

Pisón, Lucio Calpurnio: 92.

Plinio el Viejo: 23, 78.

Plutarco: 147.

Pompeya (esposa de Cayo Julio César): 58.

Pompeyo, Cneo, el Grande: 39, 40, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 54, 55, 58, 59, 60, 61, 63, 76, 77, 79, 80, 83, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 104, 105, 112, 126, 127, 128, 129, 130, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 139, 142, 143, 144, 146, 159, 172, 173, 174, 184, 196, 199, 208.

Pompeyo el Joven, Cneo: 163, 164, 173, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 183, 184.

Pompeyo, Sexto: 137, 173, 175, 176, 181, 182, 184, 209.

Pompilio Lenas: 198.

Posidonio (historiador y filósofo): 78.

Potino (eunuco): 141, 145, 149, 169.

Rabirio, senador: 68, 69, 74. Rea Silvia, princesa: 10.

Remo (fundador de Roma): 10, 11, 192.

Rómulo (fundador de Roma): 10, 11, 184, 192.

Rufo, Sulpicio: 30, 32.

Rufo, Vitulio: 130.

Salazar, Eugenio de: 42. Salustio: 70, 191.

Salvio: 143.

Schulten, Adolf: 98, 182. Séneca, Lucio Anneo: 21. Septimino, Lucio: 143.

Sertorio, Quinto: 41, 43, 44, 45, 46, 54, 55, 85, 130, 174. Servilia: 137.

Sila, Cornelio: 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 41, 43, 45, 48, 51, 53, 55, 58, 63, 68, 79, 129, 191.

Silano, cónsul: 69.

Sófocles: 143.

Sosígenes: 186.

Spurinna: 197.

Suetonio, Cayo: 47, 159.

Tácito, Cornelio: 115.

Torquinio el Soberbio, rey de Roma: 200.

Taylor, Liz: 146.

Teódoto (retórico griego): 141, 142, 144.

Teófilo, obispo: 153.

Terencia (esposa de Cicerón, M. T.): 49.

Teresa de Jesús, santa: 188.

Tiberio: 188.

Tito Labieno: 127, 180, 181.

Tito Livio: 87.

Tolomeo I Sóter: 139.

Tolomeo IX Apion: 140.

Tolomeo XII Auletes: 140, 141, 150.

Tolomeo XIII: 141, 144, 145, 149.

Tolomeo XIV: 140, 142, 150, 154, 155, 156, 168.

Tolomeo XV Filopator: 140.

Tolomeo XVI Cesarión de Egipto: 159, 169.

Torcuata, Manlio: 65.

Varo, general: 181.

Varrón, Marco Terencio: 130, 174.

Vatinio, tribuno: 92.

Veleyo: 87.

Vercingetórix, general: 75, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 169.

Yugurta, rey de Numidia: 75.



JUAN ESLAVA GALÁN (Arjona, Jaén, 1948). Se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval. Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Ha ganado los premios Planeta (1987), Ateneo de Sevilla (1991), Fernando Lara (1998) y Premio de la Crítica Andaluza (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Gienenses.